Laura Chivite

GENTE QUE RÍE

CABALLO DE TROYA

Laura Chivite

GENTE QUE RÍE

CABALLO DE TROYA

Laura Chivite

GENTE QUE RÍE

CABALLO DE TROYA

Quería crear algo vivo y lo bastante escandaloso
que pudiera compararse con la mañana de la vida
de alguien. La mañana más normal del mundo.
Figúrate, intentar eso. Qué disparate.

MICHAEL CUNNINGHAM

Excitada, colérica, tu hija seca
las cucharas, crece de otra forma.
Golpeando la cafetera en el fregadero
oye a los ángeles recriminándola, y mira hacia fuera
más allá de los jardines rastrillados, al sucio cielo.

ADRIENNE RICH

A mi prima Begoña

R.A.L.A. (2060)

En los dos años que llevo viniendo a las reuniones todavía no ha llegado el momento en el que me haya siquiera planteado hablar. Por una mezcla de orgullo y vergüenza, me propuse a mí misma limitarme a escuchar, sentarme en una de las sillas rojas de madera y dedicarme a mirar al resto de la gente intentando entenderles. Escuchar y entender, ese fue el único objetivo que me marqué cuando decidí internarme.

El hecho de que no me apetezca contar mi historia no significa que no me haya relacionado con nadie. Eso lo hice desde que llegué. Comparto mis días sobre todo con Óscar, Berta e Irene. Sus testimonios y motivos por los que están aquí los conozco hasta el punto de que casi los he hecho míos: sus razones son en parte mis razones también. Suelen repetirlas cada vez que alguien nuevo empieza a acudir a las reuniones, y a mí eso me gusta porque me doy cuenta de que siempre cambian algún matiz, es como si al rememorarlas se dieran cuenta de algo nuevo o aplicaran lo que han aprendido. Puedo decir que me he habituado, y la pregunta que me hago es: «¿y ahora qué?». Me he acostumbrado a tener recuerdos, a sentir frío, a sentir calor, a masticar, a no poder conciliar el sueño ciertos días y no poder despertarme otros, a arrancar tomates, a respirar.

El edificio de este centro de R.A.L.A. me gustó en cuanto llegué. Las paredes de ladrillo me recordaban a las del siglo pasado, a imágenes que había visto en disquetes de experiencia o en cabinas de viaje. En realidad, este es un centro de rehabilitación como cualquier otro, con la única diferencia de que aquí no buscamos reincorporarnos a ninguna sociedad, sino mantenernos lo más lejos posible de ella. Podría decirse entonces que es algo así como un centro de supervivencia, una especie de cárcel amable. La verdad es que no creo que ninguna de las personas de los ya noventa centros de R.A.L.A. que

hay en el mundo sepa describir muy bien de qué trata este lugar, hasta cuándo estará aquí o con qué fin. Yo lo he intentado. Darle una explicación, quiero decir, y he sacado en claro que lo único que queremos es vivir lo que nos queda de vida de la manera más digna posible. Todos estamos más o menos perdidos, desconcertados, más o menos rotos, con más o menos arrepentimientos. Sin saber muy bien cómo vamos a conseguir un objetivo en el que ni siquiera creemos del todo.

Al primero que conocí fue a Óscar. Llegó una semana más tarde que yo y, a diferencia de mí, no tuvo ningún problema en narrar su historia en la primerísima reunión. La contó de principio a fin, sin preocuparse por dejar hablar al resto. Quería sacarlo todo, eso fue lo que pensé: deshacerse de sus pensamientos cargándonoslos a nosotros. Lo más curioso de las reuniones es que la gente reacciona de maneras sorprendentemente diferentes al escuchar un mismo suceso, todo el espectro de emociones en relación con una misma cosa. Por ejemplo, a mí la biografía de Óscar me pareció fascinante y dotada de una belleza sobrecogedora, mientras que a Berta le pareció terrorífica y a Irene hilarante.

Óscar nació en un pueblo costero de La Coruña en octubre de 2030. Por aquel entonces el uso de lentes de realidad virtual era más que común, fue la época en la que empezaron a grabarse obras de teatro y películas en versión LR y en las grandes ciudades ya apenas se iba al cine. Cerraban comercios, abrían otros, comenzaban a ponerse de moda los locales subterráneos, las barreras personales de metacrilato: la urbe cambiaba a toda velocidad, como lo ha hecho y seguirá haciendo siempre, y la gente cambiaba con ella sin darse cuenta. Óscar, sin embargo, creció ajeno a todo eso. Sus padres se dedicaban a la industria pesquera y él tuvo la misma infancia que habría tenido cualquiera del veinte.

Dijo que había sido un niño anacrónico. Se notó que ya había dicho esa frase otras veces y que, al comprobar que a sus interlocutores les había hecho gracia, había optado por repetirla. Óscar, el niño anacrónico. Desde un punto de vista social, su adolescencia fue bastante mediocre: el olor a pescado mezclado con la falta de recursos

no es que sea precisamente el camino perfecto hacia la popularidad, pero no le importó. Desde un punto de vista académico, se le daba bien casi todo y destacó, sobre todo, en tenis.

Siempre me ha sorprendido que a pesar del avance tecnológico y el distanciamiento físico que paulatinamente ha ido sufriendo toda la sociedad a lo largo del siglo XXI, el ámbito de los deportes permanece intacto. Antes de llegar a R.A.L.A. creo que estuve alrededor de dos años sin tocar a nadie, no recuerdo cuándo fue la última vez que acaricié un rostro antes de venir aquí. Sin embargo, ahí siguen, por ejemplo, los futbolistas: chocándose, agarrándose, sudando juntos. Lo que empieza como juego siempre deviene en espectáculo. Es difícil determinar si seguimos viendo partidos porque nos entretiene la táctica y estrategia o porque nos interesa la extrañeza de todos esos cuerpos en contacto.

Cuando llegó el momento de empezar la universidad, Óscar recibió una beca para ir a estudiar a Sudcanadá, al campus de Quebec II, el área donde en otro tiempo estuvo la célebre Stanford. Tal y como era de esperar, le fue bien. Conoció a gente más o menos simpática, sufrió varios agradables e instructivos *shocks* culturales y su manejo de la raqueta iba en aumento. Al acabar los estudios, pronto le ofrecieron un puesto de trabajo en un centro de alto rendimiento y, como no tenía nada mejor que hacer, aceptó. Contó que pasó gran parte de su vida en una especie de letargo acelerado: nunca estaba quieto, pero tampoco lúcido. Sus años en Galicia y esos padres cada vez más mayores, más cansados, más antiguos, eran como un sueño al que a veces se retrotraía mentalmente. Tuvo amantes, hizo viajes, ganó competiciones, tenía un buen sueldo y no había ningún aspecto que se le hiciera demasiado insoportable.

Todo era fácil y leve hasta que su jefe le obsequió con unas lentes de realidad virtual de última generación. Acababan de salir al mercado y eran las primeras que permitían zoom y sensación táctil y térmica. Su empresa se las regaló para que pudiera observar los movimientos de las manos de sus contrincantes, los patrones repetidos, los ritmos, a fin de conocerlos tanto como a sí mismo y ganar. Ganar siempre. Al principio fue útil y dio resultado, claro. El

problema llegó cuando pensó en todas las posibilidades que tenía esa herramienta, los escenarios a los que podía transportarse. A la mayoría de nosotros las lentes de RV nunca nos han parecido tan tentadoras, tan adictivas, pero esto es así porque pocos han tenido una infancia como la de Óscar.

Para describirnos gráficamente cómo fue la primera vez en la que gracias a las lentes se transportó a la costa gallega y volvió a sentir la misma sensación de sal y frío que cuando era pequeño, nos animó a que nos imagináramos a todas las personas a las que hemos amado dadas de la mano y bailando mientras hacían un círculo en el que nosotros estábamos en medio. Sentimiento de pertenencia, paz, alegría inocente. Como era de esperar, se enganchó. Pero no solo como pasatiempo, no de un modo lúdico, sino que, tal y como le gusta decir, a partir de ese día pasó cinco años siendo, en esencia, un pez.

Óscar, joven tenista reconocido, penetró en las profundidades del mar un veintiocho de enero de 2060 y no salió hasta mediados de noviembre de 2065, que fue cuando se dio cuenta de que necesitaba urgentemente ir a un centro de R.A.L.A. Cuenta que le sedujo la inmensidad del mar, esa misma inmensidad que le servía de refugio en los primeros años de su vida. Conocía a los peces y las diferentes especies no solo por los documentales que había visto, sino porque él mismo había buceado esas aguas un par de décadas antes. Dijo que construía arrecifes de coral y se afincaba en ellos varios meses conociendo todo su alrededor. En algún punto se cansaba, se trasladaba a otro, volvía a hacerse un rincón habitable y pasaba otro tiempo allí, viendo las relaciones y luchas entre los seres vecinos, haciendo una especie de simbiosis con ellos: «siendo, en esencia, un pez».

Paralelamente, en la vida fuera de las lentes, todo iba poco a poco en decadencia. Perdió su trabajo, pero le dio igual porque había ahorrado lo suficiente como para subsistir bastante tiempo. Pedía dos veces al día comida a domicilio de cadenas especializadas en pescado y pagaba a personas para que limpiasen su casa y recogiesen los envases. De su propia higiene, nunca ha dicho nada. Asegura que tiene el mismo conocimiento o más sobre vida marina que muchos expertos

en el tema. Afirma que ha sido testigo de varias erupciones volcánicas subacuáticas y que es el fenómeno más impactante que nadie pueda imaginar, ha visto el fluido en las cabezas transparentes de los peces duende, ha buceado con celacantos, esos extraños fósiles vivientes, ha dormitado junto a las medusas más fastuosas y dice haber escuchado música; dice tener fe en que existen peces capaces de cantar, declara que conoce secretos que acabarían con muchas teorías ambientales y, por encima de todo, jura que fue feliz. En los cinco años en que vivió debajo del mar apenas anheló nada, y mucho menos a nadie. ¿Por qué entonces decidir salir de ahí, quitarse las lentes?

No tiene respuesta. Dice que, sin saber muy bien por qué, un día se cansó, se miró al espejo y se percató de que no se reconocía, de que ya no quedaba nada de la razón por la que en un primer momento se metió allí, que era volver a experimentar las sensaciones de ese Óscar que fue un día. A partir de ahí, con un aspecto muy parecido al de un león marino, dijo adiós a las profundidades oceánicas, se dio cuenta de que necesitaría ayuda psicológica y decidió, como yo, como todos nosotros, internarse en un centro de Regreso A Lo Analógico.

La mayoría de los internos coincidimos en que, de todo a lo que nos obligan a renunciar para poder entrar y vivir aquí, no hay nada comparable a volver a sentir o sentir por primera vez el frío y el calor, la diferencia entre las estaciones. A mí me implantaron el Regulador[1] en cuanto nací, pero hay gente que vivió varios años sin él y luego se hizo la operación. Ahora que sé lo que se siente al ponerse al lado del radiador un día lluvioso o activar el aire acondicionado una tarde de agosto, me pregunto por qué toda la sociedad se sometió, y sigue sometiéndose ahí fuera, a abandonar esto. La única respuesta que encuentro es que el ser humano no puede dejar de avanzar, ese es su *fátum*, una vez que ha descubierto algo es literalmente incapaz de ir hacia atrás: se le llama progreso pero es en realidad una condena.

Bajo la falacia del ahorro de gas natural, electricidad y fibras naturales de origen animal, el Regulador consiguió de algún modo uniformarnos a todos, hacer que no sintiéramos nada. Yo crecí sin conocer otra cosa, así que no tuve que acostumbrarme. Seguir las

recomendaciones y obligaciones con respecto al Regulador me salía de manera natural: si veía que hacía sol me echaba protector automáticamente, igual que me abrigaba cuando nevaba. Nos contaban barbaridades sobre las cosas que podían pasarles a nuestra piel y organismo si no cumplíamos la normativa, así que, sin cuestionarlo mucho, lo hacíamos. Para Berta, sin embargo, no fue tan fácil. Berta es una de las más mayores de R.A.L.A., de las pocas que pasan de los sesenta.

La pobre y extravagante Berta. Habiendo hecho oídos sordos a las normas del Regulador, llegó aquí con quemaduras de segundo grado, después de haber pasado tres años enteros viviendo desnuda en una de las playas prohibidas de Cabo de Gata. Pelo rizado gris, ojos azules y piel arrugada y chamuscada la miraras por donde la miraras. Nació el cinco de noviembre de 1995. Al poco de conocernos, un día que estábamos solas ella y yo en la cosecha, me contó que tuvo una juventud bonita y rebelde, cuando vivir al borde de la ley todavía era posible y la sensación de libertad era algo que podía de hecho experimentarse. Dijo que no solo fue testigo de todo el cambio, sino que fue testigo de cómo la gente de su generación renunciaba al peso de la autoconsciencia y se rendía a ese cambio, aceptando las diferentes nuevas normalidades con una naturalidad de espanto. Una vida dedicada a una lucha constante contra la enajenación y estupidez ajena, intentando de vez en cuando fundirse con ella, unirse a la masa. No consiguiéndolo. Dijo que el odio profundo y lacerante hacia todo lo que te rodea no es irreconciliable con amar y querer cuidar ese todo que te rodea. Dijo ser violenta y pacifista. Esotérica y escéptica.

Berta siente con frecuencia la urgencia de que la conozcan, de que rápidamente la persona que acaba de llegar sepa todas y cada una de las cosas que forman parte de ella. Después, al comprobar que la mayoría de sus rasgos son paradójicos, se frustra. No puede impedir ver que el otro no la capta, que da palos de ciego en lo que a su idiosincrasia se refiere. Intenta entonces dar una descripción aún más detallada de sí misma. Pero todo va haciéndose más confuso, más ininteligible, especialmente si se tiene en cuenta que lo que por encima de todo quiere resaltar, lo que por encima de todas las cosas

quiere que sepamos, es que es la persona más sencilla del universo. Dice que no es incompatible el hecho de ser una histriónica con la piel ajada, una hedonista oligofrénica con una inclinación hacia las palabras retorcidas, con ser también, junto a eso, una persona que solo busca serenidad.

Creo que el verdadero problema de Berta es que en otro tiempo estuvo con alguien que llegó a conocerla del todo. Alguien con quien no necesitaba dar explicaciones, una persona que no malinterpretaba sus actos y que, ya sea por el tiempo que pasaron juntos o por una especie de entendimiento cósmico y profundo, veía algo así como la esencia de su alma. A partir de entonces, cada vez que alguien le dice a Berta lo que piensa de ella, algo como que es muy impaciente, o todo lo contrario, ella no puede sino negarlo. Negarlo aunque sea verdad, chillar diciendo que no, haciéndosele evidente que no volverá la persona que decidió escaparse con ella a Andalucía y no se quedó.

Con Irene me pasa algo parecido. Ese sentir que alguien te entiende, quiero decir, que en vuestro vocabulario todas las palabras significan lo mismo. Mi amistad con Óscar empezó en las reuniones, con Berta en el huerto y con Irene en el Club de Cine Pre-RV. Siguiendo la máxima de que aquel que no conoce la historia está condenado a repetirla, R.A.L.A. ofrece una serie de talleres anuales para que los internos aprendamos cómo era la vida algunas décadas o siglos antes. Irene y yo nos dimos cuenta de que congeniábamos porque nos reíamos y conmocionábamos con las mismas escenas de las películas que nos ponían en el taller. Los bailes de Fred Astaire, el movimiento de las manos de Shirley MacLaine, los besos entre Adèle Haenel y Noémie Merlant: el resto miraba todo eso con absoluta extrañeza, y mientras yo miraba a Irene y notaba que veíamos lo mismo. Además, en las reuniones nunca decía nada, como yo, así que entendí en ese silencio una especie de pudor compartido, como si fuéramos conscientes de que no había prisa, aún no había llegado nuestro momento de hablar.

Hasta que un día lo hizo. Fue en julio del año pasado, durante esa ola de calor que nos tuvo a todos semidormidos durante una semana y nuestro único modo de sobrevivir era poniendo el aire acondicionado

al máximo. Nadie en la reunión estaba diciendo nada, hasta que Irene levantó la mano, se le cedió el turno e hizo que a todos nos diera un vuelco al corazón con la primera frase que pronunció. Con pose tranquila y derrotada, dijo: yo maté a mi hermana. Lo repitió tres veces, cada vez en un tono más bajo. Yo maté a mi hermana. Lo repitió para poder ser capaz de seguir.

Contó que, con tan solo veinte años, comenzó a trabajar en Cells Co., una de las empresas pioneras en tecnología neurocientífica. A los pocos meses de estar ahí, sus compañeros desarrollaron y comercializaron con la ERI[2], así que ella fue una de las primeras personas que la probó. Dijo que solo quería ver cómo funcionaba, descargar algunos recuerdos banales y después verlos en las lentes de RV, quería probar esa especie de disco duro que su propia gente acababa de inventar. No le preocupaba porque, mientras trabajaba allí, Irene llevaba una vida normal, tenía amigos, sensatez, ningún trauma especialmente siniestro, vínculos estables, etc.

Pasaron un par de años y la ERI cada vez era más común. Ella no hacía mucho uso de ella, en realidad no había nada de lo que quisiera olvidarse. Dos años más tarde es cuando empezaron a escucharse historias de gente que había tenido problemas con la Extracción.

La empresa lo guardaba en secreto, pero se decía que había personas que se habían sometido a sí mismas a una amnesia casi íntegra, personas adictas a ver su vida una y otra vez, a recrear su pasado en las lentes. Irene contó que oía hablar de todo eso con una especie de superioridad moral que le hacía asegurarse que nunca podría pasarle a ella. El mecanismo de defensa más común y recurrente, pensar que lo del otro nunca nos pasará a nosotros. Hasta que ocurre, claro.

Por mera curiosidad, y también con cierto masoquismo (porque si has decidido olvidar algo deberías fiarte de tu propio criterio y, por amor propio, no volver a ello), Irene se metió en el archivo de sus recuerdos y vio varias carpetas. No muchas, en realidad. Abrió una llamada Naoko, total ese nombre no le sonaba de nada, así que pensó que sería alguien que en algún momento estuvo de paso por su vida, desapareciendo sin importancia. Se encontró, por el contrario, con una

serie interminable de vídeos. El primero era de 2040, del día en que ella nació. El último, de hace dos años. Llegada a este punto, no pudo soportar la tentación. Quién habría podido, por otro lado.

Empezó por el último recuerdo. Se lo instaló y reconoció el lugar, era su casa de Madrid, en la que estuvo viviendo cinco años. Se vió a sí misma peleándose con una chica e intuyó que debía de ser Naoko. No era lo que puede decirse una discusión acalorada y se percibía que se conocían muy bien, sobre todo por el tipo de daño psicológico que se estaban haciendo, infringiéndose dolor de la manera que solo pueden hacerlo dos personas que saben cada matiz de la otra, sus puntos débiles, su pequeña lista de palabras y nombres tabú.

Aquí Irene hizo una pausa y bebió agua. Me miró sabiendo cuánto estaba sorprendiéndome lo que estaba contando, o más bien el hecho de que lo estuviera haciendo. El contenido en sí da igual, a ninguno nos sorprenden ya las cosas que escuchamos en las reuniones. Hay excepciones, claro, pero en general todos partimos de que si estamos aquí es porque nos pasó algo terrible ahí fuera. Luego está mi caso y el de Irene, en el que somos nosotras quienes fuimos capaces de hacer ese algo terrible. Creo que por eso me miró antes de seguir, siendo consciente de que habíamos ido construyendo un pacto tácito de no hablar en las reuniones y que, sin saber muy bien por qué, lo estaba rompiendo. Como pidiéndome perdón por lo que venía a continuación, siguió con su historia.

La discusión iba haciéndose una espiral cada vez más retorcida, se hablaban muy cerca y en un tono bajo pero amenazante. Hasta que en un momento, sin demasiada convicción, Irene empujaba a Naoko, esta caía, se pegaba en la nuca contra la esquina de la mesa de mármol y ya está.

En la imagen, Irene se quedaba paralizada durante horas, sin entender qué estaba pasando. No queriendo contar más detalles de lo que siguió después ni de cómo resolvió todo eso, dijo que lo más duro no fue verse a sí misma ahí, con los zapatos manchados del hilo de sangre que corría por el suelo. Eso no fue lo más doloroso porque en

ese momento la persona que aparecía en el recuerdo era todavía una desconocida, una cara levemente parecida a la suya que poco a poco iba palideciendo. Lo desolador fue lo siguiente: instalarse el resto de recuerdos con esa persona, ir hacia atrás e ir descubriendo una serie interminable de momentos dorados junto a ella, una vida compartida, una infancia luminosa a su lado. El tipo de intimidad que solo puede alcanzarse entre dos hermanas de edad y aspecto similar.

La insoportabilidad de saber que, aunque fuera por accidente, la había matado, le hizo eliminarla por completo de su cabeza, en un intento de poder lidiar del modo más digno posible con su para siempre miserable existencia. Hasta el momento en que se puso las lentes y lo vio todo, claro. Técnicamente, podría haber vuelto a echar marcha atrás, eliminarse esos recuerdos por segunda vez. Le pregunté por qué no lo hizo y me dijo que se dio cuenta de que, a pesar de lo terrible que era lo que había hecho y de la posibilidad de que fuera a darle pesadillas y escalofríos el resto de su vida, no quería olvidarla. No quería olvidar a esa persona con la que había crecido. A quien, a fin de cuentas, le había hecho ser quien era. Se reinstaló todos los recuerdos, y vio anécdotas que le hicieron entender por qué a veces actuaba como actuaba o decía las cosas que decía. Después, vino a R.A.L.A., alejándose lo máximo posible de ese mundo frío e inhumano en el que estaba antes.

Antes he dicho que mi objetivo era escuchar y entender. He mentido. Como Irene, como todos, lo único que quiero es perdonarme. Ser capaz de contar mi historia con el miedo, la frialdad y la decisión con la que lo hizo ella. Pero todavía no es mi momento. Quizá cuando los niños de la generación Delta crezcan y algunos, desposeídos y desamparados, vengan aquí, seré capaz de hablar. O no, no lo sé.

Mientras tanto me dedico a observar. La vida sigue, del mismo modo que siguen las vidas de todas aquellas personas que dejé fuera, las redes de afecto que todos los internos abandonamos en pos de algo mejor. Los días van sucediéndose en esta sexta primavera de los años sesenta. Irene y yo cada vez nos hablamos más de cerca. Óscar pernocta en el lago, mete los pies en el agua y recuerda la sensación que tuvo durante su tiempo con las lentes. Vuelve al centro al

amanecer y se pega al radiador para no enfriarse. Berta se cuela por el conducto de ventilación y espía las intimidades del resto de internos. Luego me las cuenta en el huerto y las ficcionaliza, las convierte en literatura. Yo le resto un veinte por ciento de veracidad a lo que está diciendo y aún así sigue siendo interesante, tiene el don de la narración.

Pienso en la persona que fui, en la que soy ahora, y no me cabe ninguna duda de que tomé la decisión correcta al venir a R.A.L.A., a este centro de aislamiento, de ascetismo y, si tienes suerte, de redención. Al mismo tiempo, entiendo que el resto del mundo no lo haga. Que no quiera experimentar la vulnerabilidad en la que te coloca el hecho de sentir sed, frío, dolor de cabeza, aburrimiento, una mano ajena tocándote la espalda. La falta de control de tus sentimientos, de tu hambre o tus recuerdos. Como todo, se trata de calibrar y elegir. Tener fe ciega en que preferirás el tacto a la seguridad holográfica, el dolor físico a la nada, el peso de los recuerdos a la levedad del olvido.

Cómo olvidar a Berta (2043)

Empieza por conocerla justo antes de que cumpla los veinte años. Que sea por casualidad, que te la presente algún amigo común. No, mejor fíjate primero en ella en una fiesta y haz todo lo posible por acercarte. Consíguelo. Mantened una conversación en la que haya una fascinación mutua y con delicadeza y sutilmente haz que te dé su teléfono. Deja que pase el tiempo. Olvídate en parte de esa primera vez en la que os habéis visto y sigue con tu vida. A los seis meses escríbele diciéndole que te has acordado de ella al ver a un perro ortopédico sin las dos patas traseras porque recuerdas que te contó que tuvo un dogo llamado Luis que utilizaba silla de ruedas. Te contestará a los dos días e intercambiaréis las primeras de muchas palabras amables. Sin que te lo diga, entérate de que está haciendo un curso de iniciación a la lengua de signos. Autoengáñate pensando que tú siempre has querido saber cómo comunicarte con los sordomudos y apúntate a las mismas clases que ella. Haz que se alegre de verte, que con ese misticismo y tendencia a la romantización que caracteriza la temprana juventud piense que debe de ser una señal. Alimenta esa señal, dale de comer a la señal aprendiéndote sus horarios y propiciando encuentros inesperados que aunque seas consciente de que rozan lo obsesivo le hagan germinar en su cabeza la idea de que alguna fuerza mayor quiere que estéis juntos. Estadlo. Empezad a crear una agradable e indolente rutina común que consista en dar largos paseos, beber en terrazas baratas e ir al cine. Contaos vuestra infancia, burlaos de vuestros padres.

Enamórate rápidamente, sedúcela. Piensa que nunca antes habías conocido el amor, solo falsos espejismos de este. Mantened una serie de torpes encuentros sexuales que vayan convirtiéndose en algo sólido y ágil. Descubre que cumplís los años el mismo mes y celebrad vuestros veinte años comiendo setas y yendo a una iglesia. Comulgad teniendo una alucinación de que el cura es un gran pulpo rosa que os

recuerda a unos dibujos animados que veías por las mañanas cuando erais pequeños. Criticad vuestra carrera, faltad a clase, hablad del sistema. Decid muchas veces la palabra sistema siempre con connotaciones negativas, decid me cago en el sistema. Llenaos la boca con términos como alienación, clases dominantes, dogma. Id abriéndoos el uno al otro poco a poco. Tened miedo a confesaros íntimos secretos de vosotros mismos y después confesáoslos todos. Cread así una intimidad común.

Convertíos en un monstruo bicéfalo. Haced que todo vaya bien. Enséñale Andalucía. Cuéntale la historia de la procesión del dedo meñique, también conocida como romería del santo meñique incorrupto. Explícale que hace dos décadas, a finales de los noventa, vivía un tipo de mediana edad en Granada al que no se le levantaba el pene y que un día, teniendo él alrededor de treinta años y siendo prácticamente virgen, tuvo un accidente de moto que le dejó en el hospital en un estado muy grave y que, aunque sobrevivió, tuvieron que amputarle el dedo meñique del pie. Dile que a partir de entonces, de un modo mágico, supones que por la pulsión de vida que te otorga la cercanía de la muerte, su pito comenzó a funcionar y pudo así mantener relaciones. Dile que le dieron una indemnización muy grande y con eso se compró un Carmen en el Albaicín, que lleva como nombre «Carmen del meñique». Dile que conservó el dedo en formol y durante trescientos sesenta y cuatro días al año está enterrado, con lápida incluida, en su jardín. A excepción, claro, de un día: el día de la procesión, ya que a partir de entonces, a partir de su accidente, en primavera se celebra la procesión del dedo meñique o romería del santo meñique incorrupto, una tradición festiva que consiste en pasear el dedo por todos los miradores granadinos, cantando y bebiendo, hasta culminar en el de San Nicolás, donde él se sienta y se forma una cola enorme de personas que le besan el muñón del pie y piden un deseo. Incítale a que lo compruebe en internet. Haz que se ría y que te proponga ir a la próxima procesión que se celebre. Hacedlo, invitad a vuestros amigos, desayunad en el cerro del aceituno y pasad el día siendo felices por estar vivos, pensando que la vida es eso. Bésale el muñón al hombre invocando que Berta y tú os queráis para siempre.

Que pasen dos años. Apáñatelas para que pasen dos años y sigáis juntos. Pensad que la gente envidia vuestra relación y que ningún ser humano se conoce con otro tanto como vosotros. Anímala a que persiga sus sueños y se apunte a clases de teatro. Escúchala mientras te habla de Sófocles, de Bertolt Brecht, de Angélica Liddell, de Stanislavski. Asiste a su primera obra y miéntele diciendo que te ha fascinado y que ha nacido para eso. Tened peleas ocasionales y dramatizadlas para añadirle aún más intensidad e interés a lo que tenéis. Empieza a gestar una intuición de que hay algo que se te escapa de ella. Obcécate con esa intuición e intenta darle forma, explicártela a ti mismo. Obsérvala mientras duerme o está en silencio y sustituye la ternura que antes sentías al hacerlo por un temor a algo abstracto que piensas que amenaza lo que tenéis. Pregúntale si te ama como antes, duda cuando te diga que sí. Sé consciente de que es tu propio temor el que está enfriando las cosas y al mismo tiempo consuélate y convéncete a ti mismo de que ese temor no puede surgir de la nada. Celebrad vuestros veintitrés años yendo irónicamente a Benidorm. Compraos flotadores, bañadores iguales y montaos en un hidropedal. Presiónale para que te confiese en qué está pensando. Presiónale tanto y con tanta constancia hasta conseguir que te diga que se siente insatisfecha, que siente que necesita algo más aunque no sepa qué. Llora. Solucionadlo. Tened una breve ilusión de concilio y después volved al conflicto. Llora otra vez. Solucionadlo otra vez. Agótate, agótala. Llegad a la conclusión de que tenéis que dejarlo. Quédate en el sur, deja que se cambie de país. Desdibújate. Sufre. Confía en que ella esté sufriendo. Proyecta su sufrimiento.

Pasa un año entero preguntándote qué estará haciendo en ese momento. Cada vez que estés sentado en la taza del váter, fantasea con la posibilidad de que ella esté haciendo lo mismo en cualquier otra parte. Niégate que la echas de menos. Reconócetelo algunos días a las cuatro de la mañana. Pregunta por ella a conocidos comunes. Siéntete ridículo y arrepiéntete de haberle pedido que no mantuviéseis ningún contacto cuando rompisteis. Entérate de que es profesora de español en Burdeos y le va bien. Cuestiónate si te va bien a ti. Busca imágenes de Burdeos e imagínatela mirando las columnas griegas en

la Casa de las Cariátides o alzando la vista para ver la aguja de Saint Michel. Pasa por las cinco etapas del duelo y haz que cada una de ellas coincida con un corte de pelo diferente: melena en la negación, *mullet* en la ira, rapado en la negociación, seta en la depresión, garçon en la aceptación. Matricúlate en un máster de Recursos Humanos y acábalo. Ten una entrevista de trabajo en la que te describas a ti mismo como una persona proactiva, innovadora, eficaz, creativa y estratégica. Di que no conoces la pereza. Haz que te contraten y a modo de supervivencia identifica a cada uno de tus compañeros con un personaje de *The Office*. Siéntete realizado, siéntete vacío. Ve quitándole peso al romanticismo y conviértete en una persona más seria, menos ingenua. Deja de escuchar flamenco.

Consigue un ascenso y haz que te destinen a Madrid. Conoce a gente nueva, ábrete a desconocidos. Contacta con viejos amigos que sabes que están viviendo en la misma ciudad que tú y haz que te presenten a gente. Cambia aún más tu modo de vestir. Sofistícate. Apréndete los nombres de las calles. Preocúpate por tu salud. Después de varias lamentables citas en las que te invade el solipsismo y acabas hablándoles de Berta, empieza a salir con una chica que te haga sentir algo, por muy pequeño que este sentimiento sea. Háblale de tu vida pasada como algo que te es ajeno y que nada tiene que ver contigo. En relación con su pelo rojo y su piel canela, dile que hace años viviste con un holandés cuya cabeza era de los mismos colores que ella pero a la inversa. Id creando un pequeño imaginario común y cógele cariño. Conoce sus puntos débiles, decide no sacar partido de ellos. Conoce a su familia, siéntete acogido. Pasa una pandemia mundial encerrado en la misma casa que ella y ten sueños lúcidos en los que huyes desnudo y te prendes fuego mientras corres. No lo hagas. Compensa esos desequilibrios del subconsciente acariciándole la espalda con las plumas que se escapan de la almohada mientras le dices algo como que en otra vida ella fue una golondrina que emigraba de África a Europa. Aprende a querer de un modo leve. Ocúltale el hecho de que tomas benzodiazepinas. Toma más de las que necesitas. Juega con ella al Scrabble y quédate mirando fijamente el tablero cuando ganes por haber compuesto la palabra desidia y ella te pregunte qué significa.

Déjala embarazada por accidente, acompáñala a abortar, dale el apoyo que necesita, siéntete desamparado. Superadlo juntos. A pesar de que sepas que ese acontecimiento ha creado una grieta insalvable entre vosotros, piensa que ese tipo de situaciones son parte intrínseca de la vida y engáñate diciéndole que crees que os ha unido más. Ve notando poco a poco cómo eso está en las antípodas de la verdad. Empieza a ver una vieja serie de televisión policiaca en la que un personaje masculino te recuerde a Berta y siente un placer extraño y culpable cuando ese personaje muera tiroteado en el puerto de Baltimore. Encuentra una foto de carnet suya y sé capaz de guardarla en un cajón y no mirarla durante veinte minutos seguidos. Cuando pienses que la has olvidado cumple veintisiete años y recibe un mensaje suyo. Sufre tres inesperadas punzadas en el corazón y llámala.

Al escuchar su voz ten la sensación de que vuelves a tener cinco años y estás corriendo desnudo por un prado verde donde la hierba te llega hasta el cuello y un viento que no es ni frío ni cálido, simplemente viento, te mueve el pelo. Plantéale si crees que sería una buena idea que os vierais para tomar algo cuando te diga que está de paso por Madrid. Siente algo entre alivio y traición cuando te responda que sí. Dile que lleva años cerrado cuando te sugiera que os encontréis en el parque de atracciones. Acepta cuando te anime a que os coléis.

Pregúntate con fuerza bruta qué estás haciendo con tu vida mientras coges un taxi hasta allí y pregúntatelo de nuevo mientras escalas la valla. Al esperar debajo de la montaña rusa la Tarántula y mirar el raro cielo blanco de abril, ten el pensamiento intrusivo de que te ha gastado una broma macabra para ponerte de algún modo a prueba y que no va a ir. Que en ese momento está a miles de kilómetros de ti con una sonrisa sardónica en la cara comprobando el total control que aún, después de tantos años, tiene sobre tu vida. Mírala llegar cruzando el Cazamedusas de Patricio y sé incapaz de respirar. Haced contacto visual mientras se acerca. Compartid el silencio sepulcral del parque abandonado y mantened una breve conversación en lengua de signos. Moved las manos mientras os decís hola, qué tal, perdón por el retraso, feliz cumpleaños. Analiza su cara y fíjate en los rasgos que

habías olvidado. La curvatura de sus labios, el lunar debajo de su ojo izquierdo, la forma de corazón que hacen sus fosas nasales al sonreír. Cuando abra la boca, sorpréndete por su tono de voz. Pregúntate si es tu cabeza la que ha distorsionado el recuerdo o es el tiempo el que la ha hecho más grave. Empezad a caminar y hablad a propósito de cosas banales. Miraos con complicidad entendiendo que ambos sois conscientes de lo que estáis haciendo. Alargad y exagerad entonces la banalidad de vuestro diálogo: después de haber hecho un par de comentarios sobre el clima, remontaos al clima de hace dos semanas, después al de hace tres meses, después dile solemnemente algo como que hace poco escuchaste la terrible noticia de que en un pueblo cerca de Moscú una niñita contrajo neumonía y estuvo una semana hospitalizada. Berta fingirá afectación y se pondrá a llorar. Sigue con la actuación y consuélale entre comillas diciéndole que al final volvió a casa y ganó un premio de repostería junto a su bisabuela Anoushka. Comenzad entonces a hablar sobre comida y mencionad todos y cada uno de los aburridos lugares comunes respecto al tema. Cuando te diga que a pesar de ser sanísimo en realidad no debería comerse quinoa porque afecta de un modo negativo a familias latinoamericanas que la cultivan, dile que ya lo sabías y recomiéndale una dieta macrobiótica que te está yendo fenomenal. Continuad durante alrededor de dos horas rizando el rizo del chiste tácito, visitando cada cliché. Esa ironía distanciadora os hará, por un lado, comprobar que vuestra complicidad sigue intacta y que sois capaces de entenderos con tan solo miraros y, por otro lado, os permitirá no tener que enfrentaros al hecho de que estáis solos, juntos de nuevo, recorriendo las polvorientas atracciones en las que un día os montasteis. Sé valiente y detén la broma a tiempo. Cambia de registro y dile qué haces en Madrid, a qué te dedicas, quién eres.

Sentaos debajo del Tornado y escúchala mientras te cuenta que ha pasado unos años en Francia dedicándose a la docencia. No es lo que se esperaba, pero fue divertido. Una especie de pasatiempo mientras intentaba sin conseguirlo hacerse un hueco en el mundo del teatro. Sorpréndete por la manera en la que asume el fracaso y pregúntate si será un mecanismo de supervivencia o no. Decide que no. Diviértete

con toda esa despensa de historias surrealistas que va desplegándote y recuerda que son justo esos pequeños relatos particulares y simpáticos los que te hicieron enamorarte de ella. Agradece que te dé pie a que tú también cuentes tus propias anécdotas. Responde a las acertadas preguntas que te haga y hazle tú otras tantas. Ríete cuando te diga que ha vuelto a España porque no soportaba más seguir sintiéndose intelectualmente flácida. Padece una incomodidad abstracta cuando te diga que planea mudarse a Quebec en unos meses y pasa por alto el hecho de que estás volviendo a embriagarte de ella, a ensimismarte, a caer en su hechizo, etc.

Autoengáñate pensando que es inocente tu propuesta de salir del parque e ir a cenar. Entrad en un bar castizo con cabezas de toros en la pared y sonríele poniéndole una mano en la cara cuando te diga que es horrorosa esa superioridad moral vuestra que os hace meteros en un lugar como ese creyéndoos menos gilipollas que el resto de personas que hay ahí. Pedid vino y cometed el error de revisitar el pasado. Pregúntate en qué momento habías pensado que eso no ocurriría. Ve al baño y mientras lees las frases escritas en la puerta date cuenta de que estás en un punto de no retorno. La refascinación ya ha acontecido. Vuelve y miraos fijamente a los ojos. Presagia todo lo que pasará a continuación: pagaréis la cuenta e iréis a la casa que ha alquilado, te burlarás de lo aséptica que es la decoración y dejarás que ella haga lo mismo, os acercaréis el uno al otro despacio y vacilaréis unos minutos antes de besaros, lo haréis, se separará de ti y te dirá cómo es posible que sepas igual que hace cinco años, le dirás tú también, os tocaréis los cuerpos y descubriréis que ellos sí que han cambiado, os desnudaréis para véroslos mejor, os alejaréis y, como si fuerais dos niños inspeccionándose de manera mutua, os analizaréis los pezones, las rodillas, los genitales, las caderas, volveréis a juntaros y esta vez no os despegaréis en siete horas, en las que haréis el amor una única vez, con más curiosidad que morbo, más nostalgia que deseo, os quedaréis dormidos y te despertarás sintiéndote culpable, siendo consciente de la cantidad de insultos que podrían aplicarse a tu persona en ese momento, te irás a casa y no le dirás nada a tu pareja, te sentirás afortunado de tenerla y acto seguido le enviarás un mensaje

a Berta diciéndole que te gustaría volver a verla, recibirás un ídem. Asúmelo y entrégate a ello. Lleva a cabo todo lo anterior con la exactitud que habías previsto. Comienza así a tener una aventura, encuentra un peculiar placer en llevar una doble vida y palia la ansiedad que en el fondo te provoca comprándote un saco de boxeo interactivo del que salen sonidos y frases cada vez que lo golpeas. Repítete la vieja y engañosa cita de que hay que ser infiel pero nunca desleal e identifícate con la canción *Corazón loco* de Bambino mientras te sientes dichoso e imbécil a la vez.

A los tres meses ponte en modo cabal, abre los ojos y comprende que la situación es insostenible. Sé honesto contigo mismo y toma la decisión de elegir. Ten una larga conversación con tu pareja y ocúltale la verdadera razón por la que estás rompiendo con ella. Miéntele todo cuanto sea necesario. Dile que estás acercándote a los treinta y que necesitas redescubrirte. Que necesitas darle un giro de ciento ochenta grados a tu vida y que desafortunadamente vuestra relación está dentro de eso que tiene que girar. Anhelas sentirte joven y quieres creer que todavía lo eres. Comete la condescendiente estupidez de darle las gracias por todo lo que te ha querido, no sientas ningún remordimiento al verla llorar. Abrázale. Promete que la llamarás y no lo hagas. Sal de casa. Da un largo paseo recorriendo toda la Latina, baja al Campo del Moro, haz contacto visual con los pavos reales y camina hasta Usera. Cítate con Berta. Cuéntale lo que acabas de hacer y complácete viendo su alegría. Tenla enfrente, deja que te coja la mano y siente cómo vuelve a visitarte el viejo fantasma del abandono cuando te diga que se siente feliz con tu decisión y que, como solo le queda una semana en Madrid antes de irse a Quebec, debéis aprovecharla al máximo. Quédate en silencio y después repróchale de manera entrecortada que no te hubiera dicho que iba a irse. No reconozcas que tiene razón cuando te responda que lo sabías desde el principio, que si tú decidiste hacer amnesia selectiva sobre ello y autoengañarte confiando en que un tierno reencuentro con su primer amor le haría cambiar de opinión, quedarse en Madrid y que todo fuera milagrosamente bien es tu problema. Admíteselo, intenta evitar sentirte minúsculo y no lo consigas. Finge una sonrisa y anímala a

hacer lo que ella te ha dicho hace solo un momento: aprovechar su última semana en la ciudad. Haced todo tipo de planes indolentes que te hagan alejarte todo lo posible de la realidad. Id a piscinas municipales de la periferia, cenad en restaurantes caros, huid del calor yendo a la sierra, pasad la noche en un albergue de la Cabrera con vistas al Pico de la Miel en el que tanto los empleados como las habitaciones tengan penetrantes tintes lyncheanos. Inventaos una perturbadora historia en torno a él. Volved a Madrid. Aférrate a la promesa de que nunca dejará de quererte. Respóndele lo mismo como amenaza. Pasadlo de maravilla. Contempla el final acercándose. Ríndete a él. Despedíos en el aeropuerto, observa cómo se va, sostén la mirada mientras se aleja siendo consciente de que cabe la posibilidad de que esa sea la última vez que la ves.

Pasa una larga temporada en una especie de letargo inconsciente, no por ello del todo infeliz. No cuestiones tu trabajo, tus amistades, tus rituales o tus rutinas. Limítate a llevarlas a cabo. Ten algunos momentos brillantes que se compensen con otros verdaderamente oscuros en los que te compadezcas de ti mismo y pienses que nunca habías caído tan bajo. Que cuando una persona toca fondo de verdad, y si coincide con que es lo suficientemente imaginativa y nostálgica, recuerda con cierta envidia y cierta ternura el resto de veces que ha pensado que lo había hecho. Cada vez que esto te ocurra hazte clic en la sien y pídele a tu sistema que busque y te reproduzca noticias de actualidad para consolarte de esa manera ruin y rastrera que consiste en ver cómo el mundo se hunde incluso a mayor velocidad que tú. Refúgiate en el hecho de que tienes dinero y salud. Dinero y salud, salud y dinero.

Despiértate un día con treinta y tres años y siente de golpe, como una roca que cae del techo, todas las pequeñas injusticias que has padecido a lo largo de tu vida. Siente una yuxtaposición desordenada y atropellada de injusticias, escucha a las injusticias hablar e imagínatelas proyectadas en la impoluta pared blanca de tu habitación. Cuando cancelaron tu vuelo a Oslo y no pudiste cerrar el acuerdo que daría un giro a tu carrera, cuando te sirvieron un café con leche pasada el día en que tenías un importante partido de tenis y no

pudiste ganarlo porque te dolía el estómago, la clara preferencia de tu abuela Roberta por tu hermano Carlos, las dulces caricias que le daba en su suave piel en contraste con los desganados roces en la tuya, acneica y adolescente, aquel verano que pasaste en Algeciras, cuando se estropeó un ascensor y perdiste tu preciada cadena de oro al quitarte el jersey de cuello vuelto subiendo las escaleras, las incesantes goteras y los chillidos de los vecinos en la primera casa que te decidiste a comprar y que tuviste que vender con la hipoteca ya empezada, tus manos pequeñas, esa décima que te faltó para cursar los estudios que querías y tu en realidad ridícula capacidad para conformarte, la sequía en tus deseadas vacaciones en Iguazú que hizo que las cataratas desaparecieran durante semanas y lo que tuviste enfrente no fueron más que unas tristes piedras marrones que te recordaron a las esculturas de arena mojada que hacías en la infancia, la tendencia de tu boca a secarse en los momentos en lo que es preciso hablar, la enorme cabeza que se te sentó delante en la filarmónica de Elba y que no te dejó ver el espectáculo. Victimízate, duda de ti mismo, lamenta el poco control que tienes sobre tu vida. Piensa en qué te has convertido, en qué se supone que es eso en lo que te has convertido. Llega a la conclusión de que sea lo que sea no te gusta. Decide reinventarte y encuentra la solución en volver, naturalmente, al sur.

Instálate en la vieja casa de tu tía abuela Loren en el paseo marítimo de Almería. Siéntate en el viejo sillón de terciopelo amarillo en el que solía echarse la siesta y piensa que en tu recuerdo era mucho más grande y sobre todo más cómodo. Abre un álbum de fotos y conmuévete al verte vestido de colegial, a tu abuela agarrando a sus tres hijos con un delantal de flores lilas, la emocionada cara de tu madre asomada a la ventana mirando el paso de Semana Santa en la calle de abajo, otra fotografía tuya con el pelo engominado disfrazado de alguien que no identificas. Lee algunos fragmentos de su cuaderno y descubre que tuvo una vida más allá de la del papel de tía abuela Loren, que fue de hecho un ser humano, con sus propios anhelos, viajes, romances, pensamientos, rincones de desasosiego y mecanismos de supervivencia. Decide hacer de ese sitio tu hogar.

Traslada todas sus pertenencias a un trastero, remodélala de arriba abajo, tira paredes, créate un gimnasio en la habitación de invitados, compra muebles de diseño y tecnologízala. Visita a tus padres y háblales de ti, pregúntales por ellos, cuídalos. Reconcíliate con tu hermano y contigo mismo. Consigue un aburrido pero decente trabajo a distancia en una agencia tributaria noruega y serénate. Camina por las calles y, al ver que la mayoría de los locales que recordabas están cerrados o son algo a todas luces diferente, advierte que lo único que no ha cambiado de la ciudad en la que te criaste es el color anaranjado del aire. Las palmeras y la terrosa Alcazaba. Piensa que te has adaptado exitosamente al dolor.

Encuéntrate con compañeros del colegio y al ver sus caras tan adultas imagina que una rara enfermedad les ha envejecido de golpe y que debajo de esa máscara febril y cansada siguen siendo niños de ocho años. Recupera algunas amistades perdidas y sorpréndete pasándotelo bien. Escucha con atención en vez de con escepticismo los comentarios que hacen sobre la persona que eras, las anécdotas que guardan junto a ti, a pesar de todo siguen teniéndote cariño. Atiende entonces a cómo se modifica poco a poco tu autoimagen y recuerda lo importante que es socializar para luchar contra tu cada vez más recurrente repliegue en ti mismo. Apúntate a un club de senderismo.

Conoce en él a una diseñadora gráfica y bailaora sordomuda llamada Dafne y congeniad al instante. Siente cómo el cosmos te hace un guiño irónico al ponerte en tu camino a alguien con quien solo puedes comunicarte gracias a la lengua que aprendiste como pretexto para acercarte a Berta. Id un día al desierto de Tabernas y cuando estés riéndote con ella cruzando los decorados que se utilizaron para la película *Conan el Bárbaro* experimenta esa agradable y casi mística sensación de que es exactamente ahí donde tienes que estar, que todos los movimientos y decisiones que has tomado a lo largo de tu vida te han llevado a ese momento. Deja que te toque la espalda cuando le digas que te duelen las lumbares y huélela por primera vez. Invítala a salir esa misma noche y flirtead moviendo lenta y silenciosamente las manos. Acuéstate con ella y llega al clímax de una manera insólita y casi animal. Descúbrete abrazándola con fuerza y piensa que es justo

cuando crees que nada puede sorprenderte, cuando piensas que no solo has sido testigo de las escenas más bellas, sobrecogedoras y horrorosas sino que tú mismo has propiciado esas escenas bellas, sobrecogedoras y horrorosas, es justo ahí cuando de pronto algo logra que vuelvas a sentir aquello de lo que creías haber sido despojado y que tanto echabas de menos: el asombro.

Cuando llevéis un tiempo saliendo juntos, preséntasela a tus padres y alégrate por que no puedan hablarles de ti ni acosarla a preguntas. Descríbeles tu relación con adjetivos como adulta, sana, honesta y otros sinónimos. Apuesta por ella, esfuérzate por entenderla, confiésale todos los miedos que te han perseguido a lo largo de tu vida y mírala con alivio y gratitud cuando te diga que todos ellos son normales, escucha los suyos y fascínate por su capacidad de alternar cinismo y sinceridad sin que quede impostado o hipócrita. Ámala de un modo nuevo, adora no tener que preocuparte por si tus ronquidos la despiertan o haces demasiado ruido al ir al baño. El día de tu treinta y seis cumpleaños hablad de tener hijos y aunque la conversación comience mencionando lo cruel y egoísta que sería traer niños a un mundo como este, cada vez más hostil, difícil, distanciado, metafísicamente frío, etc., concluid reconociendo que, a pesar de todo eso, os gustaría. Hacedlo, tened un hijo también sordomudo al que llaméis, para que tenga una divertida correspondencia con su madre, Apolo. En los meses previos de embarazo grábala cada tres semanas bailando flamenco y contrata después a un hologramista que combine todos los vídeos creando una figura de luz en la que la tripa va creciéndole poco a poco. Proyéctalo en vuestra sala de estar después del parto y pensad que nunca habéis visto algo tan bello.

Siente por primera vez que eres un hombre intrínsecamente bueno mientras crías a tu hijo al tiempo que cuidas de tu padre: míralo crecer viendo cómo tu padre se empequeñece. Dale vueltas al viejo teorema de que todo es cíclico. Eres una persona íntegra que sabe lidiar con una enfermedad ajena y tomarse con humor el hecho de estar perdiendo pelo. Hazle reír a Dafne fingiendo despiste y poniéndole un enorme pañal para ancianos a Apolo. A pesar de vuestra crítica al hipercontrol, implantadle un circuito integrado de

localización. Ten sueños lúcidos de momentos de tu infancia que creías haber olvidado. Recuerda toallas, escenas en las que alguien te peina, la voz de la panadera, la secreta repisa de la ventana donde tu tía te dejaba chocolates a escondidas, las pelotas perdidas en el tejado blanco de tus vecinos y cómo siempre deseabas subirte ahí pensando que debía de ser una paradisíaca piscina de bolas perdidas. Haz el amor con automatismo y ternura. Afronta muertes ajenas con madurez y silencio. Al escuchar la noticia de que en unos años la temperatura media en Andalucía serán los treinta grados en invierno y los cincuenta en verano angústiate por el mundo en el que va a vivir tu hijo. Cuando cumpla cinco años, comprad el último diseño de golden retriever robot y paseadlo por la playa preguntándoos si el resto de perros que veis son reales o no.

Recibe un mensaje de Berta diciéndote que está de gira con su nueva obra de teatro que trata sobre un episodio de la juventud de su madre que resulta que es la razón por la que ella se llama así, Berta, y que en unas semanas la interpretará en Granada. Plantéate si deberías ir y autoconvéncete de que será la única manera de comprobar si sigues sintiendo algo por ella. Asústate pensando en qué pasaría si resultase que sí. Sobreponte y confía en ti mismo. Dile a Dafne que vas a irte el fin de semana a visitar a unos amigos y entristécete viendo cómo no ha desaparecido esa inclinación tuya hacia la mentira. Regresa así a la ciudad en la que empezó todo. Sonríe al ver que el edificio en el que viviste durante dos años es ahora un hotel con habitaciones nido. Reserva dos noches en el piso tercero, el que solía ser el tuyo, y llama a Berta para decirle que estás allí. Encuéntrate con ella antes de la actuación y daos un largo abrazo. Pasead por el Albaicín y comentad lo cambiado que está, calculad un número aproximado de veces en las que subisteis y bajasteis esas calles: novecientas ocho, cinco mil diez. Narraos la vida y mira con dulzura cómo se toca el largo pelo canoso mientras te cuenta todas sus andanzas. Háblale de Apolo y Dafne y mientras lo haces date cuenta de todo lo que has construido, comprende que es ahí a donde perteneces, tu particular mito de amor. Asiente cuando te diga que podríais haber creado una familia y niega con afecto y honestidad

cuando añada que quizá estáis a tiempo.

Asiste esa noche a la actuación, derrama lágrimas de alegría y aplaude su talento. Acércate al camerino cuando acabe, felicítala por todo, bebed una copa de vino, rechaza su ofrecimiento de ir a cenar con el resto de los actores, deja que te acaricie la cara por última vez, dale un amistoso beso en cada unos de los párpados, deséale lo mejor, sal por la puerta, alquila una cabina de alta velocidad y vuelve a casa.

La cuarta mujer (2025)

El último pensamiento que tendrá Berta justo antes de morir será que se ha convertido en su vieja amiga Jemima. Le pasará por la cabeza que todas las historias se repiten, las historias se repiten una y otra vez, sin parar, constantemente. Se reirá agarrando un perro de peluche y se preparará para lo inevitable. Todo empezará cuarenta años antes, cuando en una conversación telefónica su amiga Joelle le diga en un tono bajo y eufórico que por fin van a verse dentro de poco porque planea pasar unas semanas en Burdeos y otras tantas viajando por ahí. Joelle añadirá que no sabe qué hacer con Norris porque no quiere que la acompañe en todas las aventuras trasatlánticas que proyecta vivir en los próximos meses. No quiere estar obligada a llegar pronto a casa ni estar atada a madrugar por las mañanas para pasearlo y que este mee encima de todos los adoquines europeos. Esta noticia coincidirá con una etapa aburrida y algo frustrada en la vida de Berta y eso hará que tenga rápidamente una idea, una solución al problema de su amiga Joelle. Le dirá que está cansada de la docencia y de Francia, que está pasando por un bloqueo creativo y necesita cambiar de aires, volver a llenarse de *joie de vivre*. Le ofrecerá así cuidar de su casa y de Norris durante el tiempo que ella pase viajando. Al principio Joelle fingirá tristeza, porque eso supondrá que no se verán, pero luego dirá que le parece una idea fantástica y llena de posibilidades.

La amistad entre Berta y Joelle empezó hace años en un taller de teatro en México y, aunque ambas sean personas escépticas y ciertos días incluso cínicas, en su modo particular de comunicarse nunca serán capaces de deshacerse de ese lenguaje impostado en el que nombran constantemente expresiones relacionadas con el arte. Al hacerlo, además, al hablar la una con la otra, volverán en parte a ser la persona soñadora que eran, aquellas dos aspirantes a actrices que aún no habían cometido muchos errores ni sabían lo que era el desencanto: esa y ninguna otra es la razón por la que siguen

manteniendo el contacto.

En el avión de camino a Quebec, Berta estudiará el mapa de la ciudad, se mirará las manos y le divertirá verse a sí misma dejando su vida atrás por cuidar al perro de alguien a quien ya ni siquiera conoce. Todo su futuro inmediato se le presentará como gracioso. Se alegrará de la decisión que ha tomado porque hacía mucho que no actuaba sin pensar en las consecuencias. Llegó un momento en el que sustituyó la impulsividad por un carácter más reflexivo. Este cambio le hizo ahorrarse más de una situación desagradable, pero a medida que se acercaba a los treinta empezaba a echar de menos esa vehemencia de antes.

Aterrizará en el aeropuerto internacional de Jean-Lesage a las ocho de una soleada mañana de julio y mirará por la ventana del taxi que le lleva a la Rue de la Reine del barrio de Sainte-Roch. La fachada de la casa de Joelle será de ladrillo, las ventanas de todo el edificio estarán sucias, habrá algunas pintadas y pegatinas en la pared y decidirá que todo eso le gusta, sobre todo porque en su imaginación era mucho más sofisticada y la sofisticación es algo que en esta fase de su vida no le interesa. Tocará el timbre de la casa de al lado, donde Norris ha estado quedándose durante un par días con la vecina de Joelle, quien se comprometió a cuidarlo mientras esta volaba a Francia. Le abrirá la puerta una mujer grande y casi vieja que se llamará Jemima, llevará el pelo recogido en cuatro trenzas y una bata de terciopelo amarillo. Su cara tendrá rasgos muy masculinos y todo su aspecto en general le hará a Berta preguntarse si va de algún modo disfrazada. Le invitará a pasar y lo primero en lo que se fijará será en un objeto de cristal encima del fregadero que da vueltas haciendo que toda la cocina se llene de pequeños arcoíris del tamaño de una mariposa.

Verá a Norris recostado en el sofá, pequeño, sin raza, marrón, junto a tres majestuosos malteses blancos de pelo muy largo con lazos multicolores. Jemima le explicará que son Emmy, Janis y Sophia. Para referirse a ellas utilizará nombres compuestos por un título nobiliario y cualquier adjetivo aleatorio: mis marquesas celestes, mis

emperatrices volcánicas, mis faraonas augustas, mis zarinas ciclónicas, mis duquesas voluptuosas. Berta les saludará y les dirá que se alegra mucho de conocerlas. Jemima y ella desayunarán huevos fritos y se llevarán bien de inmediato. Ambas sonreirán para sus adentros dándose cuenta a la vez de que la persona que tienen enfrente está igual de desocupada que ellas, asumiendo así una predisposición por parte de la otra a hacer planes alegres.

Una vez dentro de casa de Joelle analizará todos los elementos con el distanciamiento propio de un detective que estudia la escena del crimen. Abrirá cajones con delicadeza, mirará qué hay en el frigorífico, los productos del baño, el tipo de colchón que tiene, olerá las mantas y se dará cuenta de que la razón por la que congeniaron es que ambas compartían y siguen compartiendo un desorden similar, el mismo modo atolondrado de estructurarse la vida, sin interesarse demasiado por la pulcritud o por una especie de miedo a ella. Se preguntará si Joelle estará haciendo lo mismo en su casa de Burdeos y decidirá que sí. Hablará en alto a Norris diciéndole cosas como: así que aquí es donde vives o espero que mi compañía te agrade. Lo hará en español y se propondrá hacer de él un perro bilingüe.

Habrá una única vez en la que lo saque a pasear sola, será esa misma tarde. Caminará con él durante tres horas y lo mirará todo con el extrañamiento de quien llega a una nueva ciudad. Por la falta del sueño y el jet lag, las escenas de cotidianeidad canadiense que verá en los típicos patios traseros con escaleras metálicas exteriores en forma de zigzag le parecerán propias de un sueño: no sabrá nunca si fue real aquel niño subido a hombros de su abuela echándole sirope de arce en la cabeza, si se imaginó a aquellos pájaros entonando un viejo bolero o al hombre en ropa interior comiendo cereales y ondeando una bandera sandinista. El resto de veces en las que lo paseará serán, primero por casualidad y luego bajo acuerdo, con Jemima.

Se encontrarán a las ocho de la mañana del día siguiente. Berta estará descansada y lúcida y verá a su vecina con las tres maltesas saliendo de casa a la vez que ella. Ninguna de las dos se avergonzarán al ofrecerse a ir juntas, como si en el desayuno que compartieron ya se hubieran confesado la una a la otra que estaban solas y que por alguna

razón les apetecía darse compañía. Esta vez Jemima llevará el pelo suelto, un pantalón corto deportivo de seda y unas chancletas. En su modo de mirar y moverse tendrá la serenidad propia de quien nunca ha sido guapa. Una cara levemente neandertal en la que no se advierte sin embargo ni una pizca de estupidez. Con respecto a esto Jemima le declarará que no fue en absoluto una niña prodigio, ni siquiera una joven inteligente, pero que a lo largo de su vida fue sacando un aprendizaje de cada una de sus experiencias y como quien no quiere la cosa acabó convirtiéndose en lo que se conoce como una vieja sabia. Berta le responderá que ella sí que fue una niña prodigio y le preguntará entre risas si eso quiere decir que será una anciana boba. Se reirán y dirán sí sí sí, no cabe duda.

Pero esta conversación acontecerá mucho más adelante, cuando ya hayan alcanzado una confianza verdadera y se permitan hacerse bromas. Ese primer día se limitarán a hablar de la ciudad. Jemima le explicará la historia del barrio de Saint-Roch y se lamentará por el cambio que ha dado, dirá que no quedan más que un par de vestigios casi invisibles del lugar al que ella llegó hace casi doce años y que la única razón por la que no se va de allí es la pereza. Le animará a ir a ver las cataratas del parque Montmorency. Le aconsejará algunos locales donde comprar fruta o lavar la ropa, le prohibirá otros tantos. Se cruzarán con algunos conocidos e inmediatamente dirá algo malo sobre ellos, señalará ciertas ventanas y alabará a la gente que vive dentro: en el salón que se ve entre esas cortinas yo me reconcilié con el boxeo. Dejará caer cosas así.

Advertirá que tanto Norris como Emmy, Sophia y Janis tratan a Berta con mucha simpatía y le dirá que, tal y como le dijo una vez la columnista Ann Landers, no deberías aceptar la admiración de tu perro como evidencia absoluta de que eres maravillosa. Este comentario lo hará a orillas del río Saint-Laurent, el mismo en donde en el carnaval de invierno se practica la competición anual de canoa sobre hielo y agua, un raro deporte exclusivo de los quebequenses. Se detendrán en Rothmans, Benson & Hedges Inc., una fábrica de tabaco que cerró hace un par de años, y Jemima le dirá que es una desgracia que la gente ya no fume, incluso ella misma ha dejado de fumar, qué

desgracia, qué terrible. Comprarán flores en frente de la biblioteca Gabrielle Roy y al olerlas dirá que le recuerdan a su hija, a la que mencionará solo una vez más. Se quejará de dolencias musculares y hará referencias a una vida pasada en la que al parecer ella era lo más parecido a un rinoceronte. Pero no se limitará a hablar de sí misma: ambas se preguntarán por qué están allí, por qué en Quebec y no en cualquier otra parte. Darán la misma respuesta utilizando el mismo tono romántico: vine huyendo.

Pasarán algunas semanas y Berta empezará a tener la sensación de que caminar con Jemima crea en su alma un espacio axiológicamente superior al que tenía antes, un sitio más agradable en el que estar. Se dará cuenta de que hace tiempo que no se pierde en absurdas espirales de pensamiento. Las viejas preocupaciones sobre el lugar que ocupa en el mundo, el lugar que se supone que debe ocupar en el mundo, sobre cuál es el verdadero origen de su personalidad esquiva o su tendencia a romantizar la huida, la culpa por abandonar lo que ama, a quien ama, todo eso dejará de pesarle tanto. Como si Jemima le hubiese regalado un prisma para ver las cosas de un modo leve, permitiéndole aplicarse por fin esa máxima que siempre se había repetido sin llegar nunca a creerla del todo: nada es tan grave.

Un día en Quartier Petit Champlain empezará a llover. Será a mediados de septiembre, en ese momento del año en el que el frío vuelve a la ciudad y la mayoría de quebequenses encuentran un secreto placer en ello. Eso les supone volver a su naturaleza, no tener que sentirse obligados a hacer todo tipo de planes estivales para disfrutar de ese calor anormal. Así que lloverá, ignorarán el agua y seguirán caminando hasta entrar mojadas en casa de Jemima. Empezará a oscurecer y al encender las luces Berta se dará cuenta de que su amiga no tiene ninguna bombilla de más de veinte vatios. Pasarán tres horas cepillándose el pelo mientras Berta estudia la casa con detenimiento por primera vez. El pensamiento que le sobrevendrá será que parece el hogar de dos personas muy diferentes entre sí que han aprendido a convivir juntas, cada una decorándolo todo a su manera, colgando en la pared los objetos que mejor la describen, dejándolos debajo de la mesa. Pero todo es suyo, tan solo de Jemima.

Berta verá alrededor de doce trofeos de boxeo encima de una estantería de bambú, al lado de un palo santo y unas matrioshkas. Ese será el detonante que haga que en el transcurso de esa tarde esclarezcan algunas de las breves referencias a sí mismas que han hecho durante las semanas anteriores.

A la pregunta de a quién pertenecen los trofeos Jemima responderá con algo que oscila entre la nostalgia y el pudor que a alguien a quien solía llamar Yo. Le contará que desde que nació se movió en el mundo pugilístico porque su padre era un famoso boxeador y ella siguió de un modo triunfante sus pasos. Darse golpes en la cocina era su pan de cada día en la pequeña casa californiana en la que se crió. Guantes, sol resplandeciente y sacos, esa fue su infancia. A los catorce años ya había ganado varios torneos estatales y fue ascendiendo poco a poco hasta ser cinco veces ganadora del campeonato nacional estadounidense. Hará pequeñas pausas en las que se tocará el pelo y se quedará callada como sorprendiéndose de que la historia que está contando sea de hecho la suya. Por curiosidad, le dirá que nunca relacionó la violencia con esa práctica a la que dedicaba su vida. Para ella era un juego que daba la casualidad de que se le daba bien: siguió lo que sus genes le dictaban, como un farmacéutico que hereda el oficio de su familia. Nunca se planteó si era eso lo que verdaderamente quería hacer o no. Asusta pensar en el poco control que tenemos sobre lo que nos gusta, sobre las aficiones a las que decidimos entregarnos.

Jemima se reirá al decirle que rompió alrededor de quince narices con una facilidad e inocencia de espanto. Reconocerá que le gustaba cuando sus amantes la jaleaban, que se sintieran protegidas por ella, que la idolatraran como a un animal salvaje y exótico, proyección que ella compensaba con grandes dosis de ternura y afecto. Le dirá que esa fue a grandes rasgos su vida durante alrededor de treinta y cinco años, hasta que todo cambió cuando se fracturó el hombro en un combate y decidió ocultarlo creyéndose más fuerte que su propio cuerpo. Aquí Jemima hará una pausa, pensará en cómo continuar, adquirirá la pose de quien rememora el pasado y no está seguro de estar inventándose lo que está contando, de cuál fue el final, dónde empezó. Le asegurará

que no hay nada comparable al fracaso de un deportista, no es por ello este un fracaso mayor o más doloroso que cualquier otro, pero sí más específico, curiosamente concreto: todos los fracasos deportivos se parecen, pero el resto de fracasos lo son cada uno a su manera. Para cuando quiso darse cuenta tenía la escápula destrozada, era incapaz de seguir compitiendo. Los médicos le dijeron que necesitaría un año de reposo para volver al ring y esa fue la primera vez en la que se planteó la vida. Decidió que ese, como cualquier otro, era el momento de dejarlo: había sido divertido, había enorgullecido a todo aquel a quien tenía que enorgullecer, pero ya no le apetecía seguir. Se concedió a sí misma el dulce autorregalo de la renuncia.

Volverá a quedarse callada, dejando que Berta repose lo que acaba de contarle. Se mirarán con una media sonrisa y darán unos tragos a sus copas de vino. Añadirá que eso fue de la mano del instante agridulce en que una se da cuenta de que no le queda otra que reinventarse y escribir con un rotulador rojo en una pizarra imaginaria todas las posibles personas que podría ser. Asusta ver cómo tu yo se fragmenta y descubres que elijas lo que elijas estarás renunciando a todo lo demás. Por fortuna, dirá, eso solo duró un par de horas; pronto decidió que se dedicaría tanto al periodismo deportivo como al entrenamiento personal, labor que ha desempeñado durante otros treinta y cinco años. La mitad de su vida se dedicó a la práctica, la otra mitad a la reflexión, eso es lo que le gusta decir.

Berta respirará hondo volviendo a sentir que todavía le queda tiempo. No hay nada comparable a esa sensación de alivio y bienestar que te invade cuando recuerdas que aún tienes mucho por delante, que las cosas seguirán ocurriendo, que volverá a haber mañanas sagradas y otras sacadas de un cuento de terror, volverás a fracasar, a dudar de ti misma, a desdibujarte y a encontrarte de nuevo, conocerás a gente, olvidarás a otra, alguien volverá a cocinarte espaguetis o a decirte algo como que los escorpiones son los únicos animales junto a los seres humanos con constantes y repetidos instintos suicidas, encontrarás piedras con forma de mano, volverás a cambiarte de país, a conocer la vida personal de los trabajadores de los locales que decidirás frecuentar, te ofrecerán familiaridad y te acostumbrarás a

ellos, los abandonarás, irás a otros, crearás, destruirás, tomarás ciertas verdades como absolutas y luego dejarás de hacerlo: la vida, en resumen, seguirá. Berta se sentirá en paz pensando en esto, estará haciéndose de noche, le cogerá de la mano a Jemima y le dirá que le gustaría cenar allí y seguir hablando, dilatar esa atmósfera de confesión que acaba de florecer en esa tarde lluviosa de septiembre.

Berta le contará algunas cosas para equilibrar la conversación, pero al hacerlo se dará cuenta de que en realidad no quiere hablar de sí misma. Por primera vez no le invadirá esa necesidad de que la conozcan, de embelesar a su interlocutora con sus anécdotas y especulaciones sobre el amor y el entusiasmo. No por miedo a no estar a la altura o no sonar interesante, sino porque de pronto comprenderá que hay veces en las que no es necesario decir palabras para hacerse entender. Junto con esto, además, tendrá la sensación de que Jemima la ve, que de algún modo misterioso ya sabe que pasó años soñando con que ella era un hombre chino que vivía en una pequeña aldea con su mujer. Que a los ocho años descubrió que su madre le era infiel a su padre y nunca se lo dijo a nadie. Que en Francia aprendió a cocinar y también a perdonar. Que le avergüenza no estar interesada en absoluto por la política. Que echa de menos a su hermana. Que trabajó un verano en Budapest y que en uno de los puentes que separan Buda y Pest conoció a una mujer que se llamaba como ella y a la que le faltaban los dos dedos índices de las manos y le contó toda la historia que había detrás. Que tiene en la cabeza una obra de teatro que no sabe si llegará a llevar a cabo alguna vez. Que conforme se hace mayor empieza a darle cada vez más miedo la soledad y al mismo tiempo la ve como inevitable: hará un acto de fe ciega y terminará creyéndose verdaderamente que Jemima ya sabe todo eso. Se limitará a seguir escuchando.

Norris estará recostado entre Emmy, Sophia y Janis y parecerá una hoja medio enterrada en una nieve virgen o un coco en un campo de nácar. Ya será de noche. Se servirán otras dos copas de vino. Unas ramas rozarán la ventana y parecerá que alguien les está saludando desde fuera. Se escuchará música en la casa de al lado. Berta le preguntará por qué sus perras se llaman así y Jemima soltará una

carcajada mientras le explica con algo de vergüenza que cada una de sus baronesas empíreas lleva el nombre de una expareja. Su manera particular y algo perversa de seguir manteniendo contacto con ellas. Emmy fue la más reciente, la mujer con la que más tiempo estuvo. Con ella tuvo la certeza de que pasaría la vejez. Se conocieron una mañana en la cola de un supermercado de Portland, ciudad natal de Emmy y a donde Jemima había ido a pasar una temporada para hacer un reportaje sobre el panorama pugilístico en Oregón.

Se unieron en una relación sosegada y podría decirse que divertida. Tenían muy pocas cosas en común, pero compartían el mismo modo tranquilo de verlo todo que se adquiere, si tienes suerte, a partir de cierta edad. Decidieron darse compañía, hacer el compromiso de seguir adelante, crear un hogar y tener una hija. Berta se sorprenderá al escuchar esto último, había olvidado que su amiga se lo había mencionado una vez al decirle que el olor de las dalias le recordaba a ella. Se preguntará también cómo es posible que Jemima nunca hable sobre el tema, que en los meses que llevan conociéndose no haya advertido ni un solo rasgo de esa actitud ante la vida que solo puede tener alguien que es madre. Supondrá que, por alguna razón, hace mucho tiempo que no la ve y la única manera que ha encontrando para enfrentarse a ello es a través del silencio. No le dirá nada con respecto a esto y dejará que siga hablando.

Emmy era una rubia bióloga marina de metro cincuenta con una admirable dedicación e interés por su disciplina. Pasaban las noches viendo documentales sobre peces y comentando las diferencias entre sus oficios, entre los espacios por los que se habían movido antes de conocerse. Podría decirse que cada una tenía su vida, sus aficiones, sus amistades, y esto no les problematizaba en absoluto: se apoyaban mutuamente pero no lo depositaban todo en la otra. Esa feliz complicidad duró años, ambas encontrando una especie de alivio ante el hecho de no tener que compartirlo todo, de tener una compañera con la que reírse de las enfermedades propias y ajenas y quitarle peso al paso del tiempo.

Esta distancia entre ellas, sin embargo, esta costumbre de avanzar por la vida de manera paralela pero no necesariamente unida, empezó

a hacerse cada vez más ostensible, hasta que un día se dieron cuenta de que parecían dos mujeres que se habían encontrado por casualidad en una residencia de ancianos más que una pareja. Lo que siguió a esta revelación fueron una serie de reproches en los que se dijeron cosas como: solo escuchas el borde de las cosas que te digo, la corteza, la cáscara, hay una distancia infinita entre tus palabras y tu verdad. Frases ambiguas que les sirvieron para no enfrentarse al hecho de que ya no quedaba nada de ese leve amor en el que un día habían creído. Al final no les quedó otra que asumirlo. Decidió entonces mudarse a Quebec y abandonar, en definitiva, Estados Unidos. Berta mirará a Jemima y la verá por primera vez como alguien vulnerable, con esas manos de Sísifo, gigantes y arrugadas. Qué tiene que ser cargar con el peso de tantas separaciones, tantos giros vitales, y acabar ahí, contándole su vida a una joven vecina extranjera en un salón raro en compañía de cuatro perros dormidos.

Continuará hablándole de Janis, la dulce e indómita Janis. Nunca tuvieron una relación al uso, sino más bien una especie de violenta lealtad que les hacía quererse como dos fieras que caminan juntas. Era bastante más joven que ella y fue su compañera de boxeo durante años, primero su rival y después, cuando ya dejó de practicarlo, su alumna. Con esa personalidad fuerte y expansiva, cuidó de Jemima durante todo el tiempo que estuvo lesionada. Ahí descubrieron que su amor era real, algo que iba más allá de todas las aventuras pasionales que habían vivido recorriéndose el país para competir. Decidió convertirse en su maestra, enseñarle todo lo que sabía: su modo secreto de hacer un *crochet*, cómo aguantar la respiración o inhalar y luego exhalar antes de hacer un *uppercut*. Entre tanto, Janis tenía otros amantes, pero el romance con ella siempre persistía como parte intrínseca del entrenamiento. Al final, su aprendiz consiguió una beca en Europa y tuvieron que despedirse. Jemima le dirá que fue una de las únicas rupturas que no le dejó un sabor ácido en la boca: se dijeron adiós de la manera más alegre posible, ambas habían conseguido lo que querían.

Por último, en las antípodas de las dos anteriores, está Sophia, su breve y gran amor de la juventud. Berta creerá que la entiende al

decirle que no hay nada comparable a las relaciones que se tienen a los veintitantos años, cuando aún tienes esa ingenuidad que te permite entregarte a algo pensando que durará para siempre. Recuerda con exactitud cómo junto a Sophia tenía la constante sensación de estar descubriendo el mundo, de que lo suyo era muy grande e importante, una conexión mística y mucho más especial que la del resto de las personas, algo terriblemente insoportable. La conoció en Los Ángeles cuando estaba en el punto más álgido de su carrera como boxeadora y dirá que cree que el error estuvo en que en aquel entonces tendía a verlo todo como un combate. Ella, además, Sophia, era una joven guionista de televisión con una inclinación a ficcionalizarlo todo, entre otras cosas su propia vida. El cóctel perfecto para un final rápido y triste.

Su historia tuvo una correspondencia directa con la tragedia Metro-Goldwyn-Mayer. Pasaron alrededor de un año viviendo juntas en una gran casa en el barrio de moda de Silver Lake, desayunando en frente del lago y sorprendiéndose de que cada día fuera incluso más glorioso que el anterior. Una sucesión de triunfos y buenas noticias compartidas. Solían quedarse horas mirándose a los ojos alimentando el deseo que luego consumaban, lo que hizo que ignorasen todo lo que no funcionaba. El final llegó una mañana, después de una de esas peleas nocturnas que cada vez eran más frecuentes. Sophia se levantó, comió unos trozos de mango, le dio un beso a Jemima y no volvió. Se le entrecortará la voz al decir esto, incluso después de tantos años. Pasó mucho tiempo intentando encontrar una explicación, buscando cuál fue el motor para huir de ese modo. En el abanico de posibles razones la principal es el miedo a estar sintiendo algo aterradoramente profundo, a no ser capaz de digerir sus propias emociones y acabar ahogándose.

Unos años más tarde, cuando Jemima ya vivía en otra ciudad, vio que Sophia había hecho una serie de televisión de cinco capítulos sobre una boxeadora con un nombre parecido al suyo que se encuentra consigo misma en una pelea y acaba matándola. Tuvo bastante buen recibimiento, en especial porque profundizaba muy bien en el personaje y en el de su doble, introduciendo en cada

episodio algunas frases de Cioran sobre la muerte y el suicidio. Jemima la vió y le gustó. Entendió que, a su modo, Sophia seguía queriéndola, siempre lo haría. Prefirió acabar con ella de esa manera tan abrupta para no tener que enfrentarse a que las cosas fueran enfriándose entre ellas poco a poco. Una hizo una obra de ficción, la otra le puso su nombre a su perra para seguir cuidándola: cada una tiene sus propios mecanismos para seguir adelante.

Serán ya las dos de la madrugada. Jemima de repente estará cansada, dirá que hacía mucho que no rememoraba todo eso. La que es, a grandes rasgos, la historia de su vida. Berta le agradecerá haberle dado la oportunidad de escucharle y se irá a su casa. No dormirá en toda la noche, pensará en sus propias historias, en toda la gente que formará parte de sus recuerdos y que aún no conoce. Jemima, por otro lado, soñará con todas las personas de las que le ha hablado, pedirá perdón por cosas de las que nunca había sido capaz y se despertará sintiéndose una niña de doce años el día de su cumpleaños. Tocará a la puerta de Berta y esta, ojerosa, saldrá con Norris a seguir paseando las calles de ese Quebec al que ya siente que conoce. Pasarán las semanas y su amiga Joelle le recordará que llegará en doce días. Tanto a Jemima como a ella les pillará por sorpresa, haciéndose conscientes de repente del poco tiempo que les queda juntas. Con esa especie de predisposición al disfrute que te otorga el saber que algo va a acabarse pronto, que el final está ahí mirándote, decidirán pasar un par de días en Montreal y comer en todo tipo de restaurantes caros. A finales de octubre será el momento de decirse adiós y se fundirán en un gran abrazo. Prometerán escribirse y lo harán durante muchos años. Berta la tratará siempre como su confesora y Jemima le aconsejará en todos los movimientos que haga.

Un tres de agosto tendrá ochenta años y fallecerá de un paro cardiaco mientras duerme abrazada a Sophia. En el vuelo Berta llorará retorciendo una botella de agua y recordará una frase que le dijo Jemima en una de las últimas cartas que le escribió: va quedándome poco tiempo, lo noto. Solo espero que el lugar al que vaya después de morir se parezca bastante a donde estoy ahora, al menos que la cama sea la misma. No sabes cuánto me costó encontrar un colchón que se

ajuste tanto a mí como este.

Su amiga Joelle se habrá mudado a otro barrio, pero le acogerá en su casa y paseará junto a ella por todos los lugares a los que solía ir con Berta. Norris estará viejo y no se acordará de ella. Mucha más gente de la esperada irá al funeral. En él verá, tal y como esperaba aunque sin albergar mucha esperanza, a las tres mujeres que le dieron nombre a sus maltesas. Hablará con ellas y le sorprenderán sus voces. Serán días de paz y luto. Después volverá a España y estrenará su esperada obra de teatro en Andalucía. Verá de nuevo a su propio amor de la juventud y descubrirá que la ha olvidado, se preguntará si ella lo ha olvidado a él.

Pasarán muchos más años y nunca dejará de hablar con Jemima en su imaginación. Berta envejecerá y empezará a adoptar algunas de las poses que vió en su amiga, repetirá expresiones, moverá los brazos de determinada manera. El mundo irá en decadencia y ella también. Cumplirá sesenta años y se internará en un centro de Regreso a Lo Analógico, donde vivirá como si el avance tecnológico y el declive moral no hubieran ocurrido. Tendrá el cuerpo quemado por haber pasado años en una de las playas prohibidas de Almería, pero eso habrá dejado de importarle. Todo habrá dejado de importarle. Para poder nutrirse de las historias del resto de los internos de R.A.L.A. y que estos les confiesen sus secretos más íntimos, conseguirá que depositen en ella una confianza pluriforme que les haga pensar que, o bien Berta está lo suficientemente chiflada y rota como para que lo que le cuenten vaya a comprometerle de algún modo o bien no prestará mucha atención y se le acabará olvidando. Cuando lo hagan se lo susurrará todo a Jemima, se colará por el conducto de ventilación del centro y espiará el efecto que su confesión ha creado en ellos: algunos llorarán, otros sonreirán, otros reformularán algunas de las frases que le han dicho unos minutos antes.

Todo continuará más o menos igual hasta alcanzar la misma edad que tenía Jemima cuando murió. Entonces llegará el día tres de agosto, el sol entrará por la ventana, no sentirá ningún dolor en el cuerpo, se escucharán algunos pájaros, se quedará tumbada en la cama mirando el abedul que tanto le ha acompañado, no tendrá que

hacer ningún movimiento más.

Reproches al microondas (2023)

Fue un año raro.

Me encontraba en una especie de letargo emocional y no conseguía que nada me apelara. Esas etapas en las que no estás ni triste ni feliz, ya me entiendes. Que vives como una especie de protozoo con coleta y chándal.

En Navidad una amiga me regaló *Mi año de descanso y relajación* y sentí una identificación directa con la protagonista. Me propuse ser como ella y de enero a marzo prácticamente no salí de mi casa. Me dediqué a dormir, vaya. Después me cansé y cuando llegó la primavera pensé que no estaría mal volver a trabajar. Barajé varias posibilidades y al final me sedujo la idea de entrar en una empresa de residuos domiciliarios.

Bueno, más que seducirme, hice una entrevista para ser conductora de un camión de basura, me contrataron y pensé: por qué no. Me dije: veamos qué saco de esto. Una experiencia más. Durante unos meses me pareció divertido, luego acabé dejándolo. Como siempre. Pero esta vez no lo hice por aburrimiento o ansiedad, sino porque descubrí algo que me hizo pensar que mi tiempo allí había acabado. Siempre he sido un poco mística, ya sabes, y lo vi como una señal. Tenía que irme.

Lo dejé en una noche sin aire a finales de agosto. André, mi compañero de trabajo, y yo estábamos preparándonos para empezar nuestra jornada laboral, tomando un café y una Coca-Cola en una pequeña habitación azul con una pequeña ventana blanca y un pequeño ventilador gris. Habíamos estado todo el verano limpiando juntos las calles de Burdeos. Me caía bien, porque no hablábamos mucho y nos gustaban los mismos programas de radio. Además, disfrutábamos en secreto de despertar a la gente que estaba a punto de entrar en la fase REM y de pronto se sobresaltaba con el ruido de los cubos de basura levantándose y cayendo. El estruendoso baile de los cubos de basura. Un entretenimiento como cualquier otro. Algo cruel,

pero era lo único que teníamos.

De vez en cuando hablábamos sobre cómo ninguno de los dos había imaginado acabar así. Era uno de nuestros temas recurrentes: cómo lo que uno acaba siendo es mucho más mediocre de lo que esperaba. Intentábamos no autocompadecernos y añadirle humor, quitarle peso. Siempre terminábamos diciendo que hasta cierto punto no nos desagradaba el rumbo que en algún momento tomó nuestra vida. Podría ser peor, siempre podría ser peor.

El caso es que aquella noche llegué cansada al trabajo porque había tenido un día horrible. Ya no me acuerdo qué cosa horrible me había pasado, pero tuvo que ser algo verdaderamente malo, porque André me ofreció irme a casa. Me dijo que se haría cargo de la noche él solo. De todas formas, soy así de tonta, me pesó la responsabilidad y terminé quedándome.

Me tomé un café, pero creo que me hizo el efecto contrario, porque al entrar en el camión noté cómo mis ojos empezaban a cerrarse. Me había acostumbrado a las benzodiacepinas y mi cuerpo confundía los estimulantes con los relajantes. No sé, ya te digo que fue un año muy raro.

Como pensaba que iba a quedarme dormida, le pedí a André, medio en broma, que me contase algo que me mantuviera despierta. Algún secreto. Algo muy fuerte. Algo lo suficientemente sorprendente como para quitarme el sueño durante una jornada nocturna de cinco horas. No esperaba que fuera a contarme nada, claro, pero lo hizo. Me contó algo que me hizo el mismo efecto que tomarme una o dos pastillas de Aderall y decidir, como te he dicho, que mi tiempo en esa empresa de residuos domiciliarios había acabado. Y si me preguntas por qué lo hizo, por qué me lo contó a mí, te diré que creo que en el fondo necesitaba soltar y sacarse de sí esa mierda de secreto patológico que llevaba dentro y vio el momento idóneo para hacerlo.

Bueno, allá va: lo que André me contó es que llevaba alrededor de un año y medio espiando a una chica llamada Berta, que era su exnovia. Pero que justo cuando empezaba a sentir un poco de culpa y a plantearse si debía dejar de hacerlo, había descubierto que otra chica la espiaba también. Me dijo que se sentía con la responsabilidad

de contárselo. Es decir, de contarle a Berta que alguien la estaba espiando. Pero también con una especie de obligación de seguir espiándola por si alguna vez descubría que estaba en peligro y tenía que avisarla.

Imagínate, escuchar eso en el asiento de copiloto de un camión de basura. ¿Qué se supone que haces en esa situación? Un tío que espiaba a su exnovia pero, como había descubierto que otra tía la espiaba también, había asumido el papel de guardián secreto para no tener que admitir ante sí mismo que estaba haciendo algo cuando menos inmoral. Bastante retorcido y megalómano.

Tampoco sé por qué confió en mí para confesarme algo como eso. Partiendo de que fuera verdad, claro. Pero supongo que habría pensado que, como yo no conocía a Berta ni a ninguna otra persona relacionada con él, no me entrometería. Y tenía razón, ¿sabes? Cada uno en su error. Cada uno con sus cosas. Creo que si alguien me espiase no me gustaría saberlo. No lo sé. En realidad, cualquier relación humana podría llegar a considerarse una técnica de espionaje, ¿no? Depende de cómo lo mires.

Me dijo que el hecho de que otros pudieran espiarla le aterraba, pero hacerlo él le parecía noble. O al menos lúdico. Inofensivo. Uno nunca se ve a sí mismo como amenaza, ¿no crees? Yo estaba alucinada, pero fingí no estarlo, por si acaso. Mantuve la calma y le pregunté cómo había empezado a hacerlo.

Él lo soltaba todo, como si no le importase nada que yo pudiera denunciarle o algo así, por eso pensé que igual me estaba soltando la mayor trola de su vida. Pero en ese momento me estaba sorprendiendo tanto que me daba igual que fuera verdad o no. Me explicó que, al principio, se limitaba a ir de vez en cuando al parque debajo de su casa con unos catalejos y pasaba la tarde sentado entre unos arbustos mirando a través de su ventana. Pero con el otoño llegó el frío, y la práctica empezó a hacérsele incómoda. Incómoda y triste. Además le preocupaba que alguien le viera y sospechara de él, así que encontró la solución: comprar un dron.

Da miedo esto de los drones, ahora me parece que están por todo. Podrías tener un dron metido en el bolsillo y no darte cuenta de ello.

Este mundo en el que vivimos ahora es aterrador y estúpido. En fin, el caso es que el tío consiguió meter un dron en el apartamento de su exnovia Berta y colocar unas diminutas cámaras que podían confundirse con una mota de polvo y también unos micros aTTo digital RecBall por diferentes sitios de la casa: debajo de la alfombra, entre unas cintas de vídeo, y detrás de un falso Rothko, un falso Modigliani y un Sorolla verdadero.

Me contó que antes de empezar a espiarla salió con ella durante alrededor de dos meses y se enamoró profundamente. Depositó en ella una serie de esperanzas que luego se frustraron. Ilusiones e ideales que solo estuvieron en su cabeza. El mismo romance que para Berta fue algo pasajero, para él supuso un antes y un después en su educación sentimental, en su experiencia afectiva o como quieras llamarlo, y le hizo volverse loco. Esto te lo digo yo, él no me dijo que se había vuelto loco. Me contó que nunca se había abierto así a alguien y que proyectó un futuro a su lado que consistiría en leerse el uno al otro en la cama, prepararse el desayuno mutuamente, poner nombres a los objetos de la cocina (por ejemplo todos sus tenedores serían diferentes y se llamarían Jean, Paco, Pierre, etc.) y motes secretos a sus conocidos comunes. Me contó que la conoció en un supermercado y que decidió que, como ya nadie se conoce en lugares así, debía darle una oportunidad.

Me contó que se propuso enseñarle los lugares más bonitos de Burdeos y que eso le enorgullecía porque ella siempre recordaría quién le descubrió todo eso. Me pareció bastante ingenuo, la verdad, pero también tierno. Porque lo cierto es que luego todos nos olvidamos, ¿no crees? Da pena, pero es así. Dejas una relación, sufres un tiempo, y al cabo de los años ni siquiera sabrías decir si cierta frase la dijo tu más reciente expareja u otra antigua. Yo confundo mis relaciones todo el tiempo, ¿fui a aquella ferretería siciliana con Zöe o con Emmy? Me ocurre hasta con los viajes que he hecho, es terrible, me hago un lío con las compañías pasadas.

Me contó que nunca había disfrutado del sexo hasta que la conoció, que ella le había enseñado a explorar su ano y que eso había sido la apertura de un nuevo mundo para él. Me contó que le gustaba su risa

y que en esos dos meses no vio en su cara ni una sola mueca de tristeza. Ni siquiera cuando estaba distraída o cuando pensaba que nadie la estaba mirando. Tampoco de preocupación o de enfado.

Le dije que eso me parecía imposible. Que, en mi opinión, la tenía absolutamente idealizada o había distorsionado su recuerdo. De un modo muy tajante me respondió que no, y siguió diciéndome que en esos dos meses pensó de verdad que la había llegado a conocer del todo, que por fin había logrado unirse y fusionarse con alguien. Por eso, cuando ella le dijo que no estaba preparada para seguir con la relación porque acababa de dejar una muy larga y buscaba cosas leves, él se dio cuenta de que en realidad no la conocía muy bien. Y fue entonces cuando se propuso hacerlo. Conocerla. Cuando se propuso saber quién era la persona de la que se había enamorado.

Desde el principio pensé que era un sociópata, claro. No tuve duda de que mi compañero de trabajo iba a acabar en algún periódico y que yo iba a tener una historia genial para contar a mis sobrinos. Que la guardaría en esa despensa de historias divertidas a las que, a veces, acudo cuando una conversación decae o quiero sorprender o seducir a alguien. Me vi frente a un absoluto chiflado. Pero, más que miedo o rechazo inmediato, sentí curiosidad. Porque la tarde había sido aburridísima, además de horrible. Y de pronto me encontraba ante una persona a la que creía conocer contándome un disparate. No es precisamente algo que te ocurre un martes cualquiera.

Sigamos, me contó que cuando era pequeño miraba pájaros. Que su padre era un reconocido ornitólogo y le enseñó a diferenciar muchísimos tipos de pájaros. Pasaba horas solo caminando por el campo y tratando de aprender todo lo posible sobre pájaros. Me dijo que creía que le venía de ahí. La afición de espiar, digo. Que era un don que desarrolló en su infancia. Me dijo que empezó a espiarla pensando que solo iban a ser unos días, quizá unas semanas, pero que descubrió en ella una persona muy graciosa y peculiar y para cuando quiso darse cuenta ya no podía dejar de hacerlo.

Aquí hizo una pausa y siguió conduciendo, como esperando que yo dijese algo que le hiciera sentirse cómodo y continuar. Ya eran como las tres de la mañana y seguía haciendo el mismo calor que había

hecho durante todo el día. Los dos sudábamos y no sé muy bien cómo olíamos, supongo que mal, pero no podíamos saberlo porque llevábamos kilos de comida en descomposición en la parte de atrás. Le dije que no le juzgaba y que todo lo que me estaba contando me parecía muy interesante. Ten en cuenta que no estábamos teniendo contacto visual porque estábamos mirando la carretera, así que pude mentirle sin preocuparme de que se me estuviera notando en la cara.

Con genuino interés —un poco morboso, lo confieso—, le pedí que me contará qué cosas le había visto hacer, cómo era ella cuando nadie la miraba. Entonces, sintiéndose otra vez en confianza y activando de nuevo su motor verborreico, empezó a enumerarme una serie de particularidades de Berta que me llevaron a pensar que quizá se la estaba inventando. No inventándose la historia, no; en este punto de la narración yo ya había decidido que me creía que la espiaba y todo eso, sino que me pareció que estaba idealizándola por segunda vez, esta vez a distancia, e inventándose a una especie de *Magic Pixie Dream Girl*. Quizá me equivoco, pero me dio la sensación de que estaba poniendo el foco solo en lo que él quería, en lo que mejor le venía. Uno puede tener delante una taza y pensar que está viendo el sentido de la vida, ya me entiendes.

Por ejemplo, me contó que a veces le gustaba ver cómo ella dejaba las llaves o sus plumas estilográficas en sitios como el frigorífico o el segundo cajón de su mesilla de noche y luego, unas horas después o al día siguiente, veía cómo buscaba desesperadamente sus llaves o sus plumas estilográficas e incluso chillaba. Veía la escena a varios kilómetros, se reía de ella en la soledad de su habitación y le entraban ganas de enviarle un mensaje y decirle: las llaves están en el frigorífico detrás del brick de leche. Pero, como es natural, me dijo, no podía hacerlo. Eso sería revelar su secreto. Destapar su personalidad de psicópata voyeur. Así que se quedaba mirando cómo Berta gritaba e insultaba hasta que encontraba aquello que había perdido. Siempre lo encontraba.

También me contó que contabilizaba las veces en las que había llorado en el año y medio que llevaba espiándola. Habían sido cincuenta y tres. Dos coma noventa y cuatro por mes. Veinte de ellas

habían sido viendo películas y el resto por otras razones. Cuando no lloraba frente al televisor lo hacía frente al espejo. Solía grabarse teniendo esos ataques de llanto y luego, tranquila y con la cara lavada, los veía en bucle. A veces se reía y, otras veces, volvía a ponerse a llorar. También se las tragaba, las lágrimas. Solía tragárselas. Yo casi no lloro. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice, así que pensé que igual eso era algo común entre la gente que llora.

Me contó que una noche, sobre las cinco de la mañana, estaba comiendo helado con otra amiga suya y, como quien confiesa un secreto vergonzoso y terrible, le dijo que quería mucho más a las personas cuando estaban lejos. Que la razón por la que le gustaba tanto mudarse de ciudad era porque le permitía distanciarse de las personas a las que amaba. Que apreciaba tener una red afectiva física en todos los lugares en los que vivía para hacer planes y crear vínculos, pero que siempre pensaba más en la gente que no estaba allí en ese momento. «A ti, por ejemplo —le dijo a su amiga—, te querré mucho más cuando me marche de Burdeos y te escriba cartas».

¿Qué dice eso de alguien?, me preguntó desconcertado. El hecho de que valore los vínculos humanos solo cuando están lejos; tener amistades solo como pretexto para escribir cartas. Le dije que eso era muy reduccionista y que no creía que las tuviera solo para eso, que sencillamente son cosas que se dicen ciertas madrugadas en las que una quiere envolverse a sí misma en un aura de misterio. Cosas que se dicen cuando es tarde y una quiere atribuirse la romántica belleza del nómada, pero después se despierta por la mañana, ve el cielo de siempre y se da cuenta de que está bien y es bonito eso de pertenecer, que está bien y es bonito que una luz se te haga familiar.

Me contó que había descubierto que, cada vez que sentía que no tenía cogidas las riendas de su vida, cocinaba lentejas. Cuando algo se escapaba de su control en el terreno laboral, social o emocional pasaba horas humedeciendo las lentejas, pelando millones de verduras y mezclando especias. Luego lo hervía todo y esa era su manera de tranquilizarse. De decirse que era una mujer adulta que podía cuidar de sí misma. En estos momentos, y en muchos otros, hablaba sola. Hablaba sola constantemente. Me contó que a veces lo hacía en

tercera persona impersonal como si fuera el narrador omnisciente de alguna película lacrimógena y sensiblona de domingo por la tarde. Que decía cosas como: entonces ella se puso a cocinar lentejas al ritmo de la música de Enrico Caruso y se dijo: basta ya, todo es mucho más sencillo de lo que piensas.

Me dijo que quería dedicarse al teatro y que la gente que se dedica al teatro vive encadenada a esa idea, a la idea de hacer de su propia vida una obra de arte. Que la gente que se dedica al teatro se piensa que es hiperconsciente de sí misma y eso les lleva a hacer cosas así, ¿estás de acuerdo? Me contó que un día estaba enferma de la garganta y no paraba de toser y de pronto dijo: putos estreptococos de los cojones. Y acto seguido se puso a reír por esa original cacofonía que acababa de salirle por accidente.

También hablaba en alto con su madre. Le soltaba reproches. Se ponía frente al microondas mirándose en el espejo negro y le decía que todo era su culpa. La culpaba de no ser capaz de responsabilizarse con nada ni con nadie porque ella nunca se lo había enseñado. Le decía que temía parecerse a ella y que notaba cómo cada vez lo hacía más. Y que ella preferiría parecerse a su padre aunque su padre fuera tonto.

Me contó que un día la vio aparecer con una chica altísima, mayor, con cierto aire a Simone Signoret, y que esa chica era la que entonces estaba espiándola también. La había apodado la *diabolique,* haciendo referencia a la vieja película de los cincuenta. Me contó que la *diabolique* y ella tuvieron una relación de unos tres meses y que discutían todo el tiempo en una mezcla entre español y francés. Me contó que una noche, hace como tres semanas, después de una de esas peleas, ella le contó una fábula horrorosa. La fábula del escorpión y la rana. Resulta que está una rana en la orilla de un río y un escorpión le dice a ver si podría subirse sobre ella para ayudarle a cruzar. Al principio la rana duda y le pregunta: cómo sé que no me picarás. Y el escorpión le responde: sería estúpido por mi parte, ambos nos ahogaríamos. La rana acepta su lógica y deja que el escorpión se suba a ella. Sin embargo, cuando están a punto de llegar a la otra orilla, siente de pronto la picadura del escorpión. Entonces la rana empieza a

jadear y, sufriendo un dolor agónico, le pregunta justo antes de hundirse: ¿por qué lo has hecho? Ahora moriremos los dos. A lo que el escorpión responde: no he podido evitarlo, es mi naturaleza. Se lo contó en un insoportable y afectado tono fatalista y le aclaró a la *diabolique* que ella, Berta, era como ese escorpión, porque había nacido bajo el signo de escorpio. Y que no quería destruirla. Así que lo mejor sería que dejaran la relación. Me contó que lloraron juntas y que sintió un placer extraño y morboso viéndolo todo desde su casa.

Yo no sabía si reírme o qué, pero por fortuna él siguió hablando. Me dijo que, una semana después de ese episodio, vio cómo entraba otro dron por la misma ventana abierta y depositaba pequeñas cámaras y micros en los mismos o parecidos lugares en los que los había puesto él. Así que dedujo que lo más probable es que la nueva espía fuera la Simone Signoret.

Pensó que tenía que hablar con Berta, para contárselo, aunque no sabía cómo hacerlo sin delatarse a sí mismo. Entonces se planteó la posibilidad de que hubiera alguna otra persona previa a él que también hubiese puesto cámaras y micros, o si podría ser que hubiera, de hecho, muchísimas personas que estuvieran haciendo lo mismo. Imagínate, el club de personas que espían a Berta.

En fin, me contó muchas cosas más: el modo en que se bañaba, la relación que tenía con su hermana, sus indicios de alcoholemia, el modo en que limpiaba su casa después de haber hecho una fiesta, el tipo de ropa interior que utilizaba, las series que veía, cómo solía enfadarse y se metía en la ducha posiblemente histérica, las conclusiones que había escuchado y aprendido de sus conversaciones telefónicas y que a él le habían servido como herramientas que podía aplicarse a su propia vida.

Me dijo que se consideraba un experto en ella. Que, si quisiera, podría hacer incluso una tesis doctoral sobre ella. Que conocía todos los secretos que el resto desconocía. Y que había llegado a ver algo así como su esencia verdadera, la persona que era en el fondo.

Reflexioné sobre ello y no se lo dije, pero pensé que la persona que somos en nuestra intimidad no es necesariamente la persona que somos *en realidad*. Que el hecho de que hagamos algo cuando sabemos

que nadie nos está mirando no quiere decir automáticamente que esa sea nuestra *esencia*. En serio, me niego a que mi esencia sea escupir flemas en un vaso o alzar las piernas para tirarme un pedo mientras tengo reuniones telemáticas.

Cuando terminó de contármelo o pensé que había terminado, no le hice las preguntas que se me pasaban por la cabeza. Le hice otras. Le pregunté, por ejemplo, si había trasnochado alguna vez escuchándola dormir o si compraba productos de marca blanca. Pero no le pregunté otras más trascendentales como por qué lo hacía. Qué intentaba sacar en claro con todos esos *descubrimientos*. Además, no me habría dicho la verdad. O me habría dicho *su* verdad. Algún tipo de autoengaño como: porque, en el fondo, me hace reír. Alguna chorrada por el estilo.

Yo creo que la respuesta es que quiere encontrar la respuesta a por qué no le quiso. Quizá todo se reduzca a eso: a encontrar los rasgos y las pequeñas costumbres en las que no eran compatibles. Las razones por las que lo abandonó. Hacemos cosas así constantemente. Poner cámaras y micros y quién sabe qué otras cosas más en casa de alguien y espiarle durante meses y años. Hacemos cosas así todo el tiempo. Convencernos de que tiene sentido, de que estamos justificados. No podemos dejar de hacer cosas así. De obsesionarnos. Llevamos nuestras obsesiones al límite hasta que se nos terminan olvidando y buscamos otras. El objeto de obsesión da igual, eso es lo de menos. Podría haberle puesto cámaras a cualquier otra persona. Resultó ser Berta, pero podría haber sido cualquier otra persona la que generase en él esa obsesión. Y habría encontrado las misma particularidades, ¿sabes?

Quiero decir, él piensa que Berta es terriblemente especial, que es una neurótica tarada como él y por eso cree que la ama. Los neuróticos se piensan que solo podrían enamorarse de otra persona igual de neurótica que ellos. Pero todos somos igual de raros. Estoy segura de que tú eres incluso más rara. No digo que dejes las llaves en el frigorífico o que insultes a tu madre en frente del microondas, pero seguro que haces otras cosas igual de absurdas.

Espió a Berta, pero por la misma razón podría haber puesto cámaras

y micros en una de esas jaulas gigantes de reptiles. O de chimpancés. Podría haber desarrollado un deseo sexual exacerbado por una chimpancé (o ni siquiera eso, no tiene por qué ser sexual) y me habría estado hablando durante horas sobre las maniobras de la chimpancé. Todos hacemos cosas parecidas. Nos obsesionamos, nos aburrimos. No podemos parar de obsesionarnos y aburrirnos. Obsesión y aburrimiento, en bucle.

A la semana siguiente, como te decía, decidí dejar el trabajo. No sé muy bien por qué, sentí una corazonada. Me acerqué a él, le dije que su secreto estaba a salvo conmigo, me limpié las manos y me marché. Seguí con mi vida contemplativa durante unos meses más y empecé a trabajar aquí. Y así voy, empalmando trabajo precario con trabajo precario, ya no sé si es mi *fatum* o algo que nos caracteriza a todas las personas nacidas en los noventa. Pero estoy contenta, no me quejo.

De hecho, he llegado a fantasear con la posibilidad de que esa magnética Berta, de la que he acabado sabiendo tantas cosas, haya estado aquí, en la cafetería, alguna vez. Ha podido pasar. O podría pasar en el futuro. Que entrara un día por la puerta, se acercara a la barra y me pidiera algo, lo que fuera, un vino blanco o cualquier otra cosa. Y yo se lo sirviera sin sospechar quién era. Hasta podría haber estado hablando con ella. No conozco su cara. Es extraño, ¿se puede saber algo de alguien sin conocer su cara?

La experiencia de tener un tucán en la cabeza (2018)

Las veces en las que Berta se ha topado con un hombre obeso tumbado o tirado en el suelo han sido cuatro. Las cuatro veces ha querido escribirlo, dejar constancia de sus impresiones y detalles. Pero no lo ha hecho. No sabe muy bien si la razón ha sido la pereza o el miedo a adoptar un tono cínico, superficial, impreciso y ofensivo para las personas con obesidad. Ahora, sentada en una cocina americana, ocho años desde la primera vez que vio a un hombre obeso tumbado en el suelo y unas semanas después de la última, Berta se dispone a ordenar y dar forma a sus recuerdos.

Primero se pregunta el por qué: cuáles son las razones que le llevan a querer escribir sobre que ha sido testigo de algo como ver a un hombre obeso tumbado en el suelo. Nadie que no lo haya visto puede imaginarse cuánto espacio físico ocupa cualquier persona que pese más de ciento sesenta kilos estando en una posición horizontal. Para describírselo a sí misma, a Berta se le ocurren algunos oxímoron como «roca blanda», «montaña líquida» o «charco con relieve». Una de las razones por las que Berta quiere escribir sobre este tema es que las cuatro veces han marcado, de algún modo, un antes y un después en su vida. Aunque sea por casualidad, las cuatro veces han coincidido con un cambio en su manera de ver las cosas.

Los lugares han sido: Las Vegas, Granada, Madrid y Cancún. Las sensaciones que le ha provocado cada una: miseria, lástima, superioridad moral y fascinación, respectivamente. Dos de esas veces sonaba música. Una de las veces ella estaba encima de la persona obesa en cuestión. La vez restante la persona obesa estaba muerta: la persona obesa había sido asesinada. Una de ellas ha sido excepcional y rara en un sentido diferente al resto y de veras piensa que no le ha creado ningún trauma.

Por otro lado, Berta es consciente de que tiende a encontrar belleza incluso donde no la hay, incluso en lugares en los que hablar de tal cosa como la belleza podría considerarse un insulto. No sabe hasta qué punto esto es bueno o malo. Se pregunta si quizá esa constante búsqueda de belleza no será, tal vez, una manera infantil de alejarse de la realidad. Una manera también cruel e ilusoria de alejarse de la realidad. Se cuestiona si es, quizá, un resquicio de la niña fantasiosa que fue. La niña que se negaba a aceptar el mundo tal y como era y que pasó años pensando que cuando su tío se tiró por la ventana se había convertido en un pájaro amarillo que ciertos domingos se cruzaba con ella por el camino del río.

Mientras piensa en todo esto Berta se da cuenta de que nunca ha escrito sobre las cuatro veces en las que ha visto a un señor obeso tumbado o tirado en el suelo porque no está segura de estar en el derecho de hacerlo: de romantizar, ficcionalizar o poetizar sobre algo como eso. No sabe si es lícito hacerlo, ni cuál sería la acogida en el hipotético caso de que un público, por muy reducido que fuera, leyera eso. Al fin y al cabo, son mis memorias, piensa.

Una curiosidad con respecto a todo esto es que Berta nunca se ha imaginado a ninguna de esas cuatro personas comiendo. Los alimentos en sí no son algo a lo que directamente se remita al ver ese tipo de cuerpos. Se pregunta por el proceso: qué hace que una persona llegue a estar así, cómo es humanamente posible que alguien alcance esa forma. Es posible que sea en la misma pregunta donde resida la respuesta. Tal y como le dijo Carlos, el obeso número cuatro que vio tumbado en la arena blanca de Cancún frente al bar Mamita's mientras sonaba *Mariposa de Barrio* de Jenni Rivera, llegar a estar así, elegir estar así (porque hay siempre un momento, un punto en el que uno elige) es renunciar, de algún modo, a tu condición de humano.

Todos buscamos e intentamos explicarnos a nosotros mismos. Encontrar nuestra razón de ser, una respuesta lógica a nuestra manera de actuar. Aun sabiendo lo terrible que es la extrema autoconsciencia, seguimos indagando en por qué somos como somos, por qué sentimos como sentimos, dónde terminaremos.

En este sentido, Carlos no era una excepción. Berta notó que carecía

de muchas cosas, pero lucidez no era una de ellas. Sabía muy bien qué rumbo había tomado su vida. Además, no se engañaba. Había tomado la decisión de ser honesto consigo mismo y, en la medida de lo posible, no mentirse. Esta decisión suele ir unida a un cuestionarse constante. Si he optado por no fingir, tendré que saber de qué hablo, habré tenido que reflexionar y pensar en ello antes. Carlos lo había hecho.

Lo conoció en su segundo día en Playa del Carmen, mientras caminaba por la orilla del mar y repasaba mentalmente todos los viajes que tendría que hacer en los próximos días. Primero un autobús nocturno hasta el aeropuerto de Cancún, de ahí un vuelo a Veracruz, de ahí otro autobús hasta el puerto y después un último a la escuela de artes escénicas de Xalapa. Caminaba con los pies en el agua, mirando los tatuajes y las operaciones estéticas de la gente que decide ir a broncearse en enero a un lugar como ese. En una de las casetas en primera línea de playa, una pareja con gafas de sol bebe cócteles a las once de la mañana mientras sus dos hijos juegan a su lado. La experiencia de tener un tucán en la cabeza, experimenten lo que es tener un tucán real en la cabeza, cien pesos por sentir las patas de un tucán en la cabeza, grita el tipo del tucán a todos los turistas que pasan. Un grupo de chicos circundado por una decena de cervezas hacen crossfit y se gritan cosas los unos a los otros.

Empieza a hacer calor así que decide darse un baño. Ve a Carlos tumbado y, sin conocerlo y asumiendo que no va a moverse, le saluda y le pide que le mire las cosas mientras ella se mete. Él le dice claro, por supuesto, mija. Berta nada por las cálidas aguas del Caribe, bucea, ve peces pequeños y peces grandes, intenta imaginar cómo sería nadar con un par de tetas operadas como las que ha visto en el paseo. Se mira las suyas y, con cierto orgullo, piensa que todos los que han pasado por su lado habrán pensado que son artificiales.

Sale y se sienta con Carlos. Comparten el silencio y Berta va secándose poco a poco. Cada quince minutos sube un grado. Están a punto de dar las doce de la mañana y de todos los poros de ambos cuerpos salen cada vez más gotas de sudor. Con esa especie de desenvoltura ebria que te concede a veces tener un sol agresivo en la

cabeza y estar asfixiándote, Berta recuerda la frase dirigida a Hal Incadenza al principio de la novela: y tú, chico, ¿cuál es tu historia? Se la hace a Carlos y él, como si fuera lo más natural del mundo, contesta.

Carlos tiene treinta y seis años y lleva cinco sin salir de Playa del Carmen. Vive a siete minutos de allí, del club Mamita's beach. No tiene mascotas y tampoco pareja. Se dedica a la industria hotelera, como el resto de sus seis hermanos. La imagen de un tipo montado en un burro con una gallina en cada brazo precedido por un Mercedes Benz GLC en cualquier carretera es suficiente para hacerse una idea aproximada de cuál es la abismal desigualdad entre las clases sociales mexicanas. Él, le dice, pertenece a la alta, a la más alta. Nació en Ramos Arizpe, una ciudad del estado de Coahuila. Cuenta algunas anécdotas de su familia para que Berta vea cómo fue su infancia y de lo desequilibrada y encantadora que es su familia.

Por ejemplo, un día, a los catorce años, volvió de su instituto y toda su casa estaba impregnada de un fuerte olor a incienso. Fue siguiéndolo hasta llegar al jardín, donde se encontró a su madre vestida con un chal beige de cachemir con tres tipos que no conocía de nada. Al verle, su madre gritó emocionada: Carlos estás aquí. Estaba haciendo el ritual de la ropa. Quería agradecerle al universo todo lo que este le había dado. Gratitud, eso es en lo que ella creía. La madre de Carlos y sus nuevos amigos habían cavado un agujero y habían depositado allí todos los bolsos, abrigos, zapatos y otros accesorios que consideraban innecesarios y habían empezado a prenderles fuego envolviéndolos con hierbas aromáticas. Carlos podría haberle dicho que no creía que enterrar a Versace, Louis Vuitton o Alexander McQueen fuera hacerle mucha gracia al universo. Pero no lo hizo y volvió a su habitación.

Cuando Carlos tenía siete años, mamá Estefise quedó embarazada del que más tarde sería su hermano Fernando. No llegó a comprobarse y, de hecho, quedó en el olvido, pero durante esos nueve meses corrió la sospecha de que el hijo era de Jorge, el cocinero. Nadie, ni siquiera el padre ni la madre de Carlos, podían saber qué porcentaje de probabilidad había de que eso fuera así. Su matrimonio iba bien,

siempre había ido bien a base de ignorarse durante el desayuno y no hacerse demasiado caso el resto del día. Se respetaban, eso es todo. Hacía años que habían hecho el acuerdo tácito de dejar que el otro diese rienda suelta a sus deseos sin la necesidad de hablarlo entre ellos.

La única cosa que le molestaba a papá del hecho de que el hijo fuera de Jorge era que, a sus ojos, este tenía la capacidad intelectual de un molusco. No podía permitir que su Fernando, que al fin y al cabo iba a ser su hijo y no el de Jorge, fuera así. Le tranquilizó encontrar un estudio de Annie Murphy Paul llamado *What we learn before we're born* que revelaba que, según estudios de psicología y biología, gran parte del aprendizaje del ser humano comienza antes incluso de nacer. En el útero. La escuela Útero. Contrató a varios expertos en humanidades, economía y arte para que en el intervalo entre julio y abril hablasen a la tripa de Estefiy le diesen clases a Fernando el feto.

Nunca llegó a esclarecerse. Tampoco hizo falta. Fernando creció y se desarrolló de la misma manera que sus hermanos. Estudiaron finanzas y administración de empresas en la misma universidad estadounidense. Berta le pregunta cuál. Carlos le responde eso no importa. Pasó sus años de carrera como la mayoría de la gente pasa sus años de carrera. Experimentación sexual con todo tipo de personas de distintos sexos, experimentación con drogas recreativas que le sentaron más o menos bien, primeras crisis existenciales, subidas y bajadas de ego, aspiraciones y sueños construidos y derruidos constantemente, asistencia a clase con jaqueca y cierto escepticismo y algunas veces con fascinación, sábanas sucias, desayunos raros, pernoctas de excesos, pernoctas de estudio, pernoctas de llanto.

En el último año conoció a Daniela, una chica de Sonora idéntica a Lelia Goldoni en la ópera prima de John Cassavetes. Todos y todas deseaban a Daniela, como todos y todas deseaban a Carlos. Motivados, en gran medida, por ese hecho, se juraron amor eterno. Se graduaron a la vez y empezó la que sería la mejor etapa de sus vidas. Alquilar un coche y recorrerse los Estados Unidos les suponía el mismo esfuerzo económico que comprarse una gabardina.

¿Hasta qué punto son diferentes las preocupaciones y la diversión

de los romances entre gente rica y los romances entre gente pobre? ¿Son, en el fondo, parte de una misma cosa o son tan diferentes entre sí que el mero hecho de llamar a ambos romance es inexacto y reduccionista? En su viaje nupcial, compraban flores allí donde podían y las dejaban en el asiento de atrás hasta que se pudrían y compraban otras. Escuchaban boleros en cassettes y también en la radio. Paraban en estaciones de servicio y dormían en lugares que oscilaban entre lo más variopinto y sucio (para sentir que estaban de aventuras y eran jóvenes) y hoteles lujosos en medio de la carretera (porque podían permitírselo y porque, al fin y al cabo, necesitaban, claro, descansar bien). Vieron la casa de Elvis en Maryland. Pasaron por campings de caravanas en los que niñas con camisones de sus madres quemaban *marshmallows*. Imaginaban cómo sería vivir ahí, orgullosos de su capacidad empática.

Se querían, se hacían gracia. El lugar que más les gustó fue Austin, Texas. La intimidad y la complicidad que tenían era real. La vida les daba justo lo que merecían porque la gente buena e inteligente merece ser feliz. Esa felicidad siguió. Se extendió varios años: el primer trabajo de Carlos, su boda, sus respectivos amantes mantenidos relativamente en secreto, los sobrinos que iban llegando, el ascenso laboral, los viajes, la vida.

Berta va echándose crema solar con olor a coco y le escucha fascinada. No sabe si todo lo que está contándole es verdad, pero le da igual. Eso siempre ha sido algo que le ha dado igual. Miénteme, pero que sea bonito, y sobre todo haz que me lo crea. Es la una del mediodía y la crema va mezclándose con el sudor haciendo que vayan cayendo gotas de un líquido blanquecino que recuerda a la horchata o al semen. La madre de Berta siempre le ha dicho: si no tienes nada bueno que decir, no lo digas, pero si lo tienes, dilo. Así que Berta le expresa cuánto le está gustando que esté sincerándose con ella. Aplaude su honestidad y el hecho de estar dilatándose en lo que está contando. No tenía nada que hacer esa tarde y no se le ocurre mejor manera que pasarla allí, con él. Su cabeza piensa: quiero saber cuál fue el detonante que hizo que alguien así acabara solo, sin salir de aquí en cinco años y con obesidad mórbida. Tal y como le contará

Carlos media hora más tarde, no hubo un detonante claro. O al menos aún no es capaz de esclarecerlo. Berta le propone meterse un poco en el agua y seguir hablando al salir. Le ayuda a levantarse y varias personas les miran intentando adivinar cuál es la relación que mantienen. Después del baño, Carlos sigue.

Cualquiera tiende a relacionar la obesidad con la idea de abandono. Abandono de uno mismo, sobre todo. Claro que este juega un papel fundamental en el proceso de llegar a estar así, pero la pregunta que nadie se hace es abandono de qué exactamente. A qué se renuncia, qué se gana. Pérdida de belleza y autonomía o todo lo contrario. Carlos le dice que quizá fue que desarrolló una depresión clínica y endógena. O que, en realidad, todo eso no estaba hecho para él. Sin mucho misterio, llegó un día en que se agotaron sus ganas de seguir intentando ser el mejor.

Antes de pesar ciento ochenta y un kilos Carlos era una persona en un constante esfuerzo de autosuperación. Vivía instalado en el punto más álgido de la pirámide de Maslow y, aunque había conseguido llegar a amarse a sí mismo, le agotó ese intento constante de seguir haciéndolo. Es consciente de lo hipócrita que suena eso. Cínico y también absurdo, teniendo en cuenta la vida que tenía. Fue descuidando a un ritmo acelerado todos los aspectos de su vida. De un modo no tan asombroso como podría parecer, se sentía bien por ello. El divorcio fue fácil, como también lo fue dejar de ir a correr cuatro veces por semana y no jugar a tenis los sábados por la mañana. Fue fácil encontrar placer en las múltiples y variadas cadenas de comida rápida, no preocuparse por que una reunión no acabase bien, dejar de coger una media de seis vuelos mensuales.

Si Berta estaba esperando una tragedia o una gran preocupación por parte de sus seres queridos, no llegaría. Es curioso comprobar que, con el paso de los años, a la mayoría de la gente empiezas a darle bastante igual. No le importa tu decadencia, tampoco tu éxito. Con tal de que no molestes mucho ni intercedas en ellos, haz lo que te dé la gana. Es entre terrorífico y liberador descubrir que la ternura y esperanza que el resto pone en ti en tu infancia y adolescencia va diluyéndose poco a poco hasta que desaparece. Él se dio cuenta de eso y decidió así,

también, desaparecer. Optó por aislarse y se propuso hacerlo hasta el final. Exactamente hasta ahí, hasta ser una masa informe tumbada en la arena de Playa del Carmen una mañana de enero contándole su vida a una chica que está allí de paso.

Berta, que siempre se inclina hacia este tipo de preguntas, le dice: tiene sentido todo lo que me estás contando, le encuentro la lógica y te entiendo, pero, Carlos ¿y Daniela, no la querías? Sonríe y respira muy alto. Daniela y yo estuvimos hechos para vivir una serie de episodios maravillosos e idílicos pero caducos. Nos soportábamos bien, había respeto, pero fuimos perdiendo el interés el uno por el otro. Hay gente que, a pesar de eso, decide mantenerse unida. Queda el afecto y el cariño y se hace un pacto legítimo de no agresión. No fue nuestro caso. De un día para otro lo dejamos. Además, lo verdaderamente importante, teniendo en cuenta cómo era ella y cómo era yo, es que, si hay algo que no dañé, Berta, fue su orgullo. Su ego se mantuvo intacto y no sufrió ningún tipo de humillación. Seguimos llamándonos por Navidad, ha rehecho su vida. Le va tan bien como a mí, en términos diferentes.

Son casi las cuatro de la tarde y Berta piensa en los finales que ha tenido con el resto de chicas a las que ha querido. Los que le han dolido, los que no. Piensa en cómo será el físico de Daniela y en qué pensará ella de todo esto. Se lo dice a Carlos, le pregunta si alguna vez ha escrito sobre lo que le ha contado. Contesta que no, nunca ha sentido la necesidad. Berta se da cuenta de que hace mucho que ella tampoco escribe. Hace mucho tiempo que no se cura con la práctica de la escritura y, al contrario que él, sí que tiene la necesidad. Siempre la ha tenido.

Berta, si te gusta algo, si compruebas que te hace bien, no te boicotees a ti misma y sigue haciéndolo. Hazlo hasta que te canses. Es posible que llegue un día en que ya no te apetezca hacerlo o puede que ese día no llegue. Cada uno tiene sus métodos para salirse de sí mismo. Buscar algo que nos arranque de lo que somos, que nos conceda una tregua, de eso se trata. Todo es mucho más banal de lo que parece,

creo que eso tú ya lo sabes. Así que mientras estés segura de que has encontrado algo que te sirve para lidiar con esa banalidad, no lo abandones.

Berta, de repente, se siente Dios en frente del club Mamita's. Se da cuenta de que Carlos es la cuarta persona con obesidad mórbida tumbada que ha visto a lo largo de su vida. Piensa en cada una de esas veces y en si ese hecho la hace, de algún modo, especial. Sin saber muy bien por qué, decide que va a escribir sobre ello. Se levanta, se estira, mira el cielo azul, los niños bañándose, las sillas rojas de madera. Es la hora de despedirse. Le dice un par de frases demasiado amables a Carlos, él se las devuelve y se va. Nunca volverán a verse.

Por qué seguir con la búsqueda agotadora (2013)

La emisión de *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* comenzó un martes de septiembre de 2011. Lo recuerdo bien porque Julia y yo acabábamos de mudarnos a nuestra nueva casa y pasamos el día allí con nuestros respectivos grupos de amigas. El espacio era grande y, como estaba vacío, cada vez que llegaba alguien y tocaba al timbre se escuchaba una especie de eco que llegaba hasta el jardín. Por la mañana pusimos un par de mesas fuera, compramos vino y nos preparamos para recibir a todas.

¿Que por qué pusimos las mesas fuera si hacía frío y se veía que en cualquier momento iba a ponerse a llover? Por el eco: Sabíamos que íbamos a tener que enfrentarnos a comentarios, preguntas y palabras condescendientes durante todo el día y la perspectiva de tener que escuchar esa verborrea doblemente no era muy atractiva. Aunque en ese momento no nos lo parecieron, con la perspectiva del tiempo me he dado cuenta de que la mayoría de cosas que tuvimos que escuchar fueron bastante acertadas. Juzgábamos cada sugerencia con malicia y pensábamos que no tenían ni idea del tipo de relación que Julia y yo manteníamos en realidad, de cómo funcionábamos, de cómo en el fondo sabíamos llevar las cosas y de que la imagen que proyectábamos era tan solo eso, una imagen. Nos consolábamos diciendo que la gente debería deshacerse de ese impulso absurdo de dar consejos todo el tiempo. Queríamos a nuestras amigas y fue un día genial, sí. Era solo que, como nosotras éramos las primeras que teníamos miedo al cambio, queríamos que se limitasen a hablar de banalidades y que se guardasen todo ese paternalismo insoportable.

Berta, como siempre, fue la última en irse. No es que no fuera consciente de que cabía la posibilidad de que estuviera molestando, no es que no empatizara y no captara que era muy probable que

estuviéramos cansadas y que si el resto se había marchado ella también debía hacerlo. Lo sabía, claro, pero acababa de cumplir los dieciséis y, naturalmente, quería pasar el mayor tiempo posible fuera de casa de nuestra madre. Además, yo llevaba años teniendo una especie de cargo de conciencia por no haber hecho ningún esfuerzo por conocerla, por saber quién era mi hermana.

Me fui a estudiar fuera a los diecisiete, cuando ella tenía tres, y a partir de entonces nuestra relación se había limitado a una especie de familiaridad distante, dos personas que se supone que tienen que conocerse y quererse pero que no saben nada la una de la otra. Teníamos un imaginario común compuesto por anécdotas de nuestros tíos, vacaciones y navidades compartidas. El recuerdo de los mismos cassettes escuchados en el coche en nuestra infancia, pero más allá de eso no había nada. Así que, cuando noté que entraba en la adolescencia, me propuse mostrar interés por ella, ser su confidente de un modo en que solo yo podía hacerlo.

A eso de la una alguien la llamó y se fue a saber adónde. Julia y yo nos miramos con cierto alivio y nos pusimos a recoger las botellas, los platos y los vasos de plástico. Estrenamos los cubos multicolores de basura. Esta vez íbamos a hacer las cosas bien: reciclaríamos, tendríamos orden, elegiríamos bien los muebles, asumiríamos que ya había acabado la época de encontrar belleza en coger cualquier cosa que encontrásemos por la calle. Sustituiríamos pósters por cuadros, latas por ceniceros, pondríamos jabón de manos en todos los cuartos de baño, alarma en la puerta, sábanas y colchas color crema, etc. Para que, cada vez que entrásemos en casa, escuchásemos: habéis crecido, habéis conseguido llegar a los treinta, ved la universidad como algo lejano, ya no sois niñas.

Después de limpiar los restos, nos sentamos en el sofá, encendimos la tele y vimos que estrenaban un nuevo programa. *Por qué seguir con la búsqueda agotadora*. Sin interrogantes. Sin respuestas. *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* consistía en primeras citas entre personas: enviabas un vídeo hablando de tus gustos y aficiones, y ellos te asignaban una posible pareja. Meses más tarde te llamaban. Acudías a un restaurante, con la ropa y el peinado que mejor te representaba y

te encontrabas con tu cita. Os sentabais en una mesa, rodeados por otras mesas donde había otras personas teniendo otras citas, con otras ropas y otros pelos, y hablabais. Eso era todo. Conversaciones. Era divertido ver cómo en muchos casos las cualidades que la persona en cuestión se había atribuido en el vídeo de presentación no estaban precisamente próximas a la realidad.

Nos gustó, esa es la verdad. Aunque estábamos cansadas, lo vimos hasta el final. Y continuamos viéndolo los días siguientes. Y no solo nosotras: todo el mundo. Porque, tal y como captamos desde el principio, la estrategia de marketing de *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* fue dar visibilidad a todo tipo de gente, legitimar todos los discursos, agradar o enfadar al espectro completo de público. Ya fuera a través del escándalo, la empatía, el enfado o la risa.

Pasados dos meses, todas comentábamos *Por qué seguir con la búsqueda agotadora*. Hacía mucho que Julia, nuestras amigas y yo habíamos superado esa crítica estúpida a la televisión. Llegamos a los treinta y empezamos a vivir de una manera más o menos respetable, cada uno con su trabajo de mierda (en mayor o menor medida), su casa de mierda (en mayor o menor medida) y su pareja de mierda (en mayor o menor medida). Al acabar la universidad descubrimos lo gilipollas, pretenciosas e ingenuas que habíamos sido durante años.

No negábamos que la TV, los medios de masas y todo eso no sirvieran para nada pero ¿qué importaba? Llegó un punto en el que habíamos aprendido tanto que lo único que queríamos era desaprender, no sufrir, dejar de darle vueltas a la teoría, simplificar el lenguaje, quitarnos presión, emprender un camino hacia la sencillez, entretenernos.

Una tarde, tomando algo en una terraza, Berta nos contó que una amiga suya había ido al programa y había visto cómo en la mesa de al lado un abogado divorciado sufría un ataque de pánico o algo parecido. El hombre se quitaba toda la ropa y empezaba a embadurnarse con comida. Presenció cómo su cita hacía lo mismo. Y presenció cómo los técnicos del programa decidían parar la grabación, pedían disculpas al resto de citas y sacaban de allí a la pareja desnuda. Por supuesto, ese programa nunca llegó a aparecer en antena. La cita

de su amiga tampoco llegó, por lo tanto, a televisarse. Pero el caso es que su amiga había visto todo lo ocurrido y sabía que lo habían grabado hasta el final. Es decir, su conversación, sumada a la conversación de los dos tipos, fueran cuales fuesen las palabras que derivaron en delirio, estaba guardada en algún lado. Estuvimos hablando sobre ello y todas nos reímos. No le dimos importancia. Yo empezaba a darme cuenta de que a mi hermana le encantaba contar cosas así y sabía que una parte de ella tendía a exagerar los detalles, así que lo olvidamos.

Berta no lo hizo. Ella puso verdadero interés en esa historia y se propuso buscar la grabación. Porque el departamento de producción de *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* seleccionaba las citas y acto seguido los editores cortaban y montaban las conversaciones. Así que todo se emitía como debía. Y funcionaba. Es decir, *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* era un programa brillante: daba visibilidad, entretenía, emocionaba, hacía reír. ¿A quién podía disgustarle eso? A nadie, esa es la verdad. Mostraba la excentricidad del ser humano, sí, pero lo cierto es que mostraba una excentricidad controlada y digamos que aceptable. Pero la reflexión que se hizo mi hermana fue: si esto ha pasado una vez, ha tenido que pasar más veces, ¿no? Y no lo hemos visto, ¿no? Pero tiene que estar grabado, ¿no? Y, en fin, si está grabado, tiene que estar en algún sitio, ¿no? Y partiendo de que todos tenemos una debilidad por ver la extravagancia absoluta, la extravagancia digamos en estado puro y sin control, tiene que haber alguien que esté sacando partido de las tomas desechadas y supuestamente delirantes y locas que no han llegado a emitirse, ¿no?

Tenía razón. Lo que a nosotras nos pareció algo meramente anecdótico, acabó siendo un fenómeno de dominio público, un secreto a voces al que se le llamó el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo. Bastaba con saber moverse un poco por el lado oscuro de internet para encontrar todos los programas no emitidos en abierto. Para encontrar cualquier cosa, en realidad.

Unos meses más tarde, Berta nos mandó un email en el que decía: «sabía que esto tenía que estar en algún sitio», y nos adjuntó tres archivos. Julia y yo nos animamos a ver el primero de los episodios

ocultos, pero a ella le afectó muy negativamente y se pasó el resto del día sin hablar. Se identificó, de un modo fatal y hasta cierto punto traumático, con el tipo que apareció allí. La cita se trataba de un chico y una chica, ambos jóvenes, ambos aficionados a la gastronomía y aparentemente sanos. La conversación se inició de un modo normal, rozando lo aburrido, pero derivó en algo tan salvaje y doloroso que evidentemente los productores se sintieron obligados a ocultarlo. En un momento del diálogo el tipo dijo que cierto alimento no le sentaba bien porque era incompatible con las pastillas que tomaba contra la depresión. Y a continuación empezó a dar una descripción sorprendente, completa y admirablemente detallada de esa depresión.

Dijo: Nada que ver con tristeza, nada que ver con ser incapaz de sonreír. Nada de eso. Sino más bien una angustia elevada al cuadrado. Una perpetua y constante sensación de susto. ¿Sabes cuando vas por la calle y un conocido se acerca por detrás y grita *bú* y a ti se te acelera el corazón y por un segundo sientes un miedo y un desconcierto indescriptibles? Eso todo el tiempo, cada día, cada segundo. Nada de melancolía, nada de no encontrar sentido a las cosas, creer que todo es vacío. Nada de eso. Más bien como un miedo incesante hacia algo que no puedes describir con palabras. Leer el diccionario compulsivamente con el fin de que el lenguaje te ayude a explicar qué es o de dónde viene ese miedo y no ser capaz de encontrar nada que te alivie. La sensación de sentirte amenazado. Amenazado todo el tiempo. Imagina que eres un pedófilo o algo así, alguien que tiene una tendencia horrible, alguien con un secreto. Imagina que eres alguien respetable y racional con un secreto repulsivo. Imagina entonces que alguien descubre ese secreto y te chantajea con sacarlo a la luz. Esa sensación de chantaje sin parar. Pero un chantaje que viene de dentro. Como si cada átomo de tu cuerpo estuviese en guerra con el otro. Como si cada molécula rivalizase con las otras moléculas. Como si tu esfínter odiase a tus bronquios, tus fosas nasales a tu estómago y tus uñas a tus pulmones. Sin cesar, cada minuto. Y una angustia sin fuente, una angustia incrementada por la incapacidad de darle explicación, ya no solución, sino simplemente explicación. Y, por supuesto, parálisis. La misma parálisis que sientes cuando alguien te da un susto, tal y como

te he dicho antes...

El tipo seguía hablando como a cinco mil palabras por minuto mientras el espectador observaba cómo a ella se le alteraba la expresión de la cara, cómo su cara iba cambiando de color, de forma, cómo se iba apagando hasta que finalmente vomitaba. Vomitaba, sí. Vomitaba por haberse hecho una idea mínimamente aproximada de cómo tenía que ser vivir así. Vomitaba también, seguramente, por haber perdido de repente todos los esquemas. Y por verse a sí misma desde fuera, escuchando eso, siendo mirada. Y porque le habrían venido a la mente todos sus fracasos, las veces que había sido rechazada, todo su pasado y toda su mediocre trayectoria vital y amorosa que le había llevado a estar allí. Vomitaba pensando en cómo una hora antes todavía estaba maquillándose patética e ingenuamente creyendo que cabía la posibilidad de que todo saliera bien. De que esa vez, por fin esa vez, aunque fuera en un puto programa de televisión, todo saliera bien. Surgiera algo. Vomitaba. Y entonces el tipo dejaba de hablar y, manchado de vómito, lloraba. Sus lágrimas se mezclaban con los restos de comida. Y ella también lloraba. Y ambos seguían llorando de un modo dolorosísimo hasta que finalmente un técnico irrumpía en el plató y pedía que dejasen de grabar. Lloraban separados, eso era lo más impactante de todo. Lloraban como si les separase un abismo, como si no se estuvieran viendo y al mismo tiempo como si alguien les hubiera atado y obligado a estar el uno frente al otro.

Julia había pasado por algo parecido varias veces a lo largo de su vida. La última, al acabar la carrera, hacía ya seis años. Luego había alcanzado una relativa estabilidad que le hizo creer que nunca volvería a caer en lo mismo. Ignoro si lo ha hecho. Supongo que no. Ya no lo sé. Ya, en realidad, no me importa. El caso es que aunque llevase mucho tiempo sin sentirse así, el hecho de verlo en la pantalla de un modo tan nítido le hizo revivirlo todo. Cuando empezamos a salir me contó que sus padres no aceptaban que fuera lesbiana y le habían echado de casa. Pero también añadió que eso no tenía nada que ver con lo que sentía. Que el verdadero problema, su núcleo de dolor, era algo interno y profundo. Como el hombre de la cita. Como

millones de personas de todo el mundo. El declive de la sociedad occidental, todo eso.

Después de ver el primer *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo supe que Julia quería estar sola y llamé a Berta. Me dijo que tendría que haberme avisado de lo que íbamos a ver, pero también dijo que los demás vídeos que me había mandado, aunque tristes, tenían un gran componente cómico. Quedamos para cenar y fuimos a casa de nuestra madre. Sabíamos que se había ido de vacaciones y estaba vacía. Entramos y de pronto nos invadió una sentimiento de extrañamiento al ver ese espacio sin ella, al contemplar el pequeño desorden de la pequeña vida de la mujer que nos había criado y de la que, en realidad, no sabíamos nada.

Berta me habló del tipo de contenido que albergaban el resto de programas que me había enviado. Dijo que había conocido a varias personas que ya estaban al tanto de la existencia del «alternativo», y que una de ellas le había asegurado que los realizadores del programa tenían pleno conocimiento de lo que estaba ocurriendo. Que no les importaba. Que querían perpetuarlo, incluso. Al fin y al cabo, una cosa no quitaba la otra. Eran dos caras de una misma moneda. El hecho de que se filtrasen esas imágenes no anulaba a las que aparecían en la televisión. Había gente que prefería unas y gente que prefería las otras. Y la mayoría ambas. Mientras todo se mantuviera en secreto, aunque fuera un secreto a voces, el tirón morboso de *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* seguiría funcionando. En realidad, las citas del *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo representaban, como máximo, un cinco por ciento del total, así que más que un problema constituían el complemento truculento del programa habitual. A fin de cuentas, acceder a ellas no era tan fácil.

Seguimos hablando de otras cosas y al final me animó a volver a casa y ver con Julia el resto de archivos. Como si estuviera en frente de una completa desconocida, me di cuenta de que mi hermana tenía una capacidad admirable para relativizarlo todo. Berta nunca había sido muy sociable, así que yo tendía a sentir por ella algo parecido a la lástima. Me apenaba que pasase tanto tiempo sola. Me preguntaba qué haría tanto tiempo encerrada en su habitación o en todos esos

paseos que daba desde que tuvo la edad suficiente para salir. Es curioso que cuando alguien se revela demasiado independiente, y ella sin duda lo era, todos piensan que en el fondo está rota y que tienen que salvarla o algo así. Toda esa teoría de la coraza y la barrera y la profunda vulnerabilidad enmascarada. Toda esa conjetura del dolor disfrazado de risa, la presunción de que la impenetrabilidad revela miedo. Mi hermana era, al menos entonces, mucho más simple que todo eso; había descubierto quién era y qué quería a los diez u once años. Y eso es algo que cierta gente es simplemente incapaz de aceptar. Sobre todo porque muchas de nosotras nunca llegamos a saber qué queremos o quiénes somos. Con los años me he ido haciendo adicta a su forma de ver y decir las cosas. Me sienta bien.

Siempre he estado convencida de que lo que verdaderamente buscamos en las relaciones sociales es reafirmarnos a nosotras mismas, encontrar alivio. Por eso nos hacen falta tantas, por eso son tan fascinantes. No nos basta con un solo espejo, vamos buscando espejos diversos para conseguir unidad. En fin, la razón por la que todos preferimos mirarnos en el reflejo de los escaparates es que a nadie le gusta la claridad con la que los espejos revelan nuestra mediocridad.

La segunda de las parejas del *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo estaba formada por un catedrático de Literatura polaca y un psicoanalista. Desde el principio se veía que el catedrático era un narcisista de la peor calaña, un pobre imbécil que había acudido allí con el único propósito de grabar el programa y verlo en bucle disfrutando de escucharse a sí mismo. Lo irónico era que, más que una cita, aquello parecía una sesión de terapia. El psicoanalista no abrió la boca en los veinticinco primeros minutos de la cena. Pero al final, lo hizo de un modo impulsivo y le soltó al literato el monólogo más satisfactoriamente cruel y necesario que he oído nunca.

Lo que le dijo fue: Mientras hablas haces pausas en las que miras hacia un lado, arriba, como recordando algo con nostalgia, y luego sigues hablando, rápido y precipitadamente, para compensar el tiempo que pierdes cuando te viene un recuerdo a la mente. Sabes que tarde o temprano volverás a acordarte de algo y no podrás evitar callarte y mirar a la nada. ¿No te das cuenta? Quiero hablar contigo, solo quiero

pasar un buen rato, no sentirme obligado a analizarte, ¡qué me importa a mí que hace siglos hubieras ardido en la nieve con algún albino de apellido impronunciable! ¡Qué me importa los inútiles premios que hayas recibido por haber escrito ensayos comparando a Gombrowicz con Milosz! Esa vida no va a volver. Lo que tú recuerdas de Cracovia está ya en las antípodas de Cracovia; está en tu mente. Ya no te queda ni un solo pelo en la cabeza, y sin embargo sigues mirando al mundo como si tuvieras una larga melena, ¡incluso haces amagos de peinarte! ¿Te acostumbraste a que el pelo te calentara las orejas en los fríos inviernos de Polonia? El vello del cráneo se mudó al rostro y ahora solo quedan unas cejas canosas y una nariz de la que salen ramas grisáceas. No olvides que fuiste tú quien decidió irse. El tiempo ha pasado, has distorsionado tus recuerdos y crees que alguien o algo te obligó a volver, que la vida te empujó a regresar aquí y que tú en realidad querías quedarte. Te engañas a ti mismo mientras piensas «¿por qué me despojaron de mi casita en Varsovia donde siempre había vodka en la cocina?» Fuiste tú quien cambió la remolacha por el pescado frito; volviste al sur. ¿Y por qué volviste? ¿Acaso nunca lo has pensado? Yo lo sé: volviste para poder permitirte actuar precisamente de esa manera insoportablemente parsimoniosa con la que actúas. No ibas a quedarte allí para siempre, te hastiarías, no podrías ser el relamido intelectual que se permite evocar recuerdos románticos ante una concurrencia de aduladores. Me parece completamente respetable que hagas eso en las cenas con amigos o comidas familiares, que te enciendas un cigarro y mientras echas el humo mires a otro sitio como diciendo «esta conversación que estáis teniendo no va conmigo, tengo otras cosas en las que pensar, otro sitio al que transportarme. Vosotros, a diferencia de mí, nunca fuisteis alguien, nunca vivisteis». Pero, por favor, intenta no hacerlo aquí. Te están grabando, joder, es patético. «Encontraste el paraíso en el este», lo entiendo, en serio, puedo llegar a entenderlo, pero no creo que sea necesario que te estremezcas cada medio minuto para mostrarme, mostrarnos a todos, lo exótica que fue tu juventud. ¿No ves que todo eso ya se ha desintegrado? Las cañerías están mucho más oxidadas de lo que piensas. Ahora quedamos nosotros y tú. Me atrevería a decir

que más nosotros que tú. Y si fueras consciente de lo ridículo que suenas, lo incómodo que se siente tu interlocutor, quienquiera que sea, te limitarías a hablar de meteorología o deportes. Si fueras mínimamente consciente de cuán desagradable puedes llegar a ser, de lo desagradable que, estoy seguro, le resultas a la mayoría de personas, dejarías que yo dijera algo de vez en cuando o al menos harías el esfuerzo de fingir que escuchas un poco.

Pero entonces el catedrático soltaba una carcajada, la típica carcajada sonora del ególatra, y el psicoanalista no podía soportarlo. Se levantaba y empezaba a gritar que quería un cambio de cita, que exigía un cambio de cita, que no aguantaba ni un segundo más en frente de esa persona impresentable, pero que se negaba a irse a su casa porque él había ido allí, había hecho un viaje de siete horas, a encontrar el amor. Y exigía amor. Lo demandaba.

Entonces otros tres concursantes, sentados en otras tres mesas adyacentes, se levantaban y decían que ellos también estaban profundamente descontentos con las citas que les habían adjudicado y que a ver qué clase de análisis de compatibilidad de mierda habían hecho los técnicos del programa. Al final, se unían. Los cuatro miembros descontentos con sus parejas se cogían de la mano y empezaban a gritar que reclamaban amor, que *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* no iba a hacer que perdieran la esperanza y desistieran en su búsqueda. Estaban en trance, saltando y gritando como en un rito satánico, pidiendo amor arrebatadamente. Y en ese momento, como en el resto de archivos, un técnico entraba, pedía disculpas y se los llevaba.

Julia y yo estuvimos hablando durante un rato sobre lo que acabábamos de ver. Sobre lo necesitados que estamos de aceptación y afecto tanto las que estamos enamoradas de nosotras mismas como las que no. Sobre lo difícil, por no decir imposible, que es la comunicación humana. O sea, lo difícil que es que un diálogo sea eso, un diálogo. Y no un monólogo vaga y simuladamente compartido.

Nos pusimos de un buen humor sorprendente y seguimos bebiendo y hablando hasta que nos dimos cuenta de que lo más adecuado era irnos a la habitación a tener sexo. Llevábamos cerca de un mes sin

mantener relaciones y, aunque no le dábamos demasiada importancia, era un tema que inevitablemente estaba ahí. Después nos abrazamos e intenté averiguar de dónde habían salido esas intensas y repentinas ganas de hacerlo. ¿Eran sin más producto de un buen día o era que el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo tenía el fascinante poder de hacerte apreciar y celebrar tu vida?

La tercera de las citas la vimos en casa de nuestra amiga Sara. También estaba Águeda, que era su amante o algo parecido. Llevaban viéndose alrededor de un año, pero nunca habían llegado a poner nombre a lo que tenían. Ni a acordar condiciones o marcarse límites. Se llevaban bien y bastaba así. Funcionaban. Por alguna razón, su relación me hizo entender que el elemento que no encajaba en la mía no era la diferencia de horarios o el no compartir gustos sino, simplemente, nosotras mismas.

En fin, te esfuerzas en que algo funcione. Ves que no funciona y buscas las causas. Las identificas y les das solución. Pero sigue sin funcionar. El ciclo se repite hasta que un día descubres, te sientas y aceptas, que no hay nada que puedas hacer. Te pones en modo sensato, le quitas romanticismo a lo que es complejo (porque todas caemos en la estúpida tentación de añadir romanticismo a lo difícil) y dices ya está bien. Julia lo hizo conmigo y, al final, Águeda lo hizo con Sara. Y no es casualidad que fueran ellas, y no nosotras, quienes dieran el paso. Julia y Águeda, las idealistas, las ilusas: de repente un día se despiertan juiciosas y resulta que poseen una facilidad admirable para tomar la decisión acertada. No sucede a menudo, claro, ese tipo de mentes pasan la mayor parte de su tiempo dando tumbos, cometiendo errores, siendo conscientes de ellos y perpetuándolos. Soñando y frustrándose. Pero cuando llega el momento saben qué hacer. En cambio, nosotras no nos planteamos tanto las cosas. No vemos cuándo algo nos está destrozando. Nos consideramos tan racionales que ni siquiera sospechamos que estemos cometiendo un error. Viviendo en un error.

Todo duró dos años, aproximadamente. Dos años de escatología, obscenidad, violencia y excreciones de todo tipo. Dos años de tener algo a lo que recurrir cuando una conversación decaía, de sonreír

pensando en el declive moral, de estupor invencible ante el hecho de que eso no se parara de una vez. Había gente que lo criticaba, sí, pero eran los menos. En realidad, el atractivo de saber que era algo clandestino, pero no del todo clandestino al fin y al cabo, excitaba enormemente el lado oscuro de la curiosidad. Era evidente que todos sabían lo que estaba pasando: los directores del programa, el resto de cadenas de televisión, el gobierno. El caso es que acabó convirtiéndose en un fenómeno supranacional y también transmedial: *merchandising* con mensajes subliminales sobre el programa, comentarios encubiertos en redes sociales, juegos de rol. Además, las personas que llegaban a aparecer en el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo sabían de antemano que iban a hacerlo, asumían el riesgo. Al pequeño grupo de personas que se manifestaban en contra era fácil tacharlas de moralistas y retrógradas porque, de hecho, lo eran.

Una de ellas era Julia. A pesar de que en parte le parecía gracioso, siempre acababa diciendo que el mero hecho de encontrar divertida la catástrofe humana, era en sí mismo deplorable. Eso ensanchó aún más el abismo que ya existía entre nosotras. Empezó a considerarme cruel. O, más bien, simple y dolorosamente cínica. En todo caso, *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* seguía funcionando. Verlo resultaba una opción seductora a la hora de la cena: los que acudían encontraban con frecuencia el amor. La lógica, la estructura y el éxito del programa no-alternativo superaba con creces los problemas que el alternativo pudiese ocasionar.

El día en que Berta logró hallar la filtración de la cita de los dos tipos desnudos embadurnados en comida, donde aparecía de fondo su amiga, fue uno de los más felices que he tenido. Organizamos una cena y el plan era proyectar el episodio mientras comíamos y bebíamos. La parafernalia previa consistió en llenar la casa con papeles donde aparecían frases de programas anteriores con el fin de acertar quién las había pronunciado.

Berta, con su memoria privilegiada, las acertó casi todas. Había repasado el episodio el día anterior, por si cabía la posibilidad de que incomodase a alguien. Pero no. El diálogo era de una ternura tal que llevaba al estremecimiento. El nudismo final fue lo único por lo que

no lo televisaron. Habíamos pasado un año lanzando hipótesis acerca de los posibles desencadenantes de la *performance* y la realidad nos sorprendió en el mejor de los sentidos. Además, sin lugar a dudas, fue una de las escasas veces en las que surgió amor verdadero en el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo.

La chica rondaría los treinta y siete años, una suerte de Lucy Jordan en aquella balada, y él los treinta. Ambos iban acicalados de pies a cabeza, se veía que habían pasado horas preparándose. Hasta se notaba que olían bien. Empezaron a hablar y al poco tiempo se hizo evidente que eran del tipo de personas a las que a lo largo de sus vidas han confundido con imbéciles solo por ser profundamente bondadosas. Torpes quizá, pero tan conscientes de esa torpeza y tan incapaces de superarla que la única alternativa que habían encontrado para disimularla era el extremo perifollo. Ella confesó en seguida que nunca había tenido una relación seria. Él sí, pero se había divorciado a los cuatro meses por motivos que, mejor así, no llegaron a verbalizarse. No sé si la ternura de la cita residió en ese tímido primer acercamiento o en el sincero soliloquio que ella compartió con él y que posiblemente fue pronunciado en voz alta por primera vez en su vida, ¿qué más da?

Ella le dijo: A veces, cuando me estoy pintando las uñas o depilándome las cejas, o aplicándome un limpiador facial rosa con extractos de arena o algo que parece arena (se siente como arena), empiezo a preguntarme si soy estúpida. Es decir, siempre he sabido que era estúpida, pero empiezo a preguntarme si no seré muy estúpida. Y cuán estúpida soy. La gente a menudo dice que las personas inteligentes sufren más. Oh, yo te puedo asegurar que eso no es cierto. Claro que imagino que todos esos genios se plantean problemas más grandes, mas válidos o quizá simplemente más reales. Pero eso no significa que la gente como yo no sufra. Sé que mi tristeza, la mayoría de las veces, está originada por cosas absurdas, ¿pero acaso eso la hace irreal? El dolor es dolor, ¿no? También hubo una ocasión en la que escuché que a la gente puede no gustarle su físico, pero siempre está conforme con su inteligencia. Nada más lejos de la verdad. Yo siempre he estado contenta con mi físico, pero estoy

harta de mi nivel intelectual. Puede que decir esto muestre que, de alguna manera, no soy estúpida del todo. Pero hay tantas cosas que no entiendo. No me refiero a aspectos como la física cuántica o la biomecánica o todos esos ámbitos realmente complejos, sino a cosas comunes. No entiendo las conferencias a las que voy ni los libros que intento leer. No me aclaro en las películas subtituladas. Me duele no querer ver documentales y todas esas cosas. Pero me aburren tanto. Un chico con el que estuve el verano pasado me dijo que un escritor americano, no recuerdo su nombre, escribió que la mujer perfecta tenía que ser «bonita y estúpida». Intuí, aunque no en ese momento pero sí días más tarde, que de algún modo me había llamado bonita y estúpida. O quizá solo se lo estuviera diciendo a sí mismo, convenciéndose a sí mismo de que estaba bien pasar una tarde de agosto con una chica bonita y estúpida. Que eso no le convertía a él en un estúpido. Que era lo correcto porque un gran escritor lo había dicho. En fin, ¿qué crees?

Él dijo: Pues puede que no me creas. Lo que acabas de describir es tu historia personal, es subjetiva. Pero, qué pensarías si te dijera que a mí me pasa lo mismo. Que soy igual. Que llevo toda la vida sintiéndome exactamente igual. Que empatizo, que capto cada matiz de lo que has dicho. No sé, en serio. El hecho de que estés en frente de mí diciéndome eso me parece casi irreal. ¿Debería considerarlo una señal? ¿Deberíamos tomarlo como una señal? Dímelo tú. ¿Deberíamos hacer algo? Estoy sonando como un loco, lo sé, ¿te parece que lo estoy? Tú no sabes si me estoy quedando contigo, si te estoy tomando el pelo y riéndome de ti. No puedes saberlo porque has sido la que ha iniciado este tema de conversación. Pero puedo asegurarte que estoy hablando con el corazón. Quizá nos han juntado porque nos han visto pinta de pardillos o algo así. Puede que seamos unos pardillos, vale, lo somos. Pero acabemos con esto. Acabemos con la dictadura de la inteligencia. Con esa terrible tiranía de los intelectuales. Ahora mismo estamos cenando rodeados de gente que está mostrando su mejor cara, contando los voluntariados que han hecho, el aprendizaje que han ganado en sus viajes, las patrañas que han aprendido, los ideales y convicciones que tienen. Y de repente, llegas tú, te muestras como eres

y me abrazas así. Tiene que ser una señal. Demostremos a toda la audiencia que no nos importa que nos tachen de paletos. Enorgullezcámonos de ello, es nuestra oportunidad, ¿no crees? Claro que lo crees, tienes que creerlo.

En sus ojos se veía que lo creía. También consideraba que cabía la posibilidad que ese tío estuviera de la olla, pero sus palabras la estaban cautivando, estaba claro. Alcémonos, dijo. No aguanto más esta lucha diaria contra mi cerebro, este intento inútil de desarrollarme. ¿Desarrollarme para qué? Sé que tú tampoco. En cinco minutos has sido capaz de hacer que me quiera a mí mismo. Que me quiera necio, tonto: con todos los adjetivos que me han colgado desde niño. Demostrémosles a todos que nos da igual lo que opinen. Hagámoslo. Ánimo. Nunca he estado tan seguro de algo. Sí, voy a hacerlo. Voy a reivindicar mi falta de talento. Acompáñame si quieres. Aunque estás en tu derecho de no hacerlo. Estás en tu derecho de creer que he perdido completamente la cabeza o de que nunca la he tenido. Pero voy a levantarme ahora mismo, lo estoy haciendo. Mírame.

El resto de la historia ya la he contado antes. Se levantaron e hicieron su breve revolución personal. A su modo, se liberaron. Y todas estuvimos seguras de que no les importaron las consecuencias. Fue brillante. Esa noche nos dedicamos a brindar por ellos, a actuar como habrían actuado ellos. Alabamos las veces en las que no habíamos entendido una conferencia, un concepto, cualquier obra de arte. Nos deshicimos de todo eso.

A la mañana siguiente Julia y yo nos imaginamos siendo las protagonistas de una de esas citas. Con la boca seca y la casa sucia, hicimos café y pensamos cómo sería encontrarnos en el plató. Tomamos distancia de nosotras mismas, algo que puede ser peligroso a la par de atenuante, claro. Coger distancia, verte desde fuera: te aporta lucidez, pero también te hace más consciente de tus fallos. De modo que el entretenimiento liviano que en un principio nos había proporcionado *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* se había alterado. Ahora nos apelaba, nos hacía cuestionarnos cosas, preguntarnos qué sentido tenía seguir haciendo como que éramos

pareja. O, mejor dicho, preguntarnos si nos apetecía seguir encontrándole sentido a hacer como que éramos pareja.

Porque, en cierto modo, todos las parejas fingen, ¿no? En gran medida, la monogamia es una actuación. Un teatro. Y no está mal, no está mal que representes tu papel, que te creas tu papel y que coexistas con el resto con base a él. Si te sientes bien, es respetable, es legítimo. Pero en cuanto la falsedad se te empieza a hacer demasiado evidente, cuando ya tu papel te aburre, debería ser el momento de pararlo. Así que, al proyectarnos en una cita imaginaria, nos dimos cuenta no solo de que ya no éramos compatibles, sino de que si llegásemos a encontrarnos ese día, nos aburriríamos la una a la otra. Aburrimiento, esa fue la palabra que utilizamos y eso era precisamente lo que *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* y el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo nos habían permitido eludir. El tedio. Hasta que, tal y como he dicho antes, ese entretenimiento empezó a apelarnos. Aun siendo real, el programa se convirtió en una especie de parodia de todas nosotras. Un cartel de luces de neón que decía: Sois esto. O, en último término, que preguntaba: ¿Queréis ser esto?

Julia dijo: No. Y yo le di la razón en todo. La tenía. Y ahí es donde acabó nuestra vida juntas, de ese modo frío y en un primer momento desconcertante. Después de la catarsis de la noche anterior, nos quitamos las máscaras y nos vimos como lo que éramos. Ajenas. Nos queríamos, sí, supongo que sí, pero el argumento de «porque nos queremos» es incoherente en sí mismo, no basta, es no solo insuficiente sino profundamente ingenuo.

Es llamativo que cuando le cuentas algo nuevo a la gente que te rodea, a tus más íntimas quiero decir, descubres que ya estaban al tanto. Antes que tú, incluso. Rompes con alguien, revelas algo que considerabas secreto, sientes que estás haciendo una confesión enorme o algo así, y compruebas que tu interlocutora no se sorprende lo más mínimo. Ya lo sabía, dice. Y entonces te das cuenta de que no eres tan buena actriz. De que nadie lo es. O de que, aunque lo seas, el resto de gente ya sabe lo que hay detrás, conocen tu papel mejor que tú misma, sabrían decir tus líneas en un momento dado. Estoy seguro de

que, si fuera Julia quien contase la historia, no sería tan reduccionista. Haría una reflexión filosófica del asunto, hallaría metáforas brillantes y se explayaría más en los aspectos subyacentes. Pondría el foco en lo personal más que en lo general, porque habría visto cosas que yo no vi. Cosas que quizá ni siquiera estaban. Yo me he limitado a dar una visión relativamente objetiva y distante de los hechos porque no creo que estos revelen más de lo que ya de por sí revelaron.

¿Que cómo acabó el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* y por ende el *Por qué seguir con la búsqueda agotadora* alternativo? Con una muerte, de hecho. No podría ser de otro modo. Ahorrándome los detalles escabrosos me limitaré a decir que hubo gritos, hubo carne, un cuchillo para cortar la carne, un tipo comiendo esa carne, llanto del tipo que comía la carne, monólogo irracional del tipo en lágrimas comiendo la carne, el tipo clavándose el cuchillo en el pecho, sangre del tipo y de la carne, y un largo etcétera.

El interés mediático de esa clase de situación fue ineludible. Podemos hacer como que no vemos lo morboso, lo soez, pero la muerte nos atrae de un modo inmediato y directo. Al fin y al cabo, así acaban siempre las cosas, ¿no? La noticia llegó a todas partes. Durante días se dedicaron a hablar del alternativo como si fuera algo totalmente nuevo y como si hasta entonces todos hubiéramos vivido en la inopia. Tenemos una capacidad admirable para lavarnos las manos en el momento oportuno. Es algo que va desarrollándose. Al principio piensas que es mejor mostrar lo astuta que eres, pero luego descubres las ventajas de hacer como que eres una ingenua que no se entera de prácticamente nada.

Julia pensó en volver a su país. Dijo que El Salvador le salvaría. Le gustaba hacer frases como esa. En fin, vendimos la casa y ambas nos mudamos a pisos separados. Desde entonces he conocido a gente, he tenido espejismos de amor, he descubierto cosas de mí, he cambiado de trabajo, he retomado amistades, he perdido cosas, encontrado otras, me he comprado ropa, han abierto locales, han cerrado otros. Siempre es lo mismo. Todas las rupturas son la misma. Te reinventan a la par que te dejan un agrio sabor de solipsismo.

¿Que qué es lo que sacamos en claro de todo eso? ¿Cuál fue la

conclusión a la que llegamos después de las pérdidas y rupturas que se dieron en el tiempo que duró *Por qué seguir con la búsqueda agotadora?* Pues que, quizá, lo que todos queremos en el fondo es perpetuar precisamente eso, la búsqueda. Buscamos la búsqueda, no el hallazgo. Buscamos en el bar BooBoo, en El Impacto, en el Undergland, en el Taco Alto, en el Dancend. Buscamos en la red social YouIn, en la Quoting, en Dater, en UpFace. Buscamos como buscó Zoe Müller a Adam Wallace en esa vieja película de Miguel Lacarne. Como la novela existencialista de Marlene Malkovski en la que el pobre Hassan Brecht rastrea cada esquina de Detroit en busca de la extraviada Alaia Guzzoni. Como la dulce Li Kar-Wai buscando el ojo de cristal que perdió su mutilado padre en aquel campo de peonías de Asia. Como aquella rara obra de teatro del absurdo donde la imponente Natalie Incadenza busca durante horas a su extraviado hermano Enrico Incadenza en una habitación de tres metros cuadrados. Como Kim Cooper examinando Sicilia en busca del siempre oculto Guido Brooks. Buscamos la búsqueda, por muy extenuante y fatigosa que esta sea. Buscamos creer en nuestra búsqueda, tener fe en nuestra búsqueda. Emprender una búsqueda que nos haga olvidar, aunque solo sea durante un instante, lo banal que es todo.

Vacaciones (2003)

En el escenario hay tres mesas. Dos de ellas están vacías y en la otra están sentados una madre, un padre y sus dos hijas. Los manteles son rojos y las servilletas también. Llevan camisetas y debajo de esas camisetas llevan bañadores. Están en la Costa Brava. Comen paella, macarrones y croquetas. Hace calor. Están contentas. Tienen el pelo mojado.

PADRE: ¿Os gusta este restaurante? Está bien, ¿no? Solía venir aquí cuando tenía vuestra edad. Pasé veranos enteros en estas sillas.

HIJA MAYOR: ¿A qué edad te refieres?

PADRE: Pues a vuestra edad, yo qué sé.

HIJA MAYOR: Nos llevamos quince años, papá.

PADRE *(metiéndose un langostino a la boca)*: La comida era mejor, pero las vistas no han cambiado *(alza las manos y señala una playa abarrotada de gente, bolsas de plástico nadando en el agua, cáscaras de fruta rebozándose en la arena)*. Mirad qué espléndido mar, qué anchura, qué amplitud.

HIJA MENOR: ¿Podemos ir esta tarde a la exhibición de aves rapaces?

MADRE: Si te comes todo el plato podemos ir a donde quieras.

PADRE: Creo que el camarero era el mismo, ¿será posible que siga aquí después de cuarenta años?

MADRE: Ese hombre no tiene más de cincuenta, cariño. No creo que sea el mismo.

PADRE: Voy a preguntarle si se acuerda de mí. Un día llegué a comerme siete platos de paella en media hora, ¿sabéis? A los quince años. Todos me ovacionaron.

HIJA MAYOR: Fascinante.

PADRE: Si es el mismo, seguro que recuerda quién soy.

HIJA MENOR: ¿Y podemos montarnos también en un hidropedal?

MADRE: Acábate la comida y luego ya vemos.

PADRE: Vicente estuvo en Cancún el año pasado y me dijo que él se queda con esto. Para qué quieres más, aquí hay de todo. Ya podéis estar agradecidos. Fue a la Riviera Maya y me dijo que era lo mismo que ir a los lagos de Soria, pero pagando. No piensa salir más de España, y yo tampoco.

HIJA MENOR: Yo quiero ir a Japón.

PADRE: ¿A Japón?

MADRE: ¿Por qué a Japón?

HIJA MENOR: Porque quiero ser como Chihiro.

PADRE: ¿Como quién?

HIJA MAYOR: Se refiere a una película que vimos el otro día. Una japonesa de animación en la que la protagonista es de la misma edad que Berta y ve cómo sus padres se convierten en cerdos por comer demasiado. Yo qué sé, se habrá sentido identificada.

El escenario se oscurece y se ilumina la cara de HIJA MAYOR*, veintitrés años, morena, pelo largo, ojos verdes como el resto de su familia. El resto de personajes se detienen mirando a su plato e* HIJA MAYOR *se dirige a una de las mesas de al lado*.

HIJA MAYOR: Mi madre lleva varios años en un proceso que ella ha bautizado como asimplamiento voluntario. Se trata de una especie de religión que se ha creado cuyo rito diario consiste en ser cada vez más sencilla, más impresionable. Se le atribuye una connotación negativa a la palabra conformismo, como si estuviera íntimamente ligada al abatimiento o a la ignorancia, como si solo pudiera ser conformista una persona que, o bien ha sufrido una serie de decepciones y tragedias que le han llevado a no esperar nada, o bien es estúpida e inconsciente e ignora todo lo que podría alcanzar. *(*HIJA MAYOR *se lleva una croqueta a la boca y sigue hablando)* Pero no. El proceso de asimplamiento voluntario de mi madre tiene dos razones de ser. Por un lado, un mecanismo de supervivencia para mantener la cordura mientras cría a mi incriable hermana Berta. Por otro lado, haber descubierto que las cosas que más feliz le han hecho podrían reducirse a un paseo en bici o un mediodía de invierno al sol tomando el aperitivo en una terraza en donde haya luz.

Esto no se le puede aplicar a todo el mundo, claro, en ningún caso se le ocurriría a mi madre recomendar su praxis a nadie. Sabe que también es lícita y respetable esa lucha perpetua que algunos mantienen por cumplir sus sueños. Dedicar toda una vida a las metas personales, a la construcción de objetos de deseo. A mi madre no se le ocurriría aconsejar su proceso de asimplamiento voluntario porque su proceso de asimplamiento voluntario trata precisamente de eso: no meterse, no interceder, dejar la intromisión para quien quiera complicarse.

El escenario vuelve a iluminarse y todos siguen comiendo.

PADRE: Qué afortunados somos de estar aquí, no os creáis que la gente es tan afortunada como nosotros. La gente en general está amargada.

HIJA MENOR: Como mi profesora de inglés.

PADRE *(riéndose)*: Todos los ingleses son unos amargados.

MADRE: Yo no lo soy.

PADRE: Pero tú no eres inglesa.

MADRE: Y eso quién lo dice.

HIJA MAYOR: Yo también soy inglesa, papá.

PADRE: No me vaciles, nena.

HIJA MAYOR: Mamá me tuvo con un londinense estirado, ¿no te lo había contado? Por eso tengo este humor tan perspicaz.

PADRE: Que te calles.

HIJA MAYOR: ¿Cómo se llamaba, mamá? Era Thomas, ¿no?

MADRE: Hardy, sí.

El escenario se oscurece, se ilumina la cara de HIJA MAYOR *y se gira hacia la mesa de al lado*.

HIJA MAYOR: Hay una anécdota que cuenta que, alrededor del año seiscientos antes de Cristo, en una noche estrellada, un astrónomo llamado Tales va caminando por el campo de Mileto, mirando al cielo intentando llegar a yo qué sé conclusión. De pronto, por no estar

mirando el suelo que pisaba, cae a un pozo, suelta un gritito ridículo y suscita la risa de una muchacha que andaba por ahí. Esa risa ha sido utilizada por varios teóricos para explicar cómo, tratando de obtener un conocimiento trascendental, perdemos perspectiva y nos cegamos ante lo que tenemos delante. La risa de la muchacha tracia. Esa risa se consideró un acontecimiento fundacional de la caída de occidente al pozo de la filosofía. Creo que hubo una etapa en la vida de mi madre en la que era o quiso ser como Tales, pero llegó un momento en que se dio cuenta de que sería mejor convertirse en la muchacha tracia. Reírse. Burlarse de su propia existencia y de la de los demás. Mantener los pies en el suelo.

El escenario se ilumina y siguen comiendo.

PADRE: Estas croquetas están cojonudas.

HIJA MAYOR: Creo que esta es la vez número seiscientos treinta que te he escuchado decir esa frase.

HIJA MENOR *(coge un periódico del bolso de* MADRE*, lo pone encima del plato y lee un titular)*: Qué es el trío de las Azores.

PADRE: El trío de las Azores son unos hijos de puta.

MADRE: El trío de las Azores son tres políticos que no saben muy bien qué están haciendo y que se han reunido para hablar de cosas de guerra.

HIJA MAYOR: El trío de las Azores es un programa de radio.

PADRE: El trío de las Azores son unos cabrones que han quedado para tomar café y decidir cómo joder más el mundo.

HIJA MAYOR: El trío de las Azores es una banda de pop.

MADRE: Una banda de punk.

PADRE: Una banda de gilipollas.

El escenario vuelve a oscurecerse y esta vez se ilumina la cara de HIJA MENOR*, ocho años, pelo corto, pecho descubierto. Se gira hacia una de las mesas de al lado*.

HIJA MENOR: Tengo ocho años. Me lo estoy pasando bien, o eso creo. No soy muy consciente de lo que pasa a mi alrededor. Luego creceré y seré joven. Estas pequeñas manos de sapo se alargarán y se harán bonitas de un modo distinto a ahora. Llevaré anillos. Viviré en Burdeos e iré al psicoanalista. Se llamará Amanda y me cobrará sesenta euros por sesión. La consulta tendrá plantas y su gata Melanie estará encima de sus piernas mientras me escucha. Para entonces sabré ponerle palabras a todas las cosas que ahora solo sé definir como raras. Me ayudará a desgranar las cosas que pasaron en mi infancia, las cosas que están pasando justo en este momento. Raro se convertirá en testigo de infidelidad. Raro será que vi cómo mi madre engañaba a mi padre. Raro será culpa. Raro será falta de comunicación. Raro será miedo al divorcio. Raro será sentimiento de superioridad. Raro será neurosis. Raro será negación. Raro será hastío. Raro será amnesia selectiva.

Ahora solo puedo pensar en que me apetece comerme un arroz con leche de postre. Quiero que me compren el atrapasueños que hemos visto en el paseo marítimo. Pienso en que mi amiga Silvia es la persona que más me divierte. Me gusta el equipo Barça. Me gusta la serie *Gárgolas* y *La pajarería de Transilvania*. Pienso en que no entiendo a los adultos y que a medida que crecen se olvidan de quiénes eran.

Pienso en que yo sí sé quién soy. Pienso en lo divertido que sería

coger unas almohadas y quedarnos a dormir en un barco. Pienso en volver a casa. Pienso en que la novia de mi hermana me recuerda a un búho. Pienso en que en realidad me apetece un helado porque es más refrescante.

El escenario se ilumina y los platos están vacíos.

PADRE: Entusiasmo. Creo que es mi palabra favorita. En-tu-sias-mo. Se me llena la boca. Estar aquí con vosotros me entusiasma. Y saber que mañana si queremos podemos volver. Qué lujo. ¿Qué cosas os entusiasman a vosotras?

HIJA MAYOR: Saber que nos quedan solo dos días de vacaciones.

HIJA MENOR: La exhibición de aves rapaces.

PADRE: La gente no sabe entusiasmarse, la gente se pasa la vida estando triste. Hay que echarle cojones a la vida, sabéis.

Le suena el teléfono a MADRE *y responde la llamada mientras* PADRE *sigue hablando*.

PADRE: *Alegría de vivir*, mi canción favorita. De Ray Heredia, el de Ketama, ¿lo conocéis? «Aquellos que quieren cantar siempre encuentran una canción». Buscad vuestra canción.

HIJA MAYOR: No creo que el mensaje de esa frase sea que busques una canción.

PADRE: Bueno pero qué canción elegirías, una canción que te llene de entusiasmo.

HIJA MAYOR: *Un nuevo día brillará* de Luz Casal.

PADRE: No me vaciles.

HIJA MAYOR: Lo digo en serio.

HIJA MENOR: ¿Quién es Luz Casal?

MADRE *(colgando la llamada y empezando a llorar)*: Luz Casal es la mujer que más sabe de amor del mundo.

PADRE: Qué te pasa, Isa. ¿Qué pasa, quién era?

Todo se oscurece, la cara de MADRE *se ilumina y se gira hacia una de las mesas de al lado*.

MADRE: No era nadie. Tan solo mi hermana Bea diciéndome que ha organizado una comida de primos la semana que viene. Mi marido es bueno y también un poco bobo, supongo que por eso lloro. Porque es genuinamente feliz y yo no consigo serlo. Porque llevo años engañándole y no siento un mínimo de remordimiento. Podría haberle puesto un par de cuernos de plástico encima de la cabeza y no se enteraría. Estoy tan aburrida que habría sido capaz de acostarme con un delfín en el parque acuático si hubiera tenido la oportunidad. He oído que hay gente que lo hace.

Mi hija ha dicho antes que estoy en un proceso de asimplamiento voluntario. Es inteligente, se ve que me ha estado analizando y que eso de asimplamiento voluntario es lo mejor que ha encontrado para no decirse a sí misma que su madre está apática, que su madre es literalmente una escobilla de váter. Pero resignarse, no es asimplarse. No cambiar de vida por miedo a hacer daño o por pereza a todo el proceso judicial que vendría, no es asimplarse. Fobia a la burocracia, no es asimplarse. Lo que es es una mierda. Lo que es es

un asco. Yo no soy Tales, ni la muchacha tracia. Soy una madre de dos hijas que está hasta el coño. Que está cansada e inapetente. Soy una madre de más de cuarenta años que se mira al espejo y se estira la cara.

El escenario se ilumina. Los cuatro sujetan tarrinas de helado que van derritiéndose.

PADRE: ¿Qué te pasa, cariño?

MADRE: *(llorando de un modo que no está claro si es impostado o verdadero)*: No puedo seguir con esto, Joaquín.

PADRE: ¿A qué te refieres con «esto»? ¿«Esto» qué es?

MADRE: Contigo, mi amor, no puedo seguir con este matrimonio.

PADRE: ¿De qué estás hablando, qué estás diciendo? Mira qué felices estamos, tú estás feliz, Isa. ¿Por qué dices eso? ¿Quién te ha llamado, que te ha dicho?

MADRE: Nadie, mi hermana. Nadie. Siento decírtelo ahora, con todo tu cuerpo lleno de entusiasmo. Lo siento.

HIJA MENOR *se chupa la mano llena de helado e* HIJA MAYOR *trata de ocultar la sonrisa sardónica que le ha salido en la cara.*

HIJA MAYOR: Vacaciones en familia.

PADRE: No entiendo nada, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora?

HIJA MENOR: Seguro que mañana está todo mejor, ya verás.

MADRE: No hay nada que entender. Ya no quiero cantar, yo ya no puedo cantar, ¿entiendes, Quino? Lo de la canción y todo eso.

PADRE: ¿Hace cuánto lo tenías pensado?

MADRE: Supongo que llevo un tiempo teniéndolo en la cabeza.

PADRE: Creo que se te ha ido, esa cabeza de la que hablas se te ha ido.

Todo se oscurece, la cara de HIJA MENOR *se ilumina y mira a la mesa de al lado.*

HIJA MENOR: Este momento marcará una especie de entrada al mundo; mi iniciación en la vida o algo así. Pasaré unos años enfadada, siendo una niña que no puede, ni quiere, comprender lo que pasa a su alrededor. Después, como he dicho, creceré. Durante un tiempo, seré profesora de español para adultos en Francia. Un día, en un aula con luces de ascensor, paredes de colores chillones y gente agotada, me acordaré de mi padre mientras analizo con mis alumnos la canción *Alegría de vivir* de Ray Heredia.

Iré al baño y me mojaré la cara. Escribiré en un cuaderno que hablar de alegría y entusiasmo en una clase que es lo más parecido al infierno es más o menos lo que hace que me guste mi trabajo. Escribiré: A pesar de todo nos reímos. Se escuchará cómo nos reímos. Pero no lo haremos en una suerte de: al final el humor y el bien siempre acaban triunfando y hay que luchar contra las adversidades de la vida con una sonrisa. No; nos reiremos siendo conscientes del poco sentido que tiene que estemos allí sentados. De que la única alternativa a estar ahí sería no estar ahí. Y no estar ahí supondría que yo no tendría un trabajo y que ellos estarían en cualquier otra parte sintiéndose profundamente culpables de no estar aprendiendo español y teniendo que soportar la chirriante voz de su cabeza que les

dice que nunca llegarán a nada.

Así que elegiremos estar ahí y fingir que todo va bien. Que se divierten con esta profesora tarada y ultra enérgica que seré yo. Y fingiremos entre todos no ser conscientes de que, no solo parecemos, sino que de hecho somos una panda de miserables a las ocho y media de la mañana rellenando los huecos de la letra de una canción e indagando en nuestra mente en busca de la respuesta a la pregunta que ha planteado el programa prediseñado de la clase. Esa actividad que nos señalará y nos interrogará amenazante:

¿Qué es el entusiasmo? ¿Qué cosas hacen que te entusiasmes?

El escenario se ilumina y empieza a sonar Un nuevo día brillará *de Luz Casal.*

MADRE *(llorando y manchándose la cara de helado al tocarse los ojos para quitarse las lágrimas)*: Querría haberlo hecho mejor, pero no he podido.

PADRE *(llorando y manchándose la cara de helado al tocarse los ojos para quitarse las lágrimas)*: ¿Y si hablamos de esto después? ¿Qué os parece? ¿Por qué no pedimos otros postres, un café irlandés, vamos a la exhibición de aves rapaces, nos montamos en un hidropedal y ya mañana nos enfrentamos a los cambios?

HIJA MAYOR *(manchándose la cara de helado al llevarse la mano a la cara para ocultar su risa)*: Me parece un buen plan.

HIJA MENOR: Me parece un plan fantástico.

MADRE: Te irá bien sin mí, Quinito. Volverás aquí con Jorge. Jugarás al tenis. Te ascenderán en el trabajo. Volverás a querer a alguien. Un nuevo día brillará, se llevará la soledad.

MADRE, PADRE, HIJA MAYOR *e* HIJA MENOR *se agarran las manos pegajosas y resbaladizas haciendo un círculo perfecto de familia disfuncional. Dan vueltas a la mesa y cantan la canción a modo desacompasado. El escenario va oscureciéndose paulatinamente*.

Te regalo mi nombre (1995)

Tumbada en la cama del hospital, agarrando a su hija recién nacida con un brazo y sujetando un cigarro con la mano del otro, Isabel piensa en aquella chica con la que pasó tres días en un hostal de Manchester. Se pregunta si habrá cumplido, tal y como ella acaba de hacer, su promesa.

Desde ahí, desde ese pensamiento, Isabel se propone revisitar el pasado. Viaja mentalmente a finales de los setenta. Es muy joven y acaba de llegar a Inglaterra. Tiene apuntado en un papel arrugado la dirección que le han dado, la casa que tiene que encontrar sin saber muy bien cómo, el lugar al que se ha propuesto ir para aprender inglés y cuidar a los dos niños de la familia Herring. Hace solo unos meses que ha aprendido el significado de la palabra extrañamiento y le viene bien para describirse a sí misma cómo se siente. Es muy pronto por la mañana y está cansada pero despierta, con un gorro en la cabeza y un jersey de lana tejido por su abuela Margarita que no le abriga tanto como se esperaba. En el hostal Ereira's huele a alimentos y productos que no identifica y escucha conversaciones que le suenan a burbujas. Piensa que si las burbujas pudieran hablar ese sería su idioma.

Como todo aquel que sale por primera vez de su ciudad natal, se pregunta qué hace allí. Hay un total de ocho personas en el salón común del hostal y haciendo un repaso de todas Isabel se fija en una chica que está delante de ella, sentada al lado de la chimenea con actitud de esfinge. Ve que está quieta de un modo muy llamativo y por un momento se pregunta si está muerta o si se ha quedado dormida con los ojos abiertos. Conoce a gente que sabe hacerlo. La mira y quiere creer que está igual de perdida que ella, que también acaba de llegar y que como no sabe aún cuáles van a ser sus próximos movimientos decide no moverse. Espera un rato antes de acercarse a hablar con ella, pero lleva más de un día sin tener una conversación decente con nadie, así que se levanta y se sienta a su lado. Se

sorprende y casi se asusta cuando la chica le dirige la primera palabra, como si fuera un maniquí que de pronto la saluda. Al mirarle a la cara ve que tiene las pupilas levemente rectangulares, como las de una cabra. Isabel le dice en un macarrónico inglés que apenas sabe hablar y ella le pregunta entonces en qué otros idiomas se defiende. Para sorpresa de ambas comparten el francés y ese es el principio de una profunda e intensa amistad que durará un total de setenta y dos horas. O toda la vida, depende cómo se mire.

Se llama Berta Benton y acaba de llegar a Europa. Está sola y su plan es viajar hasta Estrasburgo a conocer a sus abuelos maternos. En el modo en el que le dice que está sola Isabel comprende que no se trata de un estar sola circunstancial, como el suyo, sino en un estar sola esencialmente, sola de una manera transversal, haciendo una equis invisible en su cuerpo delgado. Le ofrece salir a pasear e ir a comer algo.

Ese primer día apenas se cuentan unos pocos detalles sobre sus vidas. Isabel le dice que es del norte de España, es la mediana de diez hermanos y ha ido a Inglaterra a trabajar de niñera sin estar muy segura de que le gusten los niños. Entran en un bar cualquiera y ambas se sorprenden por el diseño y el trato, tan diferente al de sus lugares de origen. No saben distinguir si la forma de dirigirse es educada o desagradable. Comparten una sopa de dudoso sabor y al ir a dar un tercer sorbo Isabel se fija en lo que al día siguiente descubrirá que es la razón por la que Berta está allí: le faltan los dos dedos índices de las manos. El índice de la mano derecha y el índice de la mano izquierda. Todas las cosas que lleva experimentando desde que llegó a Inglaterra se le hacen ajenas y raras, así que no siente el menor impulso de preguntarle qué le pasó, como si el hecho de tener todos los dedos de la manos fuera un rasgo propio de los españoles pero no necesariamente del resto del mundo. Está disociada y desde esa posición opta por seguir hablando de sí misma. Entonces Isabel se siente libre de un modo nuevo, es la primera vez que está con alguien con quien no tiene ningún conocido común. A Berta le ocurre lo mismo. Esta agradable coincidencia es la que hace que se abran la una a la otra sin ningún miedo ni tapujo.

Salen del local y deciden dar un largo paseo por Manchester a pesar de que está totalmente oscuro. Hacen comentarios sobre la gente que pasa, los árboles, los edificios, dicen por ejemplo mira el paraguas de ese niño o las flores de ese balcón están a punto de caerse, espero que no nos caiga ninguna maceta en la cabeza. Al llegar de nuevo al hostal, a eso de las diez, alguien les ofrece té y a ambas les divierte aceptarlo y tomarlo juntas. Isabel cuenta que su padre le había dicho que los ingleses piensan que pueden solucionarlo todo con una taza de té, que estuviera segura de que si alguna vez tuviera un terrible accidente y apareciera con el cráneo abierto por la mitad alguien le ofrecería té de manera muy calmada. Berta se ríe y le dice que su padre le dijo algo parecido y se dan cuenta de que es un tópico tan cierto como generalizado. Ha sido un día largo y están cansadas, así que se retiran a dormir y prometen desayunar juntas.

A las ocho de la mañana del día siguiente Isabel se despierta y llama a la familia Herring para decirles que está bien y que se encontrará con ellos dentro de poco. Le responden que tienen inmensas ganas de conocerla y que prepararán una gran tarta para el día que llegue. Los niños se mueren por conocerla, eso le dice, están al borde de la muerte por conocer a su nueva exótica niñera. Después de colgar baja al comedor y ve a Berta sentada, otra vez, al lado de la chimenea. Se cuentan los sueños que han tenido la noche anterior, hablan durante un rato sobre el tema y comen algo. Vuelven a salir a pasear por la industrial y deprimida Manchester a disfrutar del prometedor día que no ha hecho más que empezar. Isabel se propone conocer a su nueva amiga y lo consigue.

Berta Benton tiene dieciocho años y nació en un diminuto pueblo de Tejas llamado Armen, cerca de Austin. Es la menor de tres hermanos y vivía con ellos y su padre en un pequeño parking de caravanas al lado del colegio. No menciona a su madre. Mide alrededor de un metro ochenta y ha aprendido a no encorvarse a pesar de que le quedan resquicios de ello y a veces tiende a hacerlo al dirigirse a Isabel o a cualquier persona baja. Su cara podría enmarcarse en ese tipo de rostros infantil y dulcemente viejos, de esos que le hacen a una preguntarse cómo puede ser algo terso y marchito a la vez, de qué

manera un aspecto tan inmaculado puede coexistir con el agotamiento que evoca. Como una muñeca muy usada o el juguete de peluche de un perro. Sabe proyectar la voz, su tono es bajo y firme. Sabe también cuándo callar, no llena el silencio con tonterías. Aunque algunas de las cosas que diga sean tonterías, son tonterías con justificación.

Intenta hacerle una panorámica de su vida anterior mientras pasean por las calles mojadas siguiendo el camino del tranvía. Por ejemplo le explica que, como los niños de su pueblo no llegaban a la centena, en su clase había gente tanto dos años mayor como dos años menor que ella. La importancia que tenía la educación en Armen era la misma que se le daba a llenar la gasolina del coche o a aprender a hornear pavo en noviembre: un mero trámite más que ninguno cuestionaba ni se planteaba. Y ella no era una excepción. Es decir, al contarle eso Berta dice que no quiere que parezca que se diferenciaba del resto o algo así. Le asegura de un modo honesto y casi gracioso que hace tan solo un par de meses que ha empezado a tener pensamientos propios. Ha sentido algo así como un despertar y está disfrutando cada segundo de él. Antes no habría sido capaz de mantener una conversación como esa, básicamente porque nunca se había parado a pensar en su pasado ni todo lo que podría existir fuera de Armen. Y mucho menos, por supuesto, en su futuro.

A Isabel le sorprende que, a pesar de estar diciendo que hasta hace nada Berta era poco más que un molusco, parece que su percepción de la realidad no está de ningún modo distorsionada. Le escucha con las manos en los bolsillos y admira su capacidad de describir la etimología de sus actos. Envidia cómo Berta consigue desglosar sus sentimientos, como si fueran una lista de la compra escrita con una letra muy clara. Decide esforzarse por aprender de ello y ese aprendizaje le durará toda la vida. Junto con esto, Isabel tendrá por primera vez la revelación de que todos funcionamos por analogías; de que nuestra tendencia a hacerlas sirve tanto como vía de entendimiento como de oscurecimiento del mismo: no podemos entender al otro sino a través de nosotros mismos. Suerte o condena, que cada uno lo juzgue como quiera.

De entre los recuerdos más luminosos de su infancia, Berta destaca

cuando su padre llegó con una televisión cuadrada y enorme. No dudó que la habría robado a alguien del pueblo de al lado, pero le dio igual. Sus hermanos lograron conectarla a la caravana y pinchar un cable para conseguir sintonizarla a varios canales. Unas horas más tarde, cuando sus amigos tocaron la puerta para que saliera a jugar, mintió diciendo que tenía dolor de barriga y se quedó viendo la nueva serie de moda, *Perdidos en el espacio*. Berta se había acostumbrado a no poder participar en las conversaciones en torno a la televisión, asumiendo que le tocaba callar cuando alguien mencionaba algún nuevo programa o dos amigas se ponían a comentar la película que habían visto el día anterior en el canal CBS. Pero esa noche, hipnotizada por los trajes rosas y amarillos de la galáctica familia Robinson, pasó horas y horas con los ojos posados en la pantalla sintiendo que se le abría un nuevo mundo, que de ahí en adelante todo su imaginario iba a ser diferente. Permaneció sentada hasta que amaneció y un sol naranja empezó a colarse por el espacio entre las pegatinas de la ventana de la casa con ruedas en la que vivía. Nunca olvidó ese momento.

Se dan cuenta de que llevan alrededor de media hora caminando bajo la lluvia, así que deciden buscar un lugar en el que entrar y comer algo. Con un puré de patatas delante, Isabel le cuenta que uno de los recuerdos más felices que guarda de su infancia es cuando ganó un concurso de yo-yos en el parque de la Media Luna. No por el hecho del premio en sí, sino porque nadie, ni siquiera ella misma, se lo esperaba. A partir de entonces todos le tuvieron una especie de respeto extraño, como si de pronto la desconocieran, no supieran las cosas de las que era capaz esa niña famélica de once años que acababa de llevarse una pequeña estatuilla dorada.

En los viajes, especialmente cuando una es joven y está sola, todo va a una velocidad cinco veces más rápida. El tiempo que de normal se necesita para forjar un lazo estrecho con una persona se reduce y en cuestión de un día puedes conseguir el mismo tipo de relación que con alguien con quien llevas años compartiendo cuarto. Esta es la razón por la que después de tan solo dos días juntas Berta fuera capaz de contarle la horrenda historia que da origen a su falta de índices. Para

ponerle en contexto, empieza diciéndole que el rasgo que más caracterizaba a los habitantes de Armen, el rasgo que más sigue caracterizándoles aunque Berta ya no esté allí, es su actitud obsesiva y casi maníaca hacia las tendencias y las novedades. *Perdidos en el espacio* fue una de ellas, por ejemplo, como también lo fue lavar la ropa con jabones hechos a mano, aprender a entonar canciones mexicanas, hacer peleas de samuráis con palos imitando al héroe de Kurosawa o bordarse el nombre de la persona amada en las botas de piel de cordero. La religión, naturalmente, era otra. Una de las únicas que nunca pasaba de moda.

Todos se reunían a diario o casi a diario en la pequeña iglesia protestante del pueblo, un viejo edificio de piedra en el que vivía el adorable pastor Willy. Willy medía un metro sesenta y estaba casado con una mujer que todo el mundo sospechaba que era su prima, cosa que a nadie le importaba ni criticaba. Ambos tenían el pelo blanco y largo y parecían una pareja de ancianas nutrias. Se rumoreaba que el pastor apuntaba los pecados más graciosos que le confesaban y después los leía con su mujer a la hora de cenar. Ella misma, Berta, tuvo el honor de formar parte del cuaderno secreto de Willy cuando un día le confesó entre lágrimas que se había enfadado con su padre, había robado dinero de su caja fuerte, lo había metido dentro del culo de una gallina y esta había desaparecido. Con este tipo de cosas se divertían tanto el pastor como el resto de armeniotas, pero todo cambió cuando Willy murió en un accidente de pesca tratando de atrapar un bagre.

Berta le dice que fue como si una nube negra se hubiera plantado encima de todo el pueblo, una nube negra invisible que muy pocos fueron capaces de ver y que otros confundieron con esperanza. Fue como si ese pez se hubiera llevado no solo la vida de Willy sino también todo lo demás, todo lo que constituía la vida agradable y normal que tenían antes. El caso es que a los pocos días apareció de la nada un hombre llamado Sebastian que decía haber escuchado la noticia de que había un puesto vacante en la iglesia. Por inercia, todos optaron por fiarse de él y dejarle que fuera el nuevo pastor.

Mirando las vidrieras que hay por ventanas en ese feo pero

agradable restaurante inglés, Berta hace una pausa y lucha contra uno de esos pensamientos que llevan pasándosele por la cabeza desde que llegó, en lo diferente que habría sido todo si alguien, por ejemplo ella, hubiera mirado fijamente a los ojos azules de Sebastian en el momento de conocerle y le hubiese echado aceite hirviendo en la cara. Bebe agua y continúa. Berta describe a ese nuevo pastor como una versión pelirroja de Marlon Brando y a Isabel se le hace casi imposible imaginarse a Marlon Brando con pecas y sin su pelo negro. Su voz parecía que tuviera un micrófono incorporado. Sus dientes eran blancos y sus ocho uñas estaban limpias. Con una elocuencia propia de dictador, sedujo a todos en sus primeras misas. Para cuando llevaba un mes en Armen algunos se habían olvidado de Willy y otros menospreciaban sus prácticas, diciendo que no era lo suficientemente serio. Para mantener el misticismo y ese tipo de intriga malsana y placentera, Sebastian no decía a nadie de dónde había llegado. Por esa misma razón, a nadie le interesaba saberlo, todos prefirieron verlo como El Enviado.

Esa actitud obsesiva y radical de los armentianos que Berta le ha mencionado antes fue la que hizo que, poco tiempo más tarde, cuando Sebastian empezó a soltar sus propias teorías con respecto a la religión y a señalarles los errores que habían cometido, todos le creyeran y se unieran a él con un fanatismo que superaba con creces lo que el propio Sebastian se había propuesto conseguir. Con la perspectiva del tiempo cualquiera puede ver que tenía patológicos y sobre todo ridículos delirios de grandeza. Desde el otro lado del océano es fácil identificar que debería haber estado encerrado en algún centro de alta seguridad, pero en un pueblo minúsculo y aburrido de la América profunda de los sesenta una de las únicas cosas que necesitaba la gente para sobrevivir era tener fe en algo, sentirse especial, selecto. Ese fue el papel que asumió el nuevo pastor.

Isabel le está escuchando con una atención de la que no creía que era capaz y está nerviosa de un modo desconocido. Suena de fondo una canción que se le hace familiar, quizá la escuchó alguna vez en la radio de su padre. Mientras le mira hace movimientos como tocarse la nariz o estirarse una oreja, cosas que no había hecho antes. Se repliega

en su silla agarrándose las rodillas, no sabiendo muy bien hacia dónde va a avanzar la historia, dónde está Tejas, qué es exactamente un pastor, cuál es la diferencia con un cura, quién es la persona que tiene delante. Teme que Berta deje de confiar en ella de repente, que decida levantarse e irse de allí. Esto sería fatal porque Isabel se quedaría con una intriga insoportable el resto de su vida y moriría preguntándose cómo había llegado hasta allí esa joven americana giganta que hablaba francés. Pero Berta está decidida a hablar, va a darle todo lujo de detalles y cuando acabe de hacerlo le dirá: ahora que ya te lo he contado, por fin puedo olvidarlo.

Le explica ahora, por fin, cuál fue el principio de la locura colectiva en la que se sumió todo el pueblo, la primera vez en la que Sebastian mencionó todo el tema de los dedos. En uno de sus sermones hizo especial hincapié en la cita de Juan 20:27. «Luego dijo a Tomás: Acerca aquí tu dedo, y mira mis manos; extiende aquí tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Entonces el pastor se puso muy serio y empezó a decirles que durante milenios la iglesia y todo el mundo había hecho una mala interpretación de los textos bíblicos, dándole importancia a lo que en realidad no la tenía y viceversa. Dijo Sebastian que si la historia de la humanidad ha sido tan trágica, si hay todavía tantas guerras y tanta miseria, tantas injusticias y calamidades, etc., es tan solo porque el Señor nos está castigando por no comprender todo lo que Él quería que comprendiéramos.

Queréis comprender el verdadero mensaje del Señor, gritó Sebastian. Sí, respondieron todos. Pues escuchad, abrid vuestros oídos y escuchad su mensaje porque yo soy su portador. El error que llevamos cometiendo desde el principio de los tiempos es que nos creemos que podemos señalar con ese dedo índice que el Señor os ha puesto en la mano, nos creemos con el derecho de señalar aquello que deseamos, aquello que detestamos, a la persona que queremos perdonar o ejecutar, ¡pero es tan solo una prueba del Señor! Si hubiéramos leído con atención los textos bíblicos, el mensaje de Dios, habríamos visto lo que estaba ahí desde el principio. El Señor quiere que entendamos que solo Él tiene el sagrado derecho de señalar, no

nosotros, pobres y estúpidos mortales. Se apiada de nosotros y nos pide que hagamos un único sacrificio. El sacrificio de darle, regalarle, devolverle estos pecaminosos dedos índices que Él nos ha dado como acto de fe hacia nosotros para que comprendamos que no podemos tenerlos, que no nos pertenecen. ¡Escuchad ahora y prestad atención, abrid los ojos, comprended por fin al Señor! ¡Dice el Proverbio 6:12-19: «La persona indigna, el hombre inicuo, es el que anda con boca perversa, el que guiña los ojos, el que hace señas con los pies, el que señala con los dedos, el que con perversidad en su corazón, continuamente trama el mal, el que siembra discordia!». Para dejar de tramar el mal debemos ser mártires una única vez, devolviéndole estos malvados índices, y entonces podremos vivir en paz con Él, Él nos habrá perdonado, seremos sus hijos.

Berta verá la cara asustada de Isabel, le tocará el hombro para tranquilizarle y a modo de curiosidad le dirá que está segura de que si aquel día alguien se hubiera reído, si en aquel sermón alguien hubiera soltado una carcajada, el efecto habría sido contagioso. Todos habrían salido de allí y se habrían ido a hacer una barbacoa o a jugar a cartas, burlándose de ese tarado que había aparecido en su sosegado Armen. Pero nadie lo hizo, nadie dijo una palabra, y ese fue el detonante de todo lo que siguió después. A su manera, no estaban equivocados en que Sebastian había llegado con una misión salvadora, ya que lo que estaba dentro de su *tête de feu*, así es como la llama Berta, era salvarles a todos del infierno en el que iban a acabar si no hacían lo que él, el verdadero y más fiel hermeneuta de la Biblia, tenía preparado para ellos.

Para reforzar sus convicciones se dedicó a poner el foco en todos aquellos pasajes de la Biblia que, según él, manifestaban claramente que teníamos que entregarle nuestros dedos índices al Señor. Aparte de Juan 20:27 y el Proverbio 6:12-19, sus favoritos, tenía una gran despensa de citas que le daban la razón. ¡Nos dice el Salmo 144:1: «Bendito sea el Señor, mi roca, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla!» ¡Isaías 58:9: «Entonces invocarás, y el Señor responderá: clamarás, y Él dirá: Heme aquí. Si quitas de en medio de ti el yugo, el amenazar con el dedo y el hablar iniquidad, y

si te ofreces al hambriento, y sacias el deseo del afligido, entonces surgirá tu luz en las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía!» ¡Levítico 4:6: «Mojará el sacerdote su dedo en la sangre y rociará de la sangre siete veces delante del Señor, frente al velo del santuario!» ¡¡Nos cuenta el Éxodo 8:19: «Entonces los magos dijeron a Faraón: Este es el dedo de Dios. Pero el corazón de Faraón se endureció y no los escuchó, tal como el Señor había dicho!!» Y, la más reveladora de todas, el Éxodo 29:12: «Tomarás de la sangre del novillo y la pondrás sobre los cuernos del altar con tu dedo, y derramarás toda la sangre al pie del altar».

Más que en la cabeza trastocada y enfermiza de Sebastian, el problema estuvo en que la gente de Armen estaba dispuesta a creer, quería creer, y no hay nada más peligroso que eso. Uno puede creerse cualquier cosa si pone verdadero interés en ello. Logró convencerlos a todos de que, tal y como había hecho él para alcanzar la absoluta paz y redención, debían cortarse los dedos índices de ambas manos, derramar la sangre al pie del altar y enterrarlos en el jardín de la parroquia para que Él los recogiera desde arriba. Así lo hicieron. Las jornadas de extirpación de índices se llevaron a cabo a los dos meses de su llegada. El procedimiento fue más sencillo de lo que cabría imaginar: haciendo una cola en el interior de la iglesia como si fueran a comulgar, Sebastian les daba una sustancia opiácea para reducir el dolor al máximo, varios médicos del pueblo se ponían al lado del altar para quitárselos con un bisturí y acto seguido coserles la herida, guardaban los dedos en unas cajas metálicas y después los enterraban. En cuestión de una semana todos los habitantes de ese pequeño pueblo tejano dejaron de ser capaces de hacer ese acto horrible y castigado por Dios que es señalar con el dedo.

Berta come un trozo de patata, deja la cuchara, levanta las manos, sonríe y dice: mira, imagino que ya te habrás fijado. Isabel ha estado más de una hora en silencio, escuchando la que es la historia de terror más absurda y rara que ha oído nunca. La única persona que ha conocido desde que se marchó de su casa le ha contado eso, no sabe qué esperar. De entre las preguntas que le hace están si le dolió, cómo consiguió escapar de ahí y llegar desde Tejas hasta Inglaterra, adónde

piensa ir ahora, qué es de Sebastian, cómo es posible que nadie en ese pueblo hubiera tenido un mínimo de sentido común, si echa de menos a su familia, etc.

No quiere entrar en detalles porque siente que ya lo ha contado todo. Pero le dice que no le dolió y que hubo tres personas que sí que tuvieron, de hecho, sentido común. Una de ellas fue la difunta mujer de Willy, que se fue de Armen al poco tiempo de que muriera su marido: metió toda su vida en un coche y recorrió la pequeña avenida del pueblo a casi doscientos kilómetros por hora gritándoles a todos que estaban a punto de meterse en algo muy oscuro. Las otras dos fueron su íntima amiga Anna y la madre de esta. Alrededor de un año más tarde a la llegada de Sebastian, cuando ya todos se habían acostumbrado a ese modo de vida y la devoción que sentían no iba sino en aumento, Anna llamó una noche a la puerta de su caravana y le dijo en un tono de voz muy bajo que tenían que marcharse de allí, que ella y su madre le darían las ayudas y el dinero suficiente para empezar de nuevo. Berta se acordó entonces de su propia madre, recordó cómo le tocaba el piano cuando ella era pequeña y no podía dormir. Se convenció a sí misma de que si siguiese viva no habría dejado que nadie le hiciera nada en esos dedos largos y finos que entonaban canciones de Marian McPartland. Con ese pensamiento en la cabeza, Berta intentó hablar con su familia y convencerles para escapar juntos, convencerles de que aún estaban a tiempo de salir de ahí, pero le dijeron que estaba chalada, que no podían irse, que si lo hacían el Señor les castigaría por toda su eternidad. Así que arriesgándose a vivir un sinfín de escarmientos divinos, Berta acabó marchándose con Anna y su madre. Dejó una nota a su familia en la que se disculpaba por todo y les deseaba lo mejor. Les decía que si algún día cambiaban de opinión ella estaría esperándoles en Europa con sus abuelos y que esperaba que a Sebastian no se le ocurriera cortarles ni un solo dedo más.

Cogió su maleta y se marchó en el coche de su amiga hasta llegar a Iowa, viendo cómo iba cambiando el paisaje de ese Estados Unidos suyo que nunca se había imaginado recorrer de esa manera. Ahí se despidió de ellas y cogió un tren a Ohio y otro a Connecticut, donde se

montó en el primer avión de su vida, que le trajo hasta donde está ahora. En el vuelo tuvo miedo y comió cacahuetes. Lloró y bebió limonada. Se dio cuenta de repente no solo de lo que acababa de hacer, sino de todo en general: tuvo ese despertar al que se refirió hace un par de días. Ahí arriba, en medio del cielo del Atlántico, Berta tuvo un arrebato de lucidez que le hizo ver que había escapado de la secta más incoherente posible. Aunque pensándolo bien, qué secta es coherente. Deseó que su familia leyera la carta y sintiera lo mismo que ella, que pusieran en marcha la caravana y pisasen el acelerador hasta llegar a Francia. Pero algo le decía que no sería así, al menos no por ahora.

Isabel ya no le hará preguntas, la mirará siendo consciente de que lo que acaba de escuchar no va a olvidársele nunca. Sabiendo, también, que podrá recurrir a esa historia cada vez que quiera sentirse interesante, como si el mero hecho de conocerla le añadiese algún tipo de encanto a su propia vida. Se habrán acabado toda la comida, se plantearán pedir más y, después de decidir que no, se levantarán y se darán un abrazo. Gracias por haber confiado en mí, sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, no puedo hacerme una idea mínimamente aproximada de lo que tiene que ser pasar por esa cosa tan siniestra que acabas de contarme, eres la persona más fuerte y valiente que he conocido jamás, envidio tu coraje; esas son algunas de las cosas que saldrán de la boca de Isabel antes de levantarse y salir del local. Esa noche dormirán en la misma cama y seguirán hablando frente a frente. Esta vez, en vez de revisitar el pasado, harán lo contrario. Imaginarán las personas que quieren ser. Ninguna de las dos ha cumplido los veinte años, así que todo es posible. Isabel le dirá: si alguna vez tengo una hija la llamaré como tú, te regalo mi nombre. Berta le dirá: yo te prometo que haré lo mismo, así podrán conocerse algún día por casualidad y ser como nosotras. Continuarán hablando toda la noche y a la mañana siguiente será el momento de decirse adiós. Se abrazarán en la puerta del hostal Ereira's y cada una seguirá su vida. Isabel pasará meses cuidando a los niños de la familia Herring y decidirá que no, no le gustan. Berta logrará llegar hasta Estrasburgo y encontrar a sus abuelos maternos.

Y años más tarde, a mediados de los noventa, tumbada en la cama del hospital, agarrando a su hija Berta con un brazo y sujetando un cigarro con la mano del otro, Isabel se pregunta si habrá por el mundo una pequeña niña alta y francesa llamada como ella. Mira por la ventana dejando que el aire que entra le seque el sudor de la frente. Piensa en sus años de juventud, en esos tres peculiares días en Manchester. Nunca ha vuelto a sentir el extrañamiento de entonces y duda hacerlo alguna vez. Ya no le importa. Canta una canción intentando que Berta deje de llorar. Se enciende otro cigarro mientras espera a que lleguen sus familiares. Se pregunta qué flores le traerán cada uno. No le cuesta adivinarlo. Todo el mundo hace siempre los mismos regalos. Empieza a llover. Se escuchan gritos desde el ascensor. El contador de los días de la vida de Berta acaba de hacer su primer click.

Gente que ríe *(Sine Die)*

En octubre pasé dos semanas en casa de mis padres. Mi cuarto sigue igual que cuando me marché a los quince años. La misma luz, los mismos recortes pegados en la pared, la persiana rota, el polvo amontonándose entre la ropa que ya nadie usa. La soledad de los objetos sucios me hace conectar con la adolescente que fui. Pierdo el tiempo mirando a la pared, escucho música punk, no me ducho, me masturbo de manera torpe y dejo que pasen las horas hasta que llega la noche. Son los únicos momentos en los que disfruto de no hacer nada. Los únicos momentos en los que no tengo la urgencia de ser productiva. Me rindo a la inactividad tranquila de la infancia, siento algo parecido a la felicidad.

Como se me hace inevitable rescatar esas viejas costumbres, mi madre me reprocha, con cierta razón y cierto cariño, que soy un ser humano incompetente e inútil. Yo no puedo negárselo, claro. No puedo decirle que en Madrid soy, de hecho, una persona limpia, práctica y responsable. En parte porque es mentira y en parte porque no se lo creería. O porque podría decirme: ¿y no te parece injusto que aquí te dediques a dejar rastros de comida, tazas de café por todas las habitaciones y bragas tiradas por el suelo? Yo no quiero enfrentarme a ese tipo de preguntas, así que dejo que insulte a toda mi generación y piense que tiene como hija a un ser absurdo.

Aquella mañana del 23 de octubre, me desperté a las doce y mi casa estaba vacía. Supuse que mis padres llevarían ya alrededor de tres horas caminando por el camino del río. Es lo único a lo que dedican su tiempo desde que se jubilaron. Y no está mal, no está nada mal. Fui a la cafetería a comprarme un cruasán, volví, me exprimí un zumo, me hice un Colacao y vi la tele durante un par de horas. Con la boca entreabierta, dejando que la baba que me caía fuera secándose y volviéndose a formar. Sobre las dos llamé a mi prima Berta y quedamos por la tarde a tomar algo.

Al levantarme de la siesta, por un momento pensé que ya era el día siguiente, pero solo eran las cinco de la tarde. Las cinco de la tarde, ¿puede existir una hora más intempestiva? Me duché, me puse los pantalones de traje con los que se casó mi padre, un jersey negro de mi hermana, una gabardina de mi abuelo y cogí la bici para encontrarme con ella. Nos vimos en el mismo bar en el que el diciembre pasado estuvo hablándome de la repentina muerte de su mejor amiga. Un bar que ya hemos bautizado como el lugar de la pena y la queja. El lugar donde despotricar, llorar y ser ciclotímicas sin sentirnos juzgadas. Nunca olvidaré cómo las Navidades pasadas, al encontrarnos ahí con la confusión, la mudez y la vergüenza de quien no quiere ni puede mirar de frente a la realidad, de quien está enfadado con esa realidad, me dijo: *Yo ya soy viuda*.

Pedimos unas cervezas y estuvimos saltando de tema en tema de conversación. Ocurre que, como no nos vemos con la frecuencia que nos gustaría, cuando lo hacemos queremos abarcarlo todo. No dejar nada sin ser dicho. Estemos donde estemos, nos enclaustramos en nuestra burbuja sagrada y no hay quien nos saque de ahí. Tampoco dejamos que nadie entre, por eso es tan difícil estar con nosotras cuando estamos juntas. La otra persona, aunque nosotras queramos integrarla, nota que no es cómplice, que no puede participar en lo que sea que está pasando.

La membrana entre nosotras es tan delgada que bastaría con que te acercaras un poco para ver que tenemos un vínculo inaccesible. No te harían falta más que dos minutos para darte cuenta de que siempre te parecerá incomprensible el idioma que utilizamos. El idioma que hemos inventado. Escucharías nuestra risa y no entenderías nada. Porque eso es, más o menos, lo único que hacemos: reírnos. Hemos tenido carcajadas en funerales, en agencias inmobiliarias, en aviones, en peleas familiares que nada tenían que ver con nosotras, en hospitales, en armarios, en salas de parto.

Lo cierto es que no conozco a mi prima fuera de esa atmósfera de concilio y burla que solemos crear. No sé cómo actúa con el resto de la gente. Cómo es con su madre, con sus parejas, en todos los trabajos que ha tenido. Nacimos con seis meses de diferencia y, naturalmente,

hemos pasado la vida juntas. Nos hemos criado de la mano. Sin embargo, sigo mirándola con curiosidad. Con el genuino interés de quien quiere explorar a fondo lo que tiene delante. He visto su dolor muy de cerca, he visto el desgarramiento en sus ojos, nos hemos narrado verdaderas historias de terror, pero incluso en esos momentos había una especie de suavidad enigmática. No sé. A veces pienso que estoy enamorada de mi prima. Luego me digo: bueno, claro que lo estás, ¿cómo no vas a estarlo? ¿Y qué importa? No importa nada.

Como decía, en el bar le estuve hablando acerca de un vídeo sobre rinoplastias e inyecciones de ácido hialurónico. De lo absolutamente segura que estoy de que acabaré haciéndome ambas cosas y de cómo eso me fascina. De cómo me chifla el hecho de que los medios y la publicidad hayan conseguido introducirme de una manera tan efectiva el pensamiento de que quiero y puedo hacerme una rinoplastia e inyectarme ácido hialurónico. De cómo tengo la cabeza tan enajenada que no me importa que eso sea así. De lo segura que estoy de que mi felicidad aumentará cuando me cambie la nariz y los labios. Y de que ya no hay vuelta atrás, sobre todo porque no me apetece ser clarividente. Prefiero que sean otros quienes inventen y guíen mis apetencias, me contento con ser una más.

Ella, de un modo muy sutil, lo enlazó con las cuatro nobles verdades del budismo. Al parecer, las cuatro nobles verdades del budismo son Dukkah, Samudaya, Nirodha y Marga. La primera afirma que toda existencia es insatisfactoria y que todo es sufrimiento. La segunda que el sufrimiento proviene del deseo, del apego y la ignorancia, y que los cinco venenos, pues, son: apego, odio, ignorancia, celos y ego. La tercera dice que el sufrimiento puede ser vencido librándose del deseo y, la última dice que, con la concentración correcta, podrás llegar a la verdad del sendero y no sufrir. Le respondí que todo eso era muy interesante pero también imposible, ¿la verdad del sendero?, ¿no sufrir?, ¿para qué? Mi prima, como siempre, me sonrió y me dijo que a ella le parecía una mierda.

Le hablé de mi ruptura amorosa, de mi reconciliación, de mi nueva casa y de mi gato. Al acabar añadí una de mis frases favoritas de Lucía Berlin, que dice: «No era difícil parecer rematadamente frívola, pero

aun así exageré». Ja, ja, ja, ja. Comentamos que este año nos ha amansado a todas y que sentimos una contradicción por el hecho de estar más serenas. Nunca hemos tenido un tono de voz más bajo y calmado que el de ahora. En encuentros con gente, estamos más tranquilas. Lúcidas, pero también como adormecidas. Hemos ralentizado el ritmo. Somos otras. Nuestros sentimientos encontrados ante esto nacen de que, por un lado, nos sentimos más atractivas y agradables así y, por otro lado, echamos de menos esa personalidad histriónica de antes. A veces tememos perder la alegría.

Le pregunté por su duelo y respondió que estaba harta de la solemnidad y que no soportaba cómo se le dirigía la gente. Que ya no podía más con la infantilización ajena, que todos la victimizasen. Anhelaba normalidad. Le dije que la entendía perfectamente y que tenía que leerse *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion. Llevaba meses queriendo regalárselo, pero aún me parecía muy pronto. En realidad, siempre es demasiado pronto para enfrentarse a algo así. Le comenté que dos de mis frases favoritas de la novela son: «la gente que ha perdido hace poco a un ser querido tiene una expresión peculiar, que tal vez solo reconocen quienes han visto esa misma expresión en su propia cara» y «algo que les sucede a las personas en duelo es que secretamente creen que están locas, porque se dan cuenta de que están teniendo pensamientos sin sentido». Me respondió: o sea que se me han puesto unos ojos de loca de cojones. Le respondí que sí. Nos reímos.

Decidimos cambiar de la cerveza al vino y, cuando fui a pedir un par de copas, vi a un grupo de *crossfit*eros sentados en una de las mesas de al lado. Seis muchachos gigantes y duros como rocas que estaban comiendo unos bocatas triples después de haber pasado el día levantando camiones o algo así. Los miré y de pronto una de las caras se me hizo familiar. Hice un rápido repaso por mi lista de personas de mi pasado en Pamplona y caí en la cuenta de que era Asier, el chico con el que tuve mis primeros acercamientos simpáticos al mundo de la sexualidad. Llevaba como nueve años sin verle y lo único que sabía de él es que su madre murió el mismo día que mi amigo Carlos, y que después de eso se hizo bombero. Por eso me costó un poco

reconocerle. Porque ese músculo andante que tenía delante poco se parecía al pequeño chico de pelo largo que, con su barriguita preciosa, tanto me sedujo a los trece años. Le saludé y se acercó a mí. Me dio un abrazo y me dijo que se alegraba mucho de verme. Se notó que era verdad. Imagino que sabría que me fui de la ciudad hace mucho, quizá incluso estaba al tanto de que me dedico al baile, y por eso pensó que nunca volvería a verme. Nos hicimos algunas preguntas y se sorprendió cuando le dije que vivía con mi novia en un estudio en la Latina, como haciendo una ecuación mental para adivinar quién era la desconocida que tenía delante, para comprender que claramente ya no era la misma persona. Que había crecido. Y, si yo había crecido, significaba que él también.

Me miraba como un torito triste. Cuando le pregunté qué tal estaba, me respondió con ese recurrente «tirando» y me dijo que llevaba una vida bastante aburrida. No será para tanto, le dije. Se rio y respondió la verdad es que sí, la verdad es que es la hostia de aburrida. Seguimos hablando un rato y en un momento me pareció que se le caían un par de lágrimas. Me fijé y, de hecho, sí. Lo estaba haciendo, estaba llorando. Creo que mi presencia debió de desbloquear algo y le hizo recordar una parte de su vida que había olvidado. Una parte de su vida que nunca se había atrevido a revisitar. Puede ser que durante unos instantes viajara al tiempo en que las cosas eran leves y fáciles, nos viera a los dos con sendas coletas caminando una tarde de sábado por el centro comercial, y una voz celestial le susurró desde el más allá del bar: ahora todos los sentimientos serán sentidos. Puede ser que fuera eso u otra cosa. El caso es que me provocó mucha ternura y conmoción. También pensé que, si me las bebía, si le chupaba disimuladamente los pómulos para meterme sus lágrimas en la boca, me llenaría de proteínas.

Me despedí de él y le deseé lo mejor. Que me llamara alguna vez, que me avisara si venía a Madrid. Pedí un par de tintos y volví a mi mesa. De la manera entre cínica y poética que caracterizan las madrugadas con mi prima, le dije: las lágrimas de un *crossfit*ero equivalen a comerse tres filetes de pollo. Le expliqué quién era y, claro, se acordaba de él. Una de las cosas que más me gustan de mi

prima Berta es que recuerda todo lo que le he contado. Por eso no me preocupo por mi memoria, me da igual maltratar a veces mi cerebro o distorsionar las cosas, porque sé que en cierto momento siempre podré acudir a ella y me dirá cómo se sucedieron en realidad los acontecimientos. Mi prima es la única persona a la que he mirado a los ojos y he dicho: eres más lista que yo.

Seguimos durante varias horas. Burlándonos de nuestra existencia y de la de los demás. Faltando al respeto a las cosas que amamos. Siendo crueles, superlativas y cursis. «Somos unas pobres cursis. Las cursis nacen, y no hay fuerza humana que les quite el sello. Nací de esta manera y así moriré. Seré mujer de otro cursi y tendré hijos cursis». Dice Abelarda en *Miau*. Porque sí, hay que ser cursi. Hay que ser lo que una quiera. Y cambiar de opinión todas las veces que haga falta. Y llevarle la contraria a quien te diga que es irreconciliable el hecho de que te guste el mar con el hecho de que no te guste el mar. Porque no lo es, ¿sabes? Te puede gustar el mar y al mismo tiempo no gustarte, las cosas son así.

Sobre las dos de la mañana, cuando el bar estaba cerrando, pagamos la cuenta y nos despedimos. Mi prima querida. Mi prima tan guapa que hace de la tierra un lugar habitable. Adiós, adiós.

Y así, caminando por la ciudad sin sueño, me puse a pensar en el amor. En cómo, hace muchos años, mis vivencias se limitaban a los lugares en los que había estado en la imaginación. Las novelas que leía me ayudaban a soñar con situaciones hipotéticas que luego me esforzaba por llevar a cabo en la vida real. Recuerdo el sentimiento de éxito cuando conseguía encontrar el momento adecuado para decirle a alguien algo que había escuchado en alguna película. A Asier, por ejemplo, antes de convertirse en un torito triste, cuando aún era un prepúber esponjoso, le dije cosas como: «Todo el mundo cree que estoy loca, pero me da igual. A veces es útil parecerlo» o «Todos aquellos egos corriendo de un lado a otro y sintiéndose terriblemente caritativos y afectuosos», sintiendo así una identificación directa con Holly Gollightly o Franny Glass. Los otros no eran más que el material con el que construía mis ensoñaciones, puentes que me hacían recrear después todas aquellas situaciones que había propiciado y tener la

certeza de que estaba viviendo una vida interesante, una vida digna de ser contada. Curioso, pienso en la chica que fui y me sale la sonrisa de una abuela que mira a su nieta o algo parecido. Es importante recordarse a una misma con ternura.

Cuando llegué a casa, me metí en la habitación de mi madre y le di un beso. Me rugió diciéndome que ya había vuelto a despertarla, con lo que le había costado dormirse. Le di tres besos más y fui a lavarme la cara. Cerré la puerta del baño mientras me exfoliaba, me lavaba los dientes y tarareaba alguna vieja melodía. Después fui a mi habitación, ordené un poco el desastre que había y me dije:

— Ahora vete a dormir. Rápido. Rápido y lentamente.

Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces
de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,
Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado, sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,

María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,
Almudena Sánchez

Felipón,
David Muñoz Mateos

AÑO 2017: LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos

enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,
Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑOS 2019-2020:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvanan el grito generacional de

una nueva ola de autores y pensadores. Las distintas voces intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. Hay reflexiones incómodas que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos, hay vértigo ante el paso a la edad adulta, historias de migración e identidades partidas, un relato del aborto clandestino en Chile o una perspectiva íntima de trabajadores de una corporación dedicada a la evasión fiscal. Hay poesía, emoción e ironía para cuestionar, observar y desmontar los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Litio,
Malén Denis

Rein,

Elizabeth Duval

Animal de nieve,
Dara Scully

Nada ilegal, nada inmoral,
Adrián Grant

Desencajada,
Margaryta Yakovenko

Y tú, ¿tan feliz?,
Bárbara Carvacho

Estas obras seleccionadas ponen de manifiesto la importancia que tiene la lectura para el editor en el contexto actual, donde los libros representan, en sus palabras, «un espacio de reconexión, allí donde se hace posible el encuentro entre diferentes miradas, sensaciones o lugares».

Si te ha gustado ***Gente que ríe ,*** te recomendamos:

LA ACÚSTICA DE LOS IGLÚS
Almudena Sánchez

La matemática de la música y la matemática de la vida arrojan el resultado sonoro que registra *La acústica de los iglús*, primer libro de relatos de Almudena Sánchez. Una madre a la deriva por carreteras secundarias con sus dos hijos en el asiento de atrás; dos ancianos en un teleférico cumpliendo su último sueño; una esmerada estudiante en paro que acaba trabajando como astronauta, y muchas, muchas adolescentes que se pelean entre ellas, aprenden a tocar instrumentos o se enamoran de nadadores recorren las páginas cordiales y alucinadas de esta antología. Si acaso es posible la quimera de una adolescencia adulta, de una madurez jovial, los relatos de Almudena Sánchez lo apostarían todo a esa ensoñación, pues en ellos encontramos la mirada única de una narradora que templa el estilo para poner del revés la trama mágica del mundo.

EL ESTADO NATURAL DE LAS COSAS
Alejandro Morellón

Un hombre se presta a perder una parte de su cuerpo a cambio de unos miles de euros; una mujer ríe en medio de los disturbios sociales que arrasan la ciudad; un pueblo espera con devoción la llegada de un huracán; alguien entierra un testículo en el cementerio de la Almudena; un marido acaba viviendo en el techo... Son sólo algunos de los planteamientos radicales y perversos que encontramos en esta antología de relatos, tan atenta a la fabulación más exigente como a la creación de unas resonancias sentimentales capaces de interpelarnos. Una colección de historias donde no sólo se pone en tela de juicio lo que entendemos por normalidad, sino también las leyes fundamentales de la física y hasta el buen gusto convencional. Estas siete narraciones de Alejandro Morellón se adscriben al género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir.

CÓMICA
Abella Cienfuegos

Nora es una humorista de *standup comedy* que vive entre dos aguas: sus actuaciones en Nueva York y su pasado enraizado en una familia de un pequeño pueblo de España. La muerte de su madre es el desencadenante de esta narración que tiende puentes entre su historia personal, en un entorno humilde en el que asuntos como la desigualdad de género nunca fueron planteados ni remotamente, y los sketches sobre identidad, feminismo y raza en los Estados Unidos de Trump. Con un estilo cáustico, repleto de agudas observaciones sobre la realidad de nuestro tiempo, Abella Cienfuegos firma una novela que llega a lugares a menudo incomunicados para el periodismo y la no ficción.

Un libro en clave de ciencia ficción que no elude nuestro pasado, ni el presente, ni el futuro inmediato. Con humor perspicaz, con sabiduría joven, con melancolía vital.

[image]

En *Gente que ríe* la autora traza una panorámica en sentido inverso al curso de la vida: desde el año 2060 hasta finales del siglo pasado. Personajes paradójicos e imprevisibles que rejuvenecen y se miran desde ángulos diferentes, que van y vienen y se cruzan por azar. La autora se atreve a proyectar un futuro con referencias a nuestros días, que resuena en el lector de hoy sin dejar de sorprender en todo momento. Situaciones distópicas cargadas de reminiscencias, de hallazgos cotidianos y costumbristas, de anhelos y melancolías. Un libro virtuoso, desacomplejado, con cambios de tono y de registro, escrito por Laura Chivite con la osadía de su juventud, poniéndonos un espejo a modo de bola de cristal para devolvernos una imagen inquietante de nosotros mismos.

© Isabel Ezquieta

Laura Chivite nació en Pamplona en 1995. Estudió Literaturas Comparadas en Granada, especializándose en la conexión entre literatura y cine. Desde hace cuatro años reside en Madrid, donde ha cursado dos másteres y trabaja, entre otras cosas, de profesora. *Gente que ríe* es su primera novela

Edición en formato digital: abril de 2022

© 2022, Laura Chivite
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1741-750-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: CaballoTroyaEd
Twitter: @ CaballoTroyaEd
Instagram: PenguinLibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Nacido en 2032 y popularizado en 2040, el Regulador es una de las primeras operaciones quirúrgicas tecno-biológicas, que consiste en la manipulación de los termorreceptores y el hipotálamo a fin de que la persona tenga siempre la misma temperatura, manteniendo así el índice metabólico en el máximo confort.

[2] La ERI (Extracción de Recuerdos Informática) salió a la venta en 2060. Mediante una tecnología basada en la optogenética, se implanta un circuito integrado, un diminuto chip, en la corteza prefrontal de la parte frontal del cerebro del paciente, que es donde se almacenan los recuerdos, de tal modo que se consigue que esta región esté conectada con una red informática llamada *nube reminiscente*. A su vez, se manipula el hipocampo, ubicado en el lóbulo temporal, que es donde se generan los recuerdos episódicos y autobiográficos, a fin de que estos sean susceptibles a la futura descarga. La ERI incluye también una limpieza automática de las engramas, que son, por decirlo de algún modo, las huellas o marcas que dejan nuestras experiencias en el cerebro. El paciente puede, por lo tanto, descargar sus recuerdos en la *nube* y eliminarlos así de su cabeza. Aún no se conocen los riesgos de someterse a la tecnoneurocirugía que aplica la ERI, pero Cells Co. asegura que estos, sencillamente, no existen.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

PenguinLibros

Índice

Gente que ríe

R.A.L.A. (2060)

Cómo olvidar a Berta (2043)

La cuarta mujer (2025)

Reproches al microondas (2023)

La experiencia de tener un tucán en la cabeza (2018)

Por qué seguir con la búsqueda agotadora (2013)

Vacaciones (2003)

Te regalo mi nombre (1995)

Gente que ríe (Sine Die)

Caballo de Troya

Títulos publicados en Caballo de Troya

Si te ha gustado Gente que ríe

Sobre este libro

Sobre Laura Chivite

Créditos

Notas